AGATHA CHRISTIE

EL MISTERIO DE SANS-SOUCI

Durante la Segunda Guerra Mundial, y mientras la R. A. F. lucha por mantener a la Luftwaffe lejos de sus costas, Gran Bretaña afronta una amenaza aún más siniestra del «enemigo interior»: espías nazis haciéndose pasar por ciudadanos corrientes. Con la presión en aumento, el servicio secreto decide contratar a dos espías muy particulares: Tommy y Tuppence Beresford. Su misión: buscar a dos traidores pertenecientes a las altas esferas, un hombre y una mujer, entre los variopintos huéspedes del hotel Sans Souci, en la costa inglesa. Pero esta misión no es precisamente un paseo, sobre todo teniendo en cuenta que los espías que buscan ya han matado al mejor agente británico.

Agatha Christie

El misterio de Sans-Souci

Saga: Tommy y Tuppence Beresford - 3

ePub r1.0
guau70 07.05.14

Título original: *N. or M.?*
Agatha Christie, 1941
Traducción: A. Soler Crespo
Retoque de cubierta: guau70

Editor digital: guau70
ePub base r1.1

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

APPLEDORE: Criado del teniente Haydock.

BATT (Albert): Criado fiel que fue del matrimonio Beresford, en los principios de su vida matrimonial.

BERESFORD (Tommy): Del Servicio Secreto, protagonista, con su esposa, de esta novela.

BERESFORD (Tuppence): Valerosa y excelente mujer, que fue enfermera cuando la Primera Guerra Mundial.

BLENKENSOP: Es la señora Beresford que toma ese nombre para ciertas gestiones.

BLETCHLEY: Mayor del ejército.

CAYLEY (Alfred): Un enfermo crónico.

CAYLEY (Elizabeth): Esposa del anterior.

DEBORAH: Avispada y bella hija de los Beresford.

DEINIM (Carl von): Refugiado alemán, excelente químico.

DEREK: Hermano mellizo de Deborah Beresford.

EASTHAMPTON (*Lord*): Jefe importante del Servicio Secreto.

GRANT: Oficial por cuenta del anterior.

HAYDOCK: Teniente de navío, retirado de la Marina.

MARDSON (Tony): Un amigo de Deborah.

MEADOWES: Seudónimo utilizado por Beresford.

MINTON (Sophia): Una anciana hospedada en «Sans Souci» huyendo de la guerra.

O'ROURKE: Una obesa señora, traficante de antigüedades.

PERENNA: Enigmática dueña de la pensión llamada «Sans Souci» del pueblo de Leahampton.

POLONSKA (Vanda): Refugiada polaca.

SHEILA: Hermosa hija de la señora Perenna, enamorada del refugiado alemán.

SPROT (Millicent): Joven señora hospedada en «Sans Souci» con su pequeña hija Betty y casada con un agente de seguros, ausente por la guerra.

Capítulo I

1

Tommy Beresford se quitó el abrigo en el vestíbulo de su piso. Colgó la prenda cuidadosamente, empleando en ello más tiempo del necesario y después, con gran esmero, colocó el sombrero en la siguiente percha.

Irguió los hombros, trató de fijar en su rostro una sonrisa y entró en la salita de estar donde su mujer hacía calceta en aquel momento; un pasamontañas de lana color caqui.

Era la primavera del año 1940.

La señora Beresford lanzó una rápida mirada a su marido y luego volvió a mover las agujas a un ritmo furioso.

Al cabo de unos momentos preguntó:

—¿Traen alguna noticia los periódicos de la noche?

—Parece que ahora va en serio eso de la «*blitzkreig*», o guerra relámpago —replicó Tommy—. Las cosas no marchan bien en Francia.

—El mundo está hecho un asco —comentó Tuppence[1].

Hubo una pausa y al final Tommy dijo:

—Bueno, ¿por qué no lo preguntas ya de una vez? No es menester que emplees tanto tacto.

—Ya lo sé —admitió Tuppence—. Los rodeos irritan siempre. Pero tú te enfadas si voy directamente al grano. Aunque de todas formas no es preciso que te pregunte nada. Lo llevas escrito en la cara.

—No sabía que tuviera un aspecto tan triste.

—No, querido —dijo Tuppence—. Pero esa sonrisita que me

estás dirigiendo desde que has entrado es de lo más falso que jamás vi.

Tommy hizo una ligera mueca y replicó:

—¿De veras? ¿Tan mal lo hago?

—¡Pésimamente! Está bien; dilo ya de una vez. ¿No hay ninguna esperanza?

—Ninguna. No me necesitan para nada. Te aseguro, Tuppence, que para un hombre de cuarenta y seis años resulta fastidioso el que lo consideren como un viejo lleno de achaques. En el Ejército, en la Marina, en las Fuerzas Aéreas y en el Ministerio de Asuntos Exteriores, me han dicho lo mismo. Soy demasiado viejo. Tal vez me llamen más tarde.

—Pues lo mismo me pasa a mí —observó Tuppence—. No quieren gente de mi edad para enfermeras. No hay manera de convencerles. Cualquier mocosa que en su vida ha visto una herida y no sabe esterilizar unas vendas tiene preferencia sobre mí, que trabajé durante tres años, desde 1915 a 1918, en varias ocupaciones, tanto de enfermera en los hospitales de sangre, como de conductora de un camión y más tarde del coche de un general. Y puedo asegurar con orgullo, que todo ello lo llevé a cabo con gran éxito. Pero ahora soy una pobre mujer de edad madura, entrometida y fastidiosa, que no quiere quedarse tranquilamente en casa, haciendo calceta como es su obligación.

Tommy comentó lúgubremente:

—¡Esta condenada guerra…!

—Ya es bastante malo el estar en guerra —siguió Tuppence—, pero que no le dejen a una hacer algo para ayudar, es el colmo.

—Bueno —dijo su marido, a modo de consuelo—. Al fin y al cabo, Deborah ha conseguido un empleo.

—Lo cual me parece muy bien —contestó la madre de Deborah —. Y espero que sabrá desempeñar su cometido. Pero sigo creyendo, Tommy, que yo puedo hacer lo mismo que haga ella.

Tommy hizo un gesto.

—No creo que Deborah piense lo mismo.

—Las hijas llegan a ponerse pesadas. Especialmente cuando quieren parecer tan amables con sus madres como la nuestra.

Tommy murmuró:

—Hay ocasiones en que no es fácil soportar las miradas de indulgencia que me dirige Derek, como si dijera: «Pobre papaíto».

—En resumen —terminó Tuppence—, que aunque nuestros hijos son adorables, resultan también completamente insoportables.

Pero al mencionar a los dos mellizos, Derek y Deborah, los ojos de su madre tenían una expresión de profunda ternura.

—Estoy seguro —continuó Tommy pensativamente— de que para mucha gente tiene que ser amargo el darse cuenta de que se están haciendo viejos y pertenecen al pasado.

Tuppence dio un resoplido de cólera y sacudió su negra y brillante cabellera, al mismo tiempo que lanzaba al suelo, dando vueltas, el ovillo de lana que tenía en el regazo.

—Pero ¿es que nosotros somos de esos? Dime, ¿lo somos? ¿O acaso será que todos se empeñan en insinuarlo? Algunas veces llego a creer que nunca hicimos nada de provecho.

—Eso creo yo también.

—Tal vez sea así. Pero, de todas formas, hubo un tiempo en que se nos daba importancia, aunque ahora empiezo a figurarme que aquello no ocurrió nunca en realidad. ¿Es posible que pasaran todas aquellas cosas, Tommy? ¿Es cierto que una vez casi te abrieron la cabeza y luego te raptaron unos espías alemanes? ¿Es cierto que en una ocasión perseguimos a un peligroso criminal… y lo cogimos? ¿Es cierto que rescatamos a una muchacha y nos apoderamos de unos documentos secretos muy importantes, por lo cual, prácticamente, nos dio las gracias toda una nación? ¡Y fuimos nosotros! ¡Tú y yo! Los despreciados e innecesarios señores Beresford.

—Cálmate, querida. Todo eso no conduce a nada.

—Sea como fuere —replicó Tuppence, reprimiendo una lágrima —, el señor Carter nos ha defraudado.

—Nos ha escrito una carta muy amable.

—Pero no ha hecho nada por nosotros. Ni siquiera nos ha dado esperanzas.

—Ya sabes que actualmente ya no se ocupa de estas cosas. Le pasa lo mismo que a nosotros. Es demasiado viejo. Vive en Escocia y se dedica a la pesca.

Tuppence observó con acento nostálgico:

—Si nos hubieran dado alguna ocupación en el Servicio Secreto.

—Tal vez no hubiéramos podido cumplir eficientemente —dijo Tommy—. Posiblemente, no tengamos ya el suficiente nervio para ello.

—No lo creo —se obstinó Tuppence—. Yo me siento igual que entonces. Pero, como has dicho, quizá cuando llegara el momento…

Dio un suspiro y continuó:

—Desearía poder encontrar una ocupación de cualquier clase. No es conveniente disponer de mucho tiempo para pensar.

Sus ojos se detuvieron por un instante sobre las fotografías de un joven vestido con el uniforme de las Fuerzas Aéreas, cuya ancha sonrisa tenía un parecido extraordinario a la de Tommy.

—Para un hombre resulta peor —observó este último—. Las mujeres, al fin y al cabo, pueden hacer calceta, preparar paquetes y ayudar en las cantinas.

—Eso podría hacerlo yo aunque tuviera veinte años más —dijo Tuppence—. No soy tan vieja como para contentarme con ello. Lo malo es que, por lo visto, no aprovecho ni para una cosa ni para otra.

Sonó el timbre de la puerta y Tuppence se levantó. Las dimensiones del piso no permitían tener criada.

Al abrir se encontró con un caballero de amplios hombros y cara afable sobre la que destacaba un gran bigote rubio.

El recién llegado pareció juzgar con una rápida mirada a la mujer y preguntó con voz agradable:

—¿Es usted la señora Beresford?

—Sí.

—Me llamo Grant. Soy amigo de *lord* Easthampton, quien me sugirió que viniera a hablar con usted y con su marido.

—¡Oh, qué atento! Pase, por favor.

Le precedió hasta la salita de estar.

—Mi marido. El… ejem… capitán…

—Señor… —rectificó el otro.

—El señor Grant. Es amigo del señor Car… de *lord* Easthampton.

Le acudía siempre más fácilmente a los labios el viejo *nom de guerre* del ex jefe del Servicio Secreto, que el título nobiliario que este ostentaba.

Durante unos cuantos minutos charlaron animadamente. Grant tenía una personalidad atractiva y unas maneras muy agradables.

Tuppence salió al cabo de un rato de la habitación y volvió poco después con una botella de jerez y unos vasos.

Al cabo de unos instantes, al producirse una pausa en la conversación, el señor Grant se dirigió a Tommy.

—He oído decir que anda usted buscando un empleo, Beresford.

Una lucecita se encendió en los ojos de Tommy.

—Sí, eso es. No querrá usted decir que…

Grant se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Nada de eso, no. Me temo que tales cosas tendremos que dejarlas para la gente joven y activa… o para los que están con ello desde hace varios años. Lo único que puedo sugerirle es algo más prosaico. Trabajo en oficinas. Rellenar formularios, archivarlos y clasificarlos. Una cosa así…

La cara de Tommy se ensombreció.

—¡Ah! Ya me doy cuenta.

Grant prosiguió, como animándole:

—Bueno; eso es mejor que nada. De todas formas, venga a verme cualquier día a mi oficina. En el Ministerio de Aprovisionamiento. Despacho número 22. Le arreglaremos algo para usted.

Sonó el teléfono y Tuppence lo descolgó.

—¡Hola…, sí! ¿Qué? —se oyó hablar a una voz chillona al otro extremo del hilo.

La cara de Tuppence cambió de expresión.

—¿Cuándo? —preguntó—. ¡Oh, Dios mío…! Desde luego… voy en seguida…

Colgó el aparato.

—Era Maureen —dijo, dirigiéndose a Tommy.

—Ya lo he oído… reconocí su voz desde aquí.

Tuppence explicó agitadamente:

—No sabe cuánto lo siento, señor Grant. Debo ir inmediatamente a ver a una amiga mía. Ha sufrido una caída y se ha lastimado el tobillo. Como no tiene a nadie con ella, más que su pequeña, tengo que ir para arreglar las cosas y buscar a alguien que la cuide. Le ruego que me perdone.

—Desde luego, señora Beresford. Ya me hago cargo.

Tuppence le dirigió una sonrisa, cogió un abrigo que había sobre el sofá y después de ponérselo salió apresuradamente de la habitación. Se oyó el ruido que produjo la puerta del piso al cerrarse de golpe.

Tommy escanció un nuevo vaso de jerez para su invitado.

—No se vaya todavía —dijo.

—Muchas gracias —el otro aceptó el vaso.

Sorbió el vino unos instantes, en silencio, y luego dijo:

—Al fin y al cabo, la marcha de su esposa nos ha venido bien. Nos ahorrará tiempo.

Tommy lo miró estupefacto.

—No lo entiendo —dijo.

Grant habló marcando las palabras.

—Sepa usted, Beresford, que me han dado instrucciones para hacerle una proposición en el caso de que viniera usted a verme al Ministerio.

El color volvió lentamente a la pecosa cara de Tommy:

—¿Quiere usted decir que…? —empezó.

Grant asintió con la cabeza.

—Easthampton nos sugirió que lo empleáramos a usted —dijo—. Nos aseguró que era usted el hombre indicado para llevar a cabo el trabajo.

Tommy dio un profundo suspiro.

—Cuénteme —invitó.

—Esto, desde luego, es estrictamente oficial.

Tommy asintió.

—Ni su esposa debe saberlo, ¿me entiende?

—Muy bien… si usted lo quiere así…, pero en otros tiempos trabajamos siempre juntos.

—Sí; ya lo sé. Pero esta proposición le incumbe solamente a usted.

—Comprendo. Muy bien.

—Ostensiblemente se le ofrecerá un destino, tal como le dije antes. Trabajo de oficina en un departamento del Ministerio que funciona en Escocia, dentro de un área prohibida a la cual no puede acompañarle su esposa. Pero, en realidad, irá usted a otro lugar

diferente por completo.

Tommy se limitó a escuchar.

Grant continuó:

—¿Ha leído usted algo en los periódicos acerca de la Quinta Columna? ¿Sabe usted, a grandes rasgos, qué es lo que significa ese término?

Tommy murmuró:

—El enemigo dentro de casa.

—Exactamente. Esta guerra, Beresford, empezó con un espíritu muy optimista. No me refiero con ello a la gente que en realidad está enterada de lo que pasa. Nosotros sabemos exactamente con qué nos enfrentamos; la eficiencia del enemigo, su potencial aéreo, su determinación y la coordinación de su bien organizada guerra. Me quiero referir al pueblo en general. Al hombre de la calle, de buen corazón e ideas cortas, que cree solamente lo que quiere creer; que Alemania fracasará, que está al borde de la revolución, que sus armas están construidas con latas y que sus soldados están mal alimentados, que se caerán si tratan de avanzar. Toda esta clase de tonterías. Castillos en el aire, como vulgarmente se dice.

«Pues bien: la guerra no se desarrolla así. Empezó mal y ahora va peor. Los hombres que luchan nada tienen que ver con ello; tanto los que van embarcados, como los que tripulan un avión o se defienden en una trinchera. Pero existe falta de dirección y de preparación; defectos, quizá, de nuestras cualidades. No queríamos la guerra. No la considerábamos en serio y, por lo tanto, no nos preparamos para ella.

»Lo peor de todo esto ya ha pasado. Hemos corregido nuestras equivocaciones y lentamente vamos colocando en los sitios necesarios los hombres adecuados. Estamos empezando a hacer la guerra tal como debe hacerse. Podemos ganarla, y no se llame a engaño respecto a ello; pero a condición de que no la perdamos antes. Y el peligro de perderla no proviene de fuera, sino de dentro; no del poder de los bombarderos alemanes, ni del hecho de que se apoderen de países neutrales y consigan nuevos y ventajosos puntos desde donde atacarnos, sino de la traición interna. Nuestro peligro es el peligro de Troya. El caballo de madera dentro de nuestras murallas. Llámese Quinta Columna, o lo que quiera. Está aquí, entre

nosotros. Hombres y mujeres, algunos de los cuales desempeñan altos cargos mientras que otros están situados en puestos más oscuros; pero todos creen genuinamente en los designios nazis y en su doctrina y desean sustituir con ella la embotada y facilona libertad de nuestras democráticas instituciones.

Grant se inclinó hacia delante y con la misma voz agradable y llana, añadió:

—Y no sabemos quiénes son…

—Pero, seguramente… —aventuró Tommy.

El otro replicó con un ligero acento de impaciencia:

—Podemos hacer caer en nuestras redes a la morralla. Eso es fácil. Pero se trata de los otros. Sabemos todo lo que se refiere a ellos. Sabemos que, por lo menos, dos ocupan altos cargos del Almirantazgo; que uno debe pertenecer al Estado Mayor del General G…; que tres, o más, están en las Fuerzas Aéreas y que otros dos pertenecen al Servicio Secreto y tienen acceso a la información reservada del Gobierno. Sabemos todo esto porque debe ser así, dada la forma en que han ocurrido las cosas. Y ello nos lo demuestra la filtración de informes que, desde arriba, se han facilitado al enemigo.

Con tono desalentado y reflejando en su cara la perplejidad que sentía, Tommy preguntó:

—¿Y de qué provecho puedo yo servirle? No conozco a nadie de los que ha nombrado.

Grant asintió.

—Exactamente. No los conoce usted… y ellos a usted tampoco.

Hizo una pausa para que esta observación profundizara en la mente de su interlocutor, y luego en el mismo tono prosiguió:

—Esa gente de tan alta posición conoce a la mayoría de nosotros. No podemos, en realidad, negarles información. Y como a causa de ello, estaba yo a punto de estallar, fui a ver a Easthampton. Ya no se ocupa de estas cosas y se encuentra enfermo; pero es uno de los hombres más inteligentes que he conocido. Pensó en usted. Hace más de veinte años trabajó usted para el Departamento y su nombre, ahora, no está relacionado con él. Su cara no es conocida. ¿Qué me dice? ¿Se ocupará de ello?

La cara de Tommy pareció a punto de partirse en dos por efecto

de su extática sonrisa.

—¿Que si quiero? Apuesto lo que quiera a que sí. Aunque no llego a comprender en qué podré ser útil. No soy más que un aficionado.

—Mi querido Beresford, lo que necesitamos es precisamente un aficionado. Los profesionales sólo encontrarían dificultades en este caso. Ocupará el puesto de uno de los mejores hombres que hemos tenido y que, posiblemente, jamás tendremos.

Tommy pareció formular una pregunta con la mirada. Grant asintió.

—Sí. Murió el martes pasado en el hospital de Santa Brígida. Lo atropello un camión y sólo vivió unas horas. Pareció un accidente…, pero no lo fue.

—Ya comprendo —dijo Tommy.

Grant siguió hablando con voz reposada.

—Y esta es la razón por la que creemos que Farquhar estaba sobre la buena pista y que, por fin, íbamos a saber algo. Su muerte, que no fue a resultas de un accidente, nos daba la seguridad de ello.

Los ojos de Tommy parecieron formular una nueva pregunta.

—Desgraciadamente —siguió el otro—, sabemos poco menos que nada de lo que llegó a descubrir. Farquhar había estado siguiendo metódicamente una pista tras otra y muchas de ellas no conducían a ningún lado.

Después de una pausa, Grant prosiguió:

—Farquhar estuvo inconsciente hasta unos pocos momentos antes de morir. Entonces trató de decirnos algo. Sólo estas palabras: «N» o «M». Song Susie.

—No parece que sirvan para aclarar mucho las cosas —comentó Tommy.

Grant sonrió.

—Un poco más de lo que usted cree. Ya habíamos oído hablar antes de «N» o «M». Se trata de las letras clave con que se designa a dos de los más importantes y fieles agentes secretos alemanes. Hemos tenido ocasión de conocer sus actividades en otros países y sabemos algo sobre ambos. Su misión consiste en organizar la Quinta Columna en países extranjeros y actuar como agentes de enlace entre la nación de que se trate y Alemania. Nos hemos

enterado, además, de que «N» es un hombre y que «M» es una mujer. Por lo demás, sólo podemos asegurar que ambos son los dos agentes en que más confianza tiene Hitler; y que en un mensaje cifrado que captamos a principios de la guerra, se Incluía esta frase: «Proponemos a "N" o "M" para Inglaterra. Plenos poderes».

—Entendido. ¿Y Farquhar?

—Por lo que deduzco, Farquhar estaba sobre la pista de uno de los dos, pero por desgracia, no sabemos de cuál. «Song Susie» parece algo cabalístico, mas hemos de tener en cuenta que Farquhar no tenía un acento francés muy puro. En uno de sus bolsillos encontramos un billete de ferrocarril expedido en Leahampton, lo cual parece que arroja algo de luz sobre el asunto. Leahampton está situado en la costa sur y es algo así como un lugar de reposo, como Bournemouth o Torquay. Hay en él gran cantidad de pensiones y casas de huéspedes y, entre ellas, una que se llama «Sans Souci»…

Tommy murmuró:

—«Song Susie»… «Sans Souci»… ya entiendo…

—¿De veras? —observó el otro.

—Entonces —siguió Tommy— se trata de que vaya yo allí y… averigüe lo que hay.

—Esa es precisamente la idea.

La sonrisa de Tommy volvió a resplandecer en su cara.

—Resulta un poco aleatorio, ¿no le parece? —dijo—. Ni siquiera sé qué es lo que debo buscar.

—Pues yo no se lo puedo decir, ya que tampoco lo sé. Eso tendrá que ser cosa suya.

Tommy suspiró e irguió los hombros.

—Probaré. Pero ya sabe que no soy un individuo muy inteligente.

—He oído decir que en otros tiempos no lo hizo usted muy mal.

—Aquello fue pura suerte.

—Pues bien; suerte es lo que necesitamos.

Tommy recapacitó durante unos momentos.

—Y acerca de esa pensión llamada «Sans Souci»… —dijo al final.

Grant se encogió de hombros.

—Tal vez sea todo una falsa alarma. No se lo puedo asegurar.

Posiblemente Farquhar estaba pensando en la canción que dice: «La hermana Susie está cosiendo camisas para los soldados»[2]. Todo es pura conjetura.

—¿Y qué tal es Leahampton?

—Justamente igual que otros sitios de esa clase. Hay allí gente de todos los pelajes. Señoras ancianas, viejos coroneles retirados, intachables solteronas, clientes de dudosa procedencia, aficionados a la pesca y un extranjero o dos. Una mezcolanza, en realidad.

—¿Y «N» o «M» estará entre ellos?

—Tal vez no. Pero posiblemente habrá alguien que esté en contacto con uno de los dos; aunque lo más probable, a mi entender, será que bien «N» o «M» residan allí. Se trata de un sitio vulgar y nada ostentoso; una pensión junto a la playa, en un pueblo tranquilo y propio para el reposo.

—¿No sabe usted si he de buscar a un hombre o a una mujer?

Grant sacudió la cabeza.

Tommy comentó:

—Bueno; tendré que probar.

—Que tenga mucha suerte, Beresford. Y ahora… respecto a los detalles.

2

Media hora después, cuando entró Tuppence jadeando y llena de curiosidad, encontró solo a Tommy sentado en un sillón y silbando, y con una expresión indefinible en su cara.

—¿Y qué? —solicitó Tuppence, imprimiendo a estas dos palabras toda una gama de sentimientos.

—Pues bien —replicó su marido ambiguamente—. He conseguido un empleo de… cierta clase.

—¿De qué clase?

Tommy hizo un gesto apropiado a las circunstancias.

—Trabajo de oficina en los páramos de Escocia. Muchísimo secreto y cosas así, pero no parece que tenga nada de emocionante.

—¿Vamos los dos, o solo tú?

—Solamente yo.

—¡Vete al diablo! ¿Cómo pudo ser tan mezquino el señor Carter?

—Me figuro que en estos trabajos tienden a la separación de sexos. De otra forma resulta demasiada distracción para el pensamiento.

—¿Se trata de cifrar mensajes… o de descifrarlos? ¿Es como el trabajo que hace Deborah? Ten cuidado, Tommy. La gente se vuelve rara haciendo esas cosas y se levanta por las noches, gruñendo y repitiendo 978345286, o algo parecido; hasta que al final se vuelven locos y hay que encerrarlos en un manicomio.

—Eso me pasará a mí.

Tuppence insistió lúgubremente:

—Espero que te volverás loco tarde o temprano. Yo podría ir; no para trabajar, sino como tu mujer. Te pondría las zapatillas a calentar y tendrías una comida decente al final del día.

Tommy pareció sentirse incómodo.

—Lo siento, mujer. Lo siento mucho. No sabes cómo aborrezco el dejarte…

—Pero crees que tienes la obligación de hacerlo —murmuró Tuppence con añoranza.

—Al fin y al cabo —observó Tommy débilmente— puedes hacer calceta.

—¿Hacer calceta? —estalló Tuppence—. ¿Has dicho hacer calceta?

Cogió el pasamontañas que estaba haciendo y lo arrojó al suelo.

—Odio el color de lana caqui —continuó ella—. Y aborrezco el azul marino o azul celeste. Me gustaría tener algo de color magenta.

—Ese nombre tiene cierto regusto militar —comentó Tommy—. Casi una reminiscencia de «*blitzkreig*».

Pero a pesar de estas bromas se sentía desgraciado. Tuppence, sin embargo, tenía un temperamento espartano y no se arredró, admitiendo con franqueza que él no tenía otra obligación más que hacerse cargo del nuevo empleo que le ofrecían y que todo ello, en realidad, no le importaba mucho. Añadió que se había enterado de que necesitaban una mujer para fregar suelos en uno de los puestos sanitarios que tenía instalados la Defensa Pasiva. Tal vez la encontraran apta para dicho trabajo.

Tommy salió para Aberdeen tres días después y Tuppence fue a despedirle a la estación. Aunque tenía los ojos brillantes y parpadeó una o dos veces, hizo lo posible para mantenerse alegre ante su marido.

Y Tommy, por su parte, cuando el tren salía de la estación, sintió un nudo en la garganta que le impedía tragar, al ver la diminuta y solitaria figura que se alejaba por el andén. Con guerra o sin ella, debía reconocer que estaba desertando de Tuppence.

Hizo un esfuerzo para recobrar la serenidad. Las órdenes debían cumplirse.

Al día siguiente, una vez en Escocia, tomó un tren que le condujo a Manchester y dos días después llegaba a Leahampton. Se instaló en el mejor hotel y dedicó la mañana siguiente a recorrer pensiones y casas de huéspedes, viendo habitaciones y enterándose de los precios que le cobrarían como huésped estable.

«Sans Souci» era una villa construida al estilo victoriano, de ladrillo rojo oscuro, situada en la ladera de una colina. Desde sus ventanas superiores se disfrutaba de una magnífica vista de la costa. En el vestíbulo se notaba un ligero olor a polvo y a comida, y la alfombra estaba algo raída, pero la casa, en conjunto, podía juzgarse favorablemente. Se entrevistó con la patrona, la señora Perenna, en el despacho de esta. Era una habitación pequeña y un tanto descuidada, en la que había una gran mesa cubierta de papeles.

La propia señora Perenna tenía también un aspecto desaliñado. Era una mujer de edad madura, de pelo negro, encrespado y rizado menudamente. Llevaba en la cara un poco de maquillaje y al sonreír mostraba gran cantidad de dientes blanquísimos.

Tommy se aventuró a mencionar a su prima, una tal señorita Meadowes, que había vivido en «Sans Souci» dos años antes. La señora Perenna se acordaba muy bien de la señorita Meadowes. Era una anciana encantadora, aunque en realidad no creía que fuera muy vieja, pues era muy atractiva y no había perdido todavía el sentido del humor.

Tommy convino cautamente en ello. Estaba enterado de que había existido una real señorita Meadowes, ya que el Departamento ponía mucho cuidado en estos detalles.

¿Y qué tal estaba la señorita Meadowes?

Tommy anunció con tristeza que la señorita Meadowes había muerto y ante tal noticia la señora Perenna chasqueó la lengua mientras asumía una expresión de condolencia.

Pero pronto volvió a charlar volublemente. Estaba segura de que tenía una habitación que le convendría al señor Meadowes. Con una estupenda vista al mar. Opinaba que el señor Meadowes tenía mucha razón al abandonar Londres. Tenía entendido que no resultaba agradable vivir allí entonces y, además, con la epidemia de gripe que se había declarado últimamente…

Sin cesar de hablar, la señora Perenna condujo a Tommy hasta el piso superior y le enseñó varios dormitorios. También mencionó el importe de la renta semanal, ante cuya cifra Tommy dio muestras de desaliento. La patrona explicó que los precios habían subido de una forma desconcertante, y a su vez, Tommy replicó que sus ingresos habían mercado considerablemente, pues con los impuestos y unas cosas y otras…

La señora Perenna suspiró y dijo:

—Esta terrible guerra…

Tommy convino en ello y declaró que en su opinión debían colgar a Hitler. Era un loco; un loco de remate.

La señora Perenna también era de igual opinión y seguidamente empezó a decir que con lo del racionamiento y con las dificultades que ponían los carniceros para servir la carne, pues había veces que desaparecían hasta las mollejas de ternera y el hígado, no había manera de llevar bien la casa; pero que siendo el señor Meadowes pariente de una antigua cliente, le rebajaría media guinea a la semana.

Tommy intentó entonces la retirada, con la promesa de que lo pensaría, y la señora Perenna lo persiguió hasta la cancela del jardín, hablando más volublemente que antes y demostrando tal sutileza de ingenio que Tommy se alarmó. Tenía que admitir que, a su manera, era una mujer muy agradable. Se preguntó de qué nacionalidad sería. Estaba seguro de que no era inglesa. El apellido era español o portugués, pero tal podía ser la nacionalidad de su marido, no la de ella. Tal vez, pensó, fuera irlandesa, aunque mientras hablaron no había deslizado ninguna palabra en su

dialecto. Pero aquello explicaría su vitalidad y exuberancia.

Convinieron, por fin, en que el señor Meadowes se instalaría en la casa al día siguiente.

Tommy procuró llegar a las seis de la tarde. La señora Perenna salió a recibirlo al vestíbulo; lanzó una serie de instrucciones sobre el equipaje a una criada de aspecto atontado que miró a Tommy con ojos saltones y boca abierta, y condujo al nuevo huésped a lo que ella llamó el salón.

—Tengo la costumbre de presentar a mis huéspedes —explicó la patrona mirando con determinación a las cinco personas que se encontraban en la habitación.

Empezó las presentaciones.

—Este es nuestro nuevo huésped, el señor Meadowes… la señora O'Rourke.

Era una mujer de proporciones colosales, de ojos redondos y bigote llamativo. Dirigió una radiante sonrisa al recién llegado.

—El mayor Bletchley.

El militar contempló a Tommy, como ponderándolo, e inclinó tiesamente la cabeza.

—El señor Von Deinim.

Un joven muy estirado, de cabellos rubios y ojos azules se levantó e hizo una reverencia.

—La señorita Minton.

Una mujer anciana que llevaba un gran collar de cuentas y hacía calceta con lana de color caqui, sonrió y lanzó una risita pagada.

—Y la señora Blenkensop.

Más calceta… y una cabeza de revueltos cabellos negros que se levantó, dejando de contemplar absortamente el pasamontañas que estaba tejiendo.

Tommy contuvo la respiración y le pareció que la habitación daba vueltas a su alrededor.

¡La señora Blenkensop! ¡Tuppence! Aquello era imposible e increíble… Tuppence haciendo calceta tranquilamente en el salón de «Sans Souci».

Los ojos de ella se fijaron en él. Fue una mirada cortés en la que no se reflejó ningún interés.

La admiración de Tommy subió de punto.

¡Tuppence!

Capítulo II

Tommy no supo nunca cómo se las arregló para pasar aquella velada. No se atrevía a dirigir la mirada hacia donde estaba la señora Blenkensop. A la hora de la cena aparecieron tres nuevos huéspedes de «Sans Souci». Un matrimonio de mediana edad, el señor y la señora Cayley, y una joven mamá, la señora Sprot, que había venido de Londres con su hijita de corta edad, y parecía estar francamente aburrida por su obligada estancia en Leahampton. Tomó asiento al lado de Tommy y de cuando en cuando le dirigió fijas miradas con sus ojos de color grosella pálido, hasta que le preguntó con voz gangosa:

—¿Cree usted que en Londres se podrá vivir ya con tranquilidad? Están volviendo todos, ¿verdad?

Antes de que Tommy pudiera contestar a estas sencillas razones, su vecina del otro lado, la señora del collar, intervino en la cuestión.

—Lo que yo digo es que con los niños no debe correrse ningún riesgo. Me refiero a su pequeña Betty. No se lo perdonaría usted nunca, y ya sabe que Hitler anunció para muy pronto la llegada de la «*blitzkreig*» a Inglaterra. Creo que usarán un tipo de gas completamente nuevo.

El mayor Bletchley interpuso secamente:

—Se han dicho muchas tonterías acerca de los gases. Esos tipos no van a perder el tiempo lanzándolos. Utilizarán explosivos de gran poder y bombas incendiarias, tal como han hecho en otras partes.

Los demás comensales atacaron el asunto con fruición. Se oyó la voz de Tuppence, que con acento agudo y algo fatuo dijo:

—Pues según cree mi hijo Douglas…

«¡Vaya con Douglas! —pensó Tommy—. Me gustaría saber por qué se ha inventado ese nombre».

Después de la cena, que fue una comida pretenciosa, compuesta por varios platos bastante anémicos sin sabor a nada, todos los huéspedes pasaron al salón. Las mujeres volvieron a emprender la calceta y Tommy se vio forzado a escuchar una larga y aburrida relación de lo que le pasó al mayor Bletchley en la frontera del noroeste de la India.

El joven rubio de ojos azules salió del salón después de hacer una pequeña reverencia desde el umbral de la puerta.

El mayor Bletchley suspendió su narración y le administró a Tommy un codazo en las costillas.

—Ese que acaba de salir es un refugiado. Escapó de Alemania un mes antes de la guerra.

—¿Es alemán?

—Sí; y ni siquiera es judío. Su padre se vio perseguido por criticar el régimen nazi. Dos hermanos suyos están trabajando en un campo de concentración y él escapó con el tiempo justo.

En aquel momento se hizo cargo de Tommy el señor Cayley, quien le contó con gran lujo de detalles todo lo relacionado con su salud. Tan absorbente era el tema para el narrador, que faltaba poco para ser hora de ir a la cama, cuando Tommy pudo librarse de su locuacidad.

A la mañana siguiente, Tommy se levantó temprano y salió a dar una vuelta por la playa. Volvía por la explanada, después de haber llegado hasta el embarcadero, cuando vio una figura familiar que venía en sentido opuesto. Tommy levantó su sombrero.

—Buenos días —dijo jovialmente—. Ejem… la señora Blenkensop, ¿verdad?

No había nadie por allí que pudiera oírles.

—El doctor Livingstone para ti —replicó Tuppence.

—¿Cómo diablos te las arreglaste para venir? —murmuró Tommy—. Es un verdadero milagro.

—Nada de milagro… sólo un poco de cabeza.

—Tu cabeza, supongo.

—Y supones muy bien. Espero que esto os sirva de lección, a ti y a ese altivo señor Grant.

—No hay duda de ello —dijo Tommy—. Vamos, Tuppence; dime cómo lo hiciste. Me devora la curiosidad.

—Fue muy sencillo. Desde el momento en que Grant habló del señor Carter, me olí lo que pasaba. Sabía que no se trataría de un miserable trabajo de oficina. Pero sus maneras demostraban que no estaba dispuesto a que yo metiera mis narices en el asunto y, por lo tanto, decidí obrar por mi cuenta. Salí a traer un poco de jerez y aprovechando aquello me escapé hasta el piso de los Brown y telefoneé a Maureen. Le dije que me llamara unos minutos más tarde y le instruí sobre lo que debía contarme. Lo hizo muy bien y chilló tanto que aun estando vosotros alejados del teléfono, oísteis todo lo que dijo. Hice entonces un poco de comedia, fingiendo condolencia, ansiedad y todos los signos de una amiga preocupada, saliendo a escape y dando un buen portazo. Pero no salí del piso. Desde el vestíbulo pasé al dormitorio y entreabrí la puerta que da a la salita de estar.

—¿Y oíste todo lo que hablamos?

—Todo —repuso Tuppence con acento complacido.

—¿Y no me hiciste ninguna observación? —la voz de Tommy tenía cierto tono de reproche.

—Claro que no. Deseaba darte una lección. A ti y a tu amigo el señor Grant.

—El señor Grant no es precisamente amigo mío; aunque no dudo que le has dado una lección.

—El señor Carter no me hubiera tratado con tanta ruindad —comentó Tuppence—. Creo que el Servicio Secreto ya no es lo que fue en nuestros tiempos.

Tommy observó con gravedad:

—Recobrará su primitivo esplendor, ahora que hemos vuelto a él. ¿Y a qué viene eso de Blenkensop?

—¿Por qué no puedo llamarme así?

—Parece un nombre bastante raro, como para escogerlo de buenas a primeras.

—Pues fue el primero que se me ocurrió y además viene bien para la ropa interior.

—¿Qué quieres decir, Tuppence?

—Por la B, idiota. B de Beresford, B de Blenkensop. Las iniciales

bordadas en mis combinaciones. Patricia Blenkensop. Prudente Beresford. ¿Y por qué escogiste el de Meadowes? Es un nombre bastante tonto.

—Pues, en primer lugar —dijo Tommy—, porque no llevo bordada en mis calzoncillos ninguna B. Y, en segundo, porque yo no lo escogí. Me dijeron que me llamaría Meadowes. El señor Meadowes es un caballero con un pasado muy respetable, el cual he tenido que aprendérmelo todo de memoria.

—Muy bonito —observó Tuppence—. ¿Casado o soltero?

—Soy viudo —replicó Tommy con dignidad—. Mi mujer murió hace diez años en Singapur.

—¿Y por qué en Singapur?

—Todos tenemos que morir en un sitio u otro. ¿Qué tiene de malo Singapur?

—Oh, nada. Probablemente es un sitio apropiado para morir. Yo también soy viuda.

—¿Dónde murió tu marido?

—¿Qué importa? Posiblemente en un sanatorio. Hasta me atrevería a decir que murió de una cirrosis hepática.

—Comprendo. Una enfermedad muy dolorosa. ¿Y qué me dices de tu hijo Douglas?

—Douglas está en la Marina.

—Eso oí ayer por la noche.

—Tengo otros dos hijos. Raymond sirve en las Fuerzas Aéreas y Cyril, el más pequeño, está en las Territoriales.

—¿Qué pasaría si alguien se entretuviera comprobando la historia de esos imaginarios Blenkensop?

—No son Blenkensop. Blenkensop fue mi segundo marido. El primero se apellidaba Hill. Hay tres páginas llenas de ese apellido en la guía telefónica. Ni aunque lo intentaras podrías comprobar, uno a uno, la historia de todos ellos.

Tommy suspiró.

—Siempre pasa lo mismo contigo, Tuppence. Llevas las cosas demasiado lejos. Dos maridos y tres hijos. Es demasiado. Cualquier día te vas a confundir en los detalles.

—No me pasará nada de eso, y hasta creo que los hijos me serán de alguna utilidad. Y haz el favor de acordarte que no tengo por

qué seguir órdenes de nadie. Hago la guerra por mi cuenta. Me metí para divertirme y te aseguro que me divertiré.

—Así parece —dijo Tommy, y añadió lúgubremente—: Si quieres que te diga la verdad, todo esto me parece una farsa.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno; tú has estado en «Sans Souci» más tiempo que yo. ¿Podríais decir con sinceridad que alguna de las personas con quien cenamos anoche puede ser un peligroso agente enemigo?

Tuppence respondió pensativamente:

—Parece un poco increíble. Pero, desde luego, tenemos a ese joven.

—Carl von Deinim. La policía posee todos los antecedentes de los refugiados, ¿no es cierto?

—Supongo que sí. Pero de todas formas creo que debemos vigilarlo. Es un chico muy atractivo.

—¿Quieres decir que las chicas le pueden contar cosas? ¿Pero qué chicas? No hay por aquí ningún general o almirante que tengas hijas. Tal vez salga a pasear con alguna capitana de los voluntarios locales.

—No te excites, Tommy. Debemos tomar esto en serio.

—Ya lo estoy tomando. Pero me parece que estamos embarcados en una empresa quimérica.

Tuppence observó gravemente:

—Todavía es pronto para decir eso. Al fin y al cabo, en este asunto no habrá nada que llame la atención a primera vista. ¿Qué opinas sobre la señora Perenna?

—Sí —respondió Tommy con aspecto pensativo—. Tenemos a la señora Perenna y admito que necesitamos aclarar muchas cosas respecto a ella.

—¿Y qué hemos de hacer nosotros? —preguntó Tuppence—. Es decir, ¿cómo vamos a cooperar?

—Debemos hacerlo de manera que no nos vean muchas veces juntos —dijo Tommy pensativamente.

—Sí. Sería contraproducente el sugerir que nos conocemos mucho más de lo que pretendemos aparentar. Lo que hemos de decidir es la actitud que debemos adoptar uno respecto al otro. Creo… sí… creo que la persecución es el mejor sistema.

—¿Persecución?

—Exactamente. Yo te persigo. Tú harás lo que puedas para eludirme, pero siendo un simple hombre con sentimientos caballerosos, tendrás que fracasar en tu empeño de cuando en cuando. Yo he tenido dos maridos y voy a la caza del tercero. Tú desempeñarás el papel de viudo perseguido y alguna vez te abordaré por ahí, bien sea en un café o mientras paseas por el puerto. Todos se reirán para sus adentros y opinarán que es una cosa muy divertida.

—No me parece mal —convino Tommy.

—La caza del hombre por la mujer siempre ha dado lugar a bromas. Esto nos colocará a los dos en una situación conveniente. Todo lo que harán, si nos ven juntos, será sonreír y decir: «¡Pobrecito Meadowes!».

Tommy le cogió una mano súbitamente.

—Mira —dijo—. Mira frente a ti.

En la esquina de un refugio antiaéreo, un joven hablaba con una muchacha. Ambos parecían estar muy absortos en lo que decían.

—Carl von Deinim —dijo Tuppence en voz baja—. ¿Quién será la chica?

—Quienquiera que sea, es verdaderamente bonita.

Tuppence asintió. Tenía fijos los ojos en la cara morena y apasionada de la muchacha y en el ajustado jersey que realzaba las líneas de su figura juvenil. En aquel momento hablaba acaloradamente, con énfasis, mientras Carl von Deinim la escuchaba.

Tuppence murmuró:

—Creo que es hora de que me dejes.

—De acuerdo —dijo Tommy.

Dio la vuelta y se alejó en dirección contraria.

Al extremo del paseo se encontró con el mayor Bletchley, quien lo miró con desconfianza y gruñó:

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Tommy al saludo.

—Ya veo que también a usted le gusta madrugar, como a mí —observó Bletchley.

—Se acostumbra uno allá en el Oriente. Ya hace muchos años,

pero todavía conservo el hábito de madrugar.

—Tiene mucha razón —dijo el militar con un gesto aprobatorio —. Los jóvenes de ahora me ponen enfermo. Baños calientes y el desayuno a las diez o más tarde. No es extraño que los alemanes nos hayan estado zurrando hasta ahora. No hay nervio. Son una pandilla de debiluchos. De todas formas, el ejército ya no es lo que era. Los cuidan como si fueran bebés. Los arropan bien por las noches y les ponen botellas de agua caliente. ¡Bah! ¡Todo eso me revuelve las tripas!

Tommy sacudió la cabeza con aire melancólico y el mayor Bletchley, animado de esa forma, prosiguió:

—Disciplina. Eso es lo que necesitamos. Disciplina. ¿Cómo vamos a ganar la guerra sin disciplina? Sepa usted, caballero, que algunos de ellos bajan a formar con pantalones cortos. Eso me han contado. No se puede esperar ganar la guerra de esa forma. ¡Pantalones cortos! ¡Por mil de a caballo!

El señor Meadowes aventuró la opinión de que las cosas eran muy diferentes a como habían sido antes.

—La culpa de todo la tiene esta democracia —opinó el mayor Bletchley, hoscamente—. Se puede exagerar todo. En mi opinión, creo que están exagerando la misma democracia. Mezclando los oficiales con los soldados; comiendo juntos en los restaurantes. ¡Bah! Los soldados no gustan de ello, Meadowes. La tropa sabe lo que le conviene. Siempre lo ha sabido.

—Desde luego —dijo el señor Meadowes—. No es que yo sepa mucho acerca de los asuntos del Ejército…

El otro le interrumpió, al tiempo que lanzaba una rápida mirada de reojo.

—¿Estuvo usted en la última guerra?

—Sí.

—Me lo figuré. Me di cuenta de que había hecho usted la instrucción. Por los hombros. ¿En qué Regimiento?

—En el 5to de *Confeshires* —Tommy se acordó de los datos relativos a la cartilla militar del señor Meadowes.

—¡Ah, sí, en Salónica!

—Eso es.

—Yo estuve en Mesopotamia.

Bletchley se zambulló en sus reminiscencias y Tommy le escuchó cortésmente. Por fin, el militar terminó con tono irritado:

—¿Y no cree usted que yo podría serles ahora de alguna utilidad? No; no lo creen ellos así. Soy demasiado viejo. Demasiado viejo, ¡narices! Aún podría enseñar, a unos cuantos de esos cachorros, algunas cosas de la guerra que ellos ignoran.

—¿Aunque no fuera más que lo que no debieran hacer? —sugirió Tommy, sonriendo.

—¿Eh? ¿Qué dice?

Se veía que el sentido del humor no era muy fuerte en el mayor Bletchley. Miró desconfiado a su acompañante y Tommy se apresuró a cambiar de conversación.

—¿Qué sabe usted acerca de esa señora… Blenkensop, según creo que se llama?

—Sí; ese es su nombre, Blenkensop. No está mal, aunque tiene los dientes un poco largos y habla demasiado. Una mujer agradable, pero de escasa inteligencia. No; no la conozco a fondo. Hace tan sólo dos días que está en «Sans Souci» —y añadió—: ¿Por qué lo pregunta?

Tommy explicó:

—Acabo de encontrármela y quisiera saber si acostumbra siempre a levantarse tan temprano.

—No lo sé. A las mujeres, por lo general, no les gusta pasear antes del desayuno… gracias a Dios —añadió.

—Amén —terminó Tommy.

Y luego prosiguió:

—No soy capaz de seguir una conversación refinada con una mujer antes del desayuno. Espero que a esa mujer no le habré parecido desconsiderado, pero necesito hacer ejercicio.

El mayor Bletchley demostró una instantánea simpatía.

—Estoy de acuerdo con usted, Meadowes. Completamente de acuerdo. Las mujeres están muy bien en su sitio; pero no antes del desayuno —soltó una risita apagada—. Será mejor que tenga mucho cuidado, amigo. ¿Sabe usted que esa señora es viuda?

—¿De veras?

El militar le dio un alegre codazo en las costillas.

—Ya sabemos cómo son las viudas. Ha enterrado a dos maridos,

y si quiere que le diga la verdad, me parece que va a la caza del tercero. Abra bien los ojos, Meadowes. Ábralos bien. Siga mi consejo.

Y con el mejor de los ánimos, el mayor Bletchley dio media vuelta al final de la explanada y marcó el paso para el paseo que debían dar en busca del desayuno que les esperaba en «Sans Souci».

Mientras tanto, Tuppence había seguido su camino por la explanada, pasando junto al refugio donde estaban charlando los dos jóvenes. Al pasar oyó unas cuantas palabras. Estaba hablando la muchacha.

—Pero debes tener cuidado, Carl. La más mínima sospecha…

Al alejarse, Tuppence no pudo oír nada más. ¿Eran palabras significativas? Dio la vuelta discretamente y volvió a pasar junto a la pareja. Oyó una frase más.

—… afectado y detestable inglés…

La señora Blenkensop levantó ligeramente las cejas. Carl von Deinim era un refugiado de la persecución nazi, a quien se había dado asilo y cobijo en Inglaterra. No era prudente, ni demostraba agradecimiento por su parte, el escuchar con aprobación tales palabras.

Tuppence dio otra vuelta. Pero esta vez, antes de que llegara al refugio, la pareja se separó de pronto. La chica cruzó la calle que conducía al puerto y Carl von Deinim se dirigió hacia donde estaba Tuppence.

Tal vez no la hubiera reconocido, a no ser porque ella se detuvo y mostró cierta vacilación. Pero al darse cuenta de quién era, el joven juntó rápidamente los talones e hizo una reverencia.

Tuppence pareció reconvenirle por su distracción cuando dijo:

—Buenos días. Es usted el señor Von Deinim, ¿verdad? ¡Qué mañana tan espléndida!

—¡Ah, sí! Hace un tiempo muy bueno.

—Me ha tentado a salir —prosiguió ella—. No suelo hacerlo muchas veces antes de desayunar. Pero esta mañana, tal vez porque no he podido dormir muy bien… He comprobado que nunca se duerme a gusto cuando se cambia de cama. Siempre se tarda un día o dos en acostumbrarse.

—¡Oh, sí! No hay duda de que así es.

—Y en realidad, este paseíto me ha abierto un buen apetito para el desayuno.

—¿Vuelve usted ahora a «Sans Souci»? Si me permite, le acompañaré.

Y caminó gravemente al lado de ella.

—¿Sale usted también para hacer apetito?

—¡Oh, no! Ya he tomado el desayuno. Me voy a trabajar.

—¿A trabajar?

—Soy investigador químico.

«Así que tal es su profesión», pensó Tuppence mientras le dirigía una rápida mirada.

Carl von Deinim siguió hablando con voz solemne:

—Vine a este país para escapar de la persecución. Tenía muy poco dinero y ningún amigo. Ahora hago el trabajo más útil que puedo.

Miraba fijamente frente a él. Tuppence notó que el muchacho estaba animado poderosamente por una corriente de fuertes sentimientos.

—Ya comprendo —murmuró—. Ya comprendo. Muy estimable.

Carl von Deinim prosiguió:

—Mis dos hermanos están en un campo de concentración. Mi padre murió en uno de ellos y después murió mi madre, de pena y de miedo.

Tuppence pensó:

«Por la forma en que lo dice… parece como si lo hubiera aprendido de memoria».

Volvió a dirigirle una furtiva mirada. El chico seguía fijando la vista frente a él con cara inexpresiva.

Caminaron en silencio durante unos momentos. Dos hombres pasaron junto a ellos y uno de los dos miró de soslayo a Carl. Tuppence oyó cómo murmuraba a su compañero:

—Te apuesto algo a que ese tipo es alemán.

Tuppence vio cómo el color subía a las mejillas de Carl von Deinim.

De pronto, el joven perdió el control de sí mismo. La marea de ocultas emociones salió a la superficie. Tartamudeó al hablar:

—Lo ha oído usted… lo ha oído usted… eso es lo que dicen…

yo…

—Mi querido amigo —Tuppence volvió a ser la de siempre. Su voz era viva y apremiante—. No sea tonto. No puede usted tenerlo todo.

El joven volvió la cabeza y la miró fijamente.

—¿Qué quiere decir?

—Es usted un refugiado. Tiene usted que estar a las duras y a las maduras. Lo que importa es que está vivo. Vivo y libre. Y en cuanto a lo otro… debe darse cuenta de que es inevitable. Este país está en guerra y usted es alemán —sonrió de pronto—. No puede usted esperar que el hombre de la calle, literalmente hablando, sepa distinguir entre los buenos y los malos alemanes, si me permite decirlo de una forma tan cruda.

Carl seguía mirándola fijamente. Sus ojos, tan azules, rebosaban de sentimientos reprimidos. Luego, repentinamente, sonrió y dijo:

—De los pieles rojas se decía que el único indio bueno era el que estaba muerto, ¿no es verdad? —rio—. Para ser un buen alemán debo llegar puntualmente al trabajo. Con su permiso. Buenos días.

Volvió a realizar aquella estirada reverencia y Tuppence se quedó mirando cómo se alejaba.

—Señora Blenkensop —se dijo—, has tenido una coladura. En el futuro atente a tus asuntos. Y ahora vamos a buscar el desayuno a «Sans Souci».

Encontró abierta la puerta del vestíbulo. En el interior, la señora Perenna conversaba animadamente con alguien.

—Y le dirás lo que pienso de la margarina que nos sirvió últimamente. Compra el jamón hervido en casa de Guillers, pues lo tenía dos peniques más barato la última vez… y ten cuidado con las colas… —se detuvo al entrar Tuppence.

—Buenos días, señora Blenkensop. Ya veo que es usted madrugadora y no se ha desayunado todavía. Lo tiene todo preparado en el comedor —y añadió, indicando a su acompañante —: Esta es mi hija Sheila. No la conocía usted todavía, pues estuvo ausente y llegó ayer por la noche.

Tuppence miró con interés la vivaz y atractiva cara. Era la misma joven que vio poco antes hablando con el alemán, pero ahora no demostraba la trágica energía de hacía unos momentos,

sino más bien tenía una expresión en su cara de aburrimiento y enfado. «Mi hija Sheila». Sheila Perenna.

Tuppence murmuró unas palabras de cumplido y entró en el comedor. Había tres huéspedes desayunando. La señora Sprot, con su pequeña, y la enorme señora O'Rourke.

—Buenos días —saludó Tuppence.

La señora O'Rourke correspondió con un cordial:

—Bonísimos los tenga usted.

El saludo un poco más anémico de la señora Sprot quedó ahogado ante el vozarrón de la otra mujer.

Esta última miró a Tuppence con una especie de interés voraz.

—No es mala idea dar un paseo antes de desayunar —observó—. Abre el apetito.

La señora Sprot dijo a su retoño:

—La sopita de leche está muy rica, cariño.

Y trató de administrar una cucharada a la señorita Betty Sprot.

Pero esta eludió el intento de su madre haciendo un adecuado movimiento de cabeza y siguió mirando fijamente a Tuppence con ojos grandes y redondos.

Señaló con un dedo manchado de leche a la recién llegada, le dirigió una afectuosa sonrisa y observó con tonos guturales:

—«Ga… ga… buch».

—Le gusta usted —exclamó la señora Sprot mirando a Tuppence como si se tratase de una persona a la que se concediera un señalado favor—. Algunas veces es tímida con los extraños.

—«Bu» —repitió Betty Sprot. Y añadió con énfasis—: «*Ah puz ah bag*».

—¿Qué quiere decir? —preguntó la señora O'Rourke.

—Todavía no habla muy claro —confesó la señora Sprot—. Acaba de cumplir los dos años y muchas de las cosas que dice no tienen sentido. Aunque sabe decir «mamá», ¿verdad que sí, cariño?

Betty miró con aire pensativo a su madre y observó fijamente:

—«*Cuguel bic*».

—Estos angelitos tienen un idioma propio —tronó la señora O'Rourke—. Betty, cariño, di «mamá».

Betty miró fijamente a la mujer, frunció el ceño y dijo con terrible seriedad:

—«*Nazer*».

—¡Vaya! Hace lo que puede. ¡Qué preciosidad de criatura!

La señora O'Rourke se levantó, miró con aspecto feroz a Betty y salió majestuosamente de la habitación.

—«Ga, ga, ga» —dijo Betty con enorme satisfacción, y con la cuchara empezó a dar golpes en la mesa.

Tuppence parpadeó al preguntar:

—¿Y qué quiere decir, en realidad, «*Nazer*»?

La señora Sprot se sonrojó ligeramente y contestó:

—Me parece que es lo que dice Betty cuando algo o alguien le disgusta.

—Así lo he creído yo también —dijo Tuppence.

Ambas mujeres rieron.

—Al fin y al cabo —continuó la señora Sprot—, la señora O'Rourke quiere parecer amable, pero tiene un aspecto tan terrorífico, y con esa voz tan profunda, tanto pelo en la cara… y todo lo demás…

Betty inclinó entonces la cabeza de un lado e hizo unos ruiditos arrulladores dirigidos a Tuppence.

—Le ha tomado cariño, señora Blenkensop —dijo su madre.

A Tuppence le pareció que había un ligero acento celoso en su voz y se apresuró a componer la cosa.

—A los niños les encantan siempre las caras nuevas, ¿verdad? —dijo sosegadamente.

Se abrió la puerta y entró el mayor Bletchley acompañado de Tommy. Tuppence se sintió con ganas de bromear.

—¡Ah, señor Meadowes! —exclamó—. Ya ve que le he ganado. He llegado antes a la mesa. Pero le he dejado un poquitín de desayuno.

Tommy murmuró confusamente:

—¡Oh…!, más bien… ejem… gracias…

Y tomó asiento al otro extremo de la mesa.

Betty Sprot dirigió un enérgico «*Patch*» acompañado de una rociada de leche hacia el mayor Bletchley, cuya cara asumió instantáneamente una expresión atontada y complacida.

—¿Cómo está la señorita esta mañana? —preguntó con voz de falsete, y empezó a juguetear con un periódico.

Betty lanzó gritos de contento.

Serios presentimientos asaltaron a Tuppence.

«Tiene que haber algún error —pensó—. Es imposible que aquí haya nada de lo que piensan. Es completamente imposible».

Para creer que «Sans Souci» era el cuartel general de la Quinta Columna se necesitaba la mentalidad de la reina Blanca, de Alicia en el País de las Maravillas.

Capítulo III

1

La señorita Minton estaba haciendo calceta en la terraza cubierta que había en uno de los lados de la casa.

Era una mujer delgada y angulosa, en cuyo cuello se le dibujaban los tendones. Llevaba una toquilla azul celeste y lucía siempre cadenas o collares. Usaba faldas de lana gorda, deformadas por la parte de atrás.

Saludó efusivamente a Tuppence.

—Buenos días, señora Blenkensop. Espero que habrá dormido bien.

La señora Blenkensop confesó que nunca dormía bien cuando cambiaba de cama, durante los primeros días, y la señorita Minton exclamó:

—¿No cree que es curioso? A mí me pasa lo mismo.

—¡Qué coincidencia! ¡Qué punto tan bonito está haciendo!

La señorita Minton enrojeció de satisfacción y desplegó la prenda que estaba tejiendo. Sí; no era muy corriente, pero no tenía nada de difícil. Se lo enseñaría a la señora Blenkensop si esta quería.

La señorita Minton era muy amable, pero la señora Blenkensop, en realidad, no sabía hacer calceta; es decir, no había conseguido nunca hacer nada con arreglo a una muestra. Sólo sabía hacer cosas sencillas, como un pasa montañas, y aun así, temía que el que estaba tejiendo no le salía bien. No parecía tener la forma debida, ¿verdad?

La señorita Minton dio una experta ojeada a la prenda en

cuestión y señaló los puntos que estaban equivocados. Tuppence, dando muestras de agradecimiento, le entregó el pasamontañas defectuoso y la otra mujer rezumó amabilidad y cooperación.

—¡Oh, no! No es ninguna molestia —dijo—. Hace muchos años que hago calceta.

—Pues yo nunca la hice antes de esta espantosa guerra —confesó Tuppence—. Pero creo que en estos momentos hay que hacer algo para ayudar.

—Claro que sí. ¿Y tiene usted un chico en la Marina, según le oí decir ayer por la noche?

—Sí; mi hijo mayor. Es un muchacho magnífico… aunque supongo que una madre no debiera decir eso. También tengo otro en las Fuerzas Aéreas, y Cyril, el más pequeño, está en Francia.

—¡Dios mío! ¡Qué ansiedad deberá usted pasar por ellos!

Tuppence pensó:

«Derek, mi querido Derek… ahora estás luchando en un horroroso infierno, mientras yo estoy aquí, haciendo tonterías y desempeñando un papel que realmente no siento…».

Y con voz alta y en tono enérgico, dijo:

—Debemos tener valor, ¿verdad? Esperemos que todo acabe pronto. El otro día me dijeron, de fuentes bien informadas, que los alemanes no podían resistirnos más de dos meses.

La señorita Minton asintió con tanto vigor que todos los collares que llevaba entrechocaron con gran ruido.

—Sí; eso es. Y creo… —bajó la voz en tono confidencial— que Hitler sufre una enfermedad muy grave: y que para agosto ya se habrá vuelto loco.

Tuppence comentó vivamente:

—Todo eso de la «*blitzkreig*» es tan sólo el último y desesperado esfuerzo de los alemanes. Creo que la escasez es terrible en Alemania. Los obreros de las factorías están descontentos y todo el tinglado se vendrá abajo.

—¿Qué es eso? ¿Qué se vendrá abajo?

El señor y la señora Cayley acababan de salir de la terraza, y el primero hizo estas preguntas con acento malhumorado. Tomó asiento en un sillón y su mujer le puso una manta sobre las rodillas.

—¿Qué es lo que estaban diciendo? —volvió a preguntar con

igual acento de mal humor.

—Decíamos —explicó la señorita Minton— que para el otoño habrá acabado todo.

—Tonterías —replicó el señor Cayley—. Esta guerra durará, por lo menos, seis años.

—¡Oh, señor Cayley! —protestó Tuppence—. No es posible que crea usted eso.

El señor Cayley miró a su alrededor recelosamente.

—¿No es cierto que aquí hay corriente? —murmuró—. Tal vez será mejor que retire el sillón hasta aquel rincón.

Volvió a ponerse en escena el acomodamiento del señor Cayley. Su mujer, de cara inquieta, y cuyo único objeto en la vida parecía ser el de cumplimentar todos los deseos de su marido, manipuló almohadones y mantas mientras preguntaba:

—¿Cómo estás así, Alfred? ¿Crees que estarás mejor? ¿No sería conveniente, tal vez, que te pusieras las gafas de sol? Hay aquí demasiada luz.

El señor Cayley contestó con irritación:

—No, no. No enredes tanto, Elizabeth. ¿Tienes mi bufanda? ¡No, esa, no! La de seda. Bueno, no importa. Por una sola vez creo que irá bien. Pero no quiero que se me caliente mucho la garganta, y la lana, con este sol… bueno, quizá sea preferible que me traigas la otra.

Volvió de nuevo su atención a los asuntos de interés público.

—Sí —dijo—, yo creo que serán seis años.

Escuchó con satisfacción las protestas de las dos mujeres.

—Ustedes, estimadas señoras, sólo se ocupan de desear lo mejor. Pero yo conozco a Alemania. Me atrevo a decir que la conozco demasiado bien. En el curso de mis negocios, antes de retirarme, solía recorrerla de un extremo a otro. Berlín, Hamburgo, Munich. Me son familiares. Y les aseguro que Alemania puede sostenerse, prácticamente, por tiempo indeterminado. Con Rusia guardándole las espaldas.

El señor Cayley continuó hablando con acento de convicción. Su voz se alzaba y disminuía en agradables y melancólicas cadencias, sólo interrumpida cuando recogió la bufanda de seda y se embozó con ella.

La señora Sprot trajo a Betty y la dejó en el suelo, junto con un perrito de lana al que le faltaba una oreja, y una chaqueta para muñeca.

—Oye, Betty —dijo su madre—. Viste a *Bonzo* y prepáralo para salir de paseo mientras mamaíta se arregla un poco.

El señor Cayley siguió recitando estadísticas y cifras con voz retumbante, todas ellas de carácter depresivo. El monólogo tenía como contrapunto el alegre gorjeo de Betty, que hablaba animadamente con *Bonzo* en su propio idioma, en tanto lo vestía.

—«*Trac… traki… pa bat*».

Y luego, al posarse un pájaro cerca de ella, tendió los bracitos y parloteó alegremente. El pájaro voló y Betty, mirando a todos los presentes, dijo con claridad:

—Patito.

—Esta niña aprende a hablar de una forma maravillosa —observó la señorita Minton—. Di «tata», Betty. «Tata».

Betty la miró con indiferencia y replicó:

—«*Gluc*».

Luego introdujo a la fuerza uno de los brazos de *Bonzo* dentro de la manga de la chaqueta y fue con paso inseguro hasta una de las sillas. Levantó el almohadón y colocó a *Bonzo* detrás de él.

Gorjeó con alegría y haciendo grandes esfuerzos anunció:

—«¡Escondido!». «Guau, guau…». «¡Escondido!».

La señorita Minton, a manera de intérprete, dijo con orgullo:

—Le gusta jugar al escondite. Siempre está escondiendo cosas.

Y luego, con exagerada sorpresa, exclamó:

—¿Dónde está *Bonzo*? ¿Dónde puede estar *Bonzo*?

Betty se dejó caer al suelo y pareció quedar sumida en un éxtasis de gozo.

El señor Cayley, viendo que los demás habían dejado de prestar atención a sus explicaciones sobre los métodos alemanes para sustituir las materias primas, y considerándose desplazado, tosió agresivamente.

La señora Sprot, con el sombrero puesto, entró en aquel momento y se llevó a Betty.

La atención volvió a centrarse en el señor Cayley.

—¿Qué estaba usted diciendo, señor Cayley? —preguntó

Tuppence.

Pero el señor Cayley se sentía ultrajado y replicó fríamente:

—Esa mujer se deja siempre a la niña por ahí y espera que los demás cuiden de ella. Creo que voy a ponerme la bufanda de lana, querida. Ya se va el sol.

—Pero, señor Cayley, siga usted con lo que iba diciéndonos. Era muy interesante —rogó la señorita Minton.

El señor Cayley pareció ablandarse ante estas razones y reanudó su discurso mientras se envolvía cuidadosamente la garganta con los pliegues de la bufanda de lana.

—Como iba diciendo, Alemania ha perfeccionado de tal forma su sistema de…

Tuppence se volvió hacia la señora Cayley y le preguntó.

—¿Qué opina usted de la guerra, señora Cayley?

La mujer dio un respingo.

—¿Qué opino yo? ¿Qué… qué quiere decir?

—¿Cree usted que durará seis años?

La señora Cayley contestó dubitativamente:

—Espero que no. Es mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí. Es mucho tiempo. ¿Qué cree usted, en realidad?

La mujer pareció verdaderamente alarmada por la pregunta.

—Pues… pues no lo sé. No sé nada. Alfred dice que durará seis años.

—Pero ¿no lo cree usted así?

—No lo sé. Es difícil de asegurar, ¿verdad?

Tuppence sintió que la sobrecogía la desesperación. La animosa señorita Minton, el dictatorial señor Cayley y su apocada mujer, ¿eran todos ellos, realmente, el prototipo de sus compatriotas? ¿Era acaso mucho mejor la señora Sprot, con su cara ligeramente inexpresiva y sus saltones ojos azules? ¿Qué podía encontrar en aquel lugar? Seguramente, ni una sola de aquellas personas…

Los pensamientos de Tuppence se vieron interrumpidos. Vio una sombra reflejada en el suelo. La sombra de alguien que estaba de pie, entre ellas y el sol. Volvió la cabeza.

Era la señora Perenna que acababa de entrar en la terraza y miraba fijamente a los del grupo. Y había algo en sus ojos, ¿desprecio, tal vez? Una especie de mortal desdén.

«Tengo que saber algo más acerca de la señora Perenna», pensó Tuppence.

2

Las relaciones de Tommy con el mayor Bletchley eran cada vez más cordiales.

—¿Se ha traído sus palos de golf, Meadowes?

Tommy reconoció que así era.

—¡Ah! Le aseguro que mis ojos nunca me engañan. ¡Espléndido! Tenemos que jugar una partida juntos. ¿Ha visto el campo que tenemos aquí?

Tommy replicó negativamente.

—Pues no está mal… no está mal del todo. Tal vez un poco estrecho en uno de sus lados, pero desde él se ve muy bien el mar. Y nunca está lleno de jugadores. Oiga, ¿qué le parece si viniera conmigo esta mañana? Echaremos una partidita.

—Muchísimas gracias. Me encantará.

—Confieso que me alegro mucho de que haya llegado usted —observó Bletchley cuando subían por la colina—. Hay demasiadas mujeres en la casa y eso le pone los nervios de punta a cualquiera. Me alegro de tener un compañero que me ayude. No puedo contar con Cayley, pues es un hombre que parece una botica andante. No habla más que de su salud, del tratamiento que sigue y de las drogas que toma. Si tirara todas esas pildoritas y saliera a dar un buen paseo de diez millas cada día, sería un hombre diferente. El otro elemento masculino que hay en la casa es Von Deinim, y si he de decirle la verdad, Meadowes, no tengo la conciencia tranquila respecto a él.

—¿No? —dijo Tommy.

—No. Le aseguro bajo palabra de honor que esto de los refugiados es un asunto peligroso. Si de mí dependiera, los hubiera internado a todos. La seguridad es antes que nada.

—Tal vez sería una medida un poco drástica.

—Nada de eso. La guerra es la guerra. Y tengo mis sospechas sobre el señorito Carl. Por una parte, se ve claramente que no es

judío. Y luego, hay que considerar que llegó aquí justamente un mes antes, fíjese bien, un mes antes de que estallase la guerra. Eso es un poco sospechoso.

Tommy le animó a proseguir.

—Entonces, ¿cree usted que…?

—Que se dedica al espionaje… esa es su ocupación.

—No creo que haya nada de importancia militar o naval por los alrededores.

—¡Alto, amigo! Ahí es donde entra la astucia. Si residiera cerca de Plymouth o de Portsmouth, estaría sujeto a vigilancia. Pero en un sitio tan pacífico, nadie se preocupa de esas cosas. Aunque aquí estamos en la costa, ¿verdad? Lo cierto es que el Gobierno da demasiadas facilidades a esos extranjeros. Cualquiera puede venir a este lugar, poner cara de circunstancias y hablar de los hermanos que tiene prisioneros en campos de concentración… Y ese joven… tiene el signo de la arrogancia marcado en cada línea. Es un nazi… eso es… un nazi.

—Lo que en realidad necesitamos en este país es un brujo o dos —dijo Tommy alegremente.

—¿Eh? ¿Qué dice?

—Para que oliera a los espías —explicó Tommy gravemente.

—¡Ah! Es muy bueno eso… muy bueno. Para que los oliera… sí, desde luego.

Y allí acabó la conversación, porque habían llegado al edificio donde estaba instalado el club de golf.

Tommy se inscribió como socio transeúnte. La presentaron al secretario, un hombre de apariencia apática, entrado en años, y luego pagó su cuota de inscripción.

Al cabo de un rato, Tommy y el mayor empezaron su partida.

Tommy era un jugador mediocre y se alegró de comprobar que su nivel de juego estaba a la altura del de su nuevo amigo. El mayor venció por muy poca diferencia, lo cual dejó las cosas en buen lugar.

—Buena partida, Meadowes; muy buena partida. Tuvo usted mala suerte con aquel tiro que se desvió en el último momento. Debemos jugar a menudo. Venga y le presentaré a unos cuantos de los socios. No están mal en conjunto, aunque algunos sienten

inclinación a ser como las viejas. Ya me entiende, ¿verdad? ¡Ah! Ahí tenemos a Haydock. Le gustará Haydock. Es un jefazo de la Marina, retirado. Es el propietario de la casa que hay sobre el acantilado, más allá de la nuestra. Es también el jefe de la Defensa Pasiva local.

El teniente de navío Haydock era un hombre corpulento y vigoroso, con una cara curtida por la intemperie, ojos de azul intenso y el hábito de decir a voces la mayoría de sus observaciones.

Saludó a Tommy con cordialidad.

—¿Así es que viene usted para auxiliar a Bletchley en «Sans Souci»? Se alegrará de que haya venido otro hombre. Está aquello demasiado confuso con tantas mujeres, ¿verdad, Bletchley?

—No soy hombre dado a la compañía de las señoras —confesó el militar.

—Tonterías —dijo Haydock—. Lo que pasa es que no hay ninguna que le guste. Todas son de las que por lo general se encuentran en las casas de huéspedes. No hacen más que calceta y dedicarse al chismorreo.

—Se olvida usted de la señorita Perenna —dijo Bletchley atento.

—¡Ah, Sheila…! Es una chica atractiva, desde luego. Bonita a su manera, si he de decir la verdad.

—Estoy un poco preocupado por ella —observó Bletchley, inquieto.

—¿A qué se refiere? ¿Quiere una copa, Meadowes? ¿Y usted, mayor?

Una vez tomaron las bebidas y tomaron asiento en el porche del club, Haydock repitió la pregunta.

El mayor Bletchley contestó con cierta violencia:

—Es ese tipo alemán. Sale demasiado con él.

—¿Quiere decir que le gusta? ¡Hum! Eso está peor. Desde luego, él es un joven de buena presencia. Pero no está bien eso. No está bien, Bletchley. No debemos permitir tales cosas. Viene a ser como si tuviéramos tratos con el enemigo. Esas chicas… ¿dónde tendrán el sentido común? ¡Con tantos muchachos ingleses como hay disponibles y apetecibles por ahí!

—Sheila es una joven extraña —observó Bletchley—. A veces se

vuelve intratable y raramente habla con nadie.

—Es la sangre española —dijo el teniente de navío—. Su padre era medio español, ¿verdad?

—No lo sé. Yo diría que el apellido es de origen español.

Haydock miró su reloj.

—Van a radiar el boletín de noticias. Será mejor que entremos a oírlas.

Aquel día radiaron pocas noticias más de las que ya habían leído en los periódicos de la mañana. Después de comentar favorablemente los últimos éxitos de las Fuerzas Aéreas (unos chicos magníficos y bravos como leones) el teniente de navío siguió desarrollando su teoría predilecta. La de que, tarde o temprano, los alemanes intentarían un desembarco en el propio Leahampton, puesto que se trataba de un sitio tan retirado.

—¡Ni siquiera tenemos un solo cañón antiaéreo! ¡Vergonzoso!

No siguieron discutiendo, ya que Tommy y el mayor Bletchley tenían que darse prisa si querían llegar a tiempo de almorzar en «Sans Souci». Haydock invitó cordialmente a Tommy para que fuera a visitar su finca, «El descanso del contrabandista».

—Se disfruta desde allí de una vista maravillosa. Tengo hasta una ensenada particular y la casa está equipada con los últimos adelantos modernos. Tráigalo con usted, amigo Bletchley.

Se convino en que Tommy y el mayor pasarían a tomar unas copas al atardecer del día siguiente.

3

Después del almuerzo se disfrutaba en «Sans Souci» de unas horas de paz. El señor Cayley, como de costumbre, subió a su habitación, seguido por su mujer, para hacer su «reposo». Y la señorita Minton se llevó a la señora Blenkensop a uno de los centros de asistencia para hacer y poner direcciones en los paquetes que se mandaban al frente.

El señor Meadowes fue paseando hasta Leahampton y dio una vuelta por el puerto. Compró unos pocos cigarrillos y el último número del *Punch*. Luego, al cabo de unos momentos de aparente

indecisión, tomó un autobús que iba hasta el «Embarcadero viejo», según rezaba el indicador.

El embarcadero viejo estaba situado en el extremo más alejado de la explanada. Aquella parte de Leahampton estaba considerada por las agencias de viajes como la menos recomendable del pueblo. No parecía muy bien cuidada, por cierto. Tommy pagó dos peniques y se adentró en el embarcadero, que tenía un aspecto deslucido y gastado por el tiempo. Sólo había en él unas moribundas máquinas tragaperras colocadas a grandes trechos unas de otras. No se veía a nadie por allí, salvo unos cuantos chiquillos que corrían y gritaban, confundiendo su voz con la de las gaviotas. Al extremo del embarcadero un hombre solitario estaba pescando.

El señor Meadowes caminó hacia él y se quedó mirando el agua. Al cabo de unos momentos preguntó sosegadamente:

—¿Ha cogido algo?

El pescador sacudió la cabeza.

—No quieren picar.

El señor Grant enrolló un poco de sedal y sin volver la cabeza preguntó:

—¿Qué me cuenta, Meadowes?

—No hay mucho de qué informarle todavía, señor —respondió Tommy—. Estoy empezando a profundizar.

—Muy bien. Cuénteme.

Tommy se sentó en un amarradero, de manera que podía ver toda la extensión del embarcadero.

—Creo que mi llegada no ha despertado sospecha alguna —dijo —. Supongo que tendrá usted una lista de la gente que se hospeda allí —Grant asintió—. Todavía no tengo nada de que informar. Entablé amistad con el mayor Bletchley. Hemos estado jugando al golf esta mañana. Parece ser un típico oficial retirado. En todo caso, demasiado típico. Cayley da la impresión de ser un auténtico enfermo hipocondríaco, aunque ese es un papel fácil de desempeñar. Según ha manifestado él mismo, estuvo mucho tiempo en Alemania durante los últimos años y la conoce bien.

—Es un detalle —dijo Grant lacónicamente.

—Luego tenemos a Von Deinim.

—Sí. No es necesario que le diga, Meadowes, que Von Deinim es

el que más me interesa.

—¿Cree usted que es «N»?

Grant sacudió la cabeza.

—No; no lo creo. Tal como se presenta este asunto, «N» no puede hacerse pasar por alemán.

—¿Ni siquiera como un refugiado de la persecución nazi?

—Ni eso. Ellos saben que estamos vigilando a todos los extranjeros que provienen de países enemigos. Además y esto, Beresford, es absolutamente confidencial, muy pronto serán internados todos estos extranjeros, comprendidos entre los dieciséis y los sesenta años de edad. Tanto si nuestros adversarios lo saben, como si no, deben haber supuesto que un hecho de tal categoría tenía que producirse. Nunca se arriesgarán a que el cabecilla de su organización sea internado. Y por lo tanto, «N» tiene que hacerse pasar por ciudadano de un país neutral, o tal vez como inglés. Desde luego, lo mismo puede decirse de «M». En cuanto a Von Deinim, quizá sea un eslabón de la cadena. Posiblemente «N» o «M» no estén entre los huéspedes de «Sans Souci» y tal vez por medio de Von Deinim lleguemos a conseguir lo que nos proponemos. Y esto me parece factible, tanto más cuanto no veo que alguno de los demás huéspedes sea la persona que andamos buscando.

—Supongo que, poco más o menos, habrá investigado los antecedentes de todos ellos, señor.

Grant suspiró. Fue un signo agudo y rápido de fastidio.

—No; eso es precisamente lo que me resulta realmente imposible. Podría ordenar que el Departamento hiciera esas indagaciones… pero no puedo arriesgarme a ello, Beresford, porque incluso entre nosotros hay elementos subversivos. Si llegaran a darse cuenta de que, por cualquier razón, me interesaba por «Sans Souci», su organización estaría enterada de ello inmediatamente. Ahí es precisamente donde entra usted, que es un desconocido. Por eso tiene que trabajar en la oscuridad, sin que le podamos ayudar. Es nuestra única oportunidad y no me atrevo a que, por mi culpa, se pongan sobre aviso nuestros enemigos. Sólo hay una persona sobre la que puedo investigar abiertamente.

—¿Quién es, señor?

—Carl von Deinim. Resulta fácil. Un trabajo rutinario. Se puede

hacer una investigación sobre él, no desde el punto de vista de «Sans Souci», sino con el pretexto de ser natural de un país enemigo.

Tommy preguntó con curiosidad:

—¿Y qué resultado han obtenido?

Una peculiar sonrisa se extendió sobre la cara del otro.

—El amigo de Carl es exactamente lo que parece. Su padre no fue bastante discreto; lo arrestaron y murió en un campo de concentración. Los hermanos mayores de Carl también están internados en otros campos. Y hace poco más de un año murió su madre a causa de los disgustos. El joven escapó a Inglaterra un mes antes de que estallara la guerra. Von Deinim ha declarado su decidido propósito de ayudar al país que le ha prestado refugio. Su trabajo, en un laboratorio de investigaciones químicas, ha sido excelente y de gran utilidad para resolver aspectos de la inmunización contra determinados gases, así como en experimentos hechos para evitar contaminaciones en general.

—Entonces —dijo Tommy—, ¿es de confianza?

—No del todo. Nuestros amigos, los alemanes, tienen fama de concienzudos. Si Von Deinim fue enviado a Inglaterra como agente, habrán tenido buen cuidado de que sus antecedentes coincidan exactamente con la descripción que el joven dé sobre los mismos. Hay dos posibilidades. La de que la familia Deinim sea cómplice del asunto, lo cual no es improbable en un régimen tan esmerado en los detalles como el de los nazis. O puede ser que ese chico no sea Carl Deinim, sino otro que desempeñe su papel bajo tal nombre.

Tommy comentó lentamente:

—Ya comprendo —y añadió incongruente—: Parece un buen chico.

Grant dio un suspiro.

—Todos lo son… o casi todos —dijo—. Nuestro servicio nos hace llevar una vida bastante extraña. Apreciamos a nuestros enemigos y ellos nos aprecian. Por lo general sentimos afecto por el que tenemos enfrente, aun cuando estamos haciendo todo lo posible para cazarlo.

Se produjo un silencio, durante el cual Tommy recapacitó sobre las extravagantes anomalías de la guerra. La voz de Grant lo sacó de

su absorción.

—Pero existen otros a los que no debemos guardar consideración ni respeto. Son los traidores emboscados en nuestras propias filas; los hombres que están deseando traicionar a su país para aceptar un empleo o un ascenso del enemigo que lo conquiste.

Tommy exclamó con ardor:

—¡Estoy completamente de acuerdo con usted, señor! Es un juego nauseabundo.

—Y como tal debe acabar.

—¿Y es verdad que pueden existir tales… tales cerdos?

—Como le he dicho antes, los hay por todos los sitios. En nuestro propio departamento. En las fuerzas armadas. En los bancos del Parlamento. En los altos cargos ministeriales. Tenemos que desenmascararlos… tenemos que hacerlo. Y hacerlo pronto. No podemos empezar por el fondo, por la gente menuda que habla en los parques y vende asquerosos boletines de noticias. Esos no saben quiénes son los peces gordos. Y esos peces gordos son los que necesitamos atrapar. Son los que pueden hacer daño sin cuenta, y lo harán si no los cogemos a tiempo.

—Los cogeremos, señor —replicó Tommy con firmeza.

—¿Por qué dice eso? —preguntó Grant.

—Usted mismo lo acaba de decir. Porque tenemos que hacerlo.

El pescador volvió la cabeza y miró detenidamente a su subordinado durante un momento, contemplando la resuelta línea de su barbilla. Lo miraba ahora bajo un aspecto diferente, que le gustó más.

—Buen muchacho —dijo. Y luego prosiguió—: ¿Qué me dice de las mujeres? ¿Ha encontrado algo sospechoso en ese sentido?

—Creo que la patrona es una mujer bastante rara.

—¿La señora Perenna?

—Sí. ¿No sabe usted… nada acerca de ella?

Grant contestó lentamente:

—Veré si puedo hacer algo en cuanto a una investigación sobre sus antecedentes. Pero como le dije, eso resulta peligroso.

—Sí. Es mejor no correr ningún riesgo. Ella es la única que me parece sospechosa. También hay una mamá joven, una solterona remilgada, la atontada mujer del hipocondríaco y una vieja

irlandesa de aspecto terrorífico. A primera vista, todas parecen inofensivas.

—¿No hay nadie más?

—Sí. También está la señora Blenkensop. Llegó hace tres días.

—¿Y qué me dice de ella?

—La señora Blenkensop es mi mujer.

—¿Qué?

Ante lo inesperado de esta noticia, Grant levantó la voz. Dio la vuelta y en su mirada demostró la indignación que sentía.

—Creo que le dije, Beresford, que su mujer no debía saber ni una palabra de todo esto.

—Es cierto, señor. Nada le dije. Si quiere escucharme durante un momento…

Tommy narró sucintamente lo ocurrido. Evitó mirar a su interlocutor y tuvo buen cuidado de eliminar de su tono la indignación que sentía.

Se produjo un silencio cuando acabó la historia. Luego Grant dejó escapar un ruido extraño. Estaba riendo y así continuó durante un rato.

—¡Me descubro ante esa mujer! Es única —dijo al fin.

—Convengo en ello —observó Tommy.

—Easthampton va a morirse de risa cuando se lo cuente. Ya me aconsejó que ella no se metiera en esto. Dijo que si la dejaba intervenir me haría desesperar, pero no quise creerle. Y esto viene a demostrar que nunca pone uno bastante cuidado en lo que hace. Creí que había tomado todas las precauciones posibles para no ser oído. Procuré asegurarme de que en el piso no había nadie más que usted y su esposa. Luego oí una voz por teléfono que rogaba a su mujer que se fuera en seguida, y así fue cómo me engañó con el simple procedimiento de dar un portazo. Sí; su esposa es una mujer muy lista.

Calló durante unos instantes y luego dijo:

—¿Quiere usted decirle de mi parte que me ha hecho morder el polvo?

—Entonces, ¿he de interpretar que consiente en que ella siga en el asunto?

El señor Grant hizo una expresiva mueca.

—Seguirá, tanto si queremos como si no. Dígale que el Departamento se considerará muy honrado si ella consiente en trabajar con nosotros.

—Se lo diré —convino Tommy mientras sonreía ligeramente.

Grant observó con súbita seriedad:

—Supongo que no podrá persuadirla para que se vaya a casa y se quede allí.

Tommy sacudió la cabeza.

—No conoce usted a Tuppence.

—Creo que empiezo a conocerla. Le he dicho eso porque… bueno; porque es un asunto peligroso. Si le descubren a usted o a ella…

Dejó la frase sin terminar.

—Lo comprendo, señor —dijo Tommy con gravedad.

—Creo, además, que ni siquiera conseguirá usted convencerla para que se mantenga apartada del peligro.

Tommy replicó lentamente:

—Tampoco creo, por mi parte, que esté yo dispuesto a hacer tal cosa. Tuppence y yo no hemos llegado todavía a ese extremo. Los asuntos los emprendemos y los acabamos juntos.

Al decir aquello tenía fija en la mente una frase pronunciada hacia el final de la Primera Guerra Mundial: «Una aventura común».

Así había sido su vida con Tuppence y así sería siempre… «Una aventura común…».

Capítulo IV

1

Cuando Tuppence entró en el salón de «Sans Souci», poco antes de la hora de comer, la única ocupante de la habitación era la monumental señora O'Rourke, que estaba sentada junto a la ventana y parecía un Buda gigantesco. Saludó a Tuppence con su acostumbrada cordialidad.

—¡Vaya! ¡Si es la señora Blenkensop! Ya veo que también opina igual que yo. Le gusta bajar con tiempo, para descansar durante unos minutos antes de entrar en el comedor. Me gusta esta habitación, en particular cuando hace buen tiempo y se pueden abrir las ventanas para no sentir el olor de la cocina. Es algo terrible, sobre todo con estos sitios y cuando en el fogón se están cociendo cebollas o coles. Siéntese aquí, señora Blenkensop, y cuénteme qué es lo que ha hecho en un día tan estupendo como hoy, y qué le parece Leahampton.

Había algo en la señora O'Rourke que ejercía una profunda fascinación sobre Tuppence. Aquella mujer más bien parecía un ogro escapado de un cuento infantil. Y no era descabellado considerarla como una fantasía de la infancia, a la vista de su corpulencia, su voz profunda, su bigote y barba bien señalados, sus ojos brillantes y profundos y la impresión de que su tamaño, en conjunto, era superior al de los demás mortales.

Tuppence replicó que Leahampton le estaba gustando mucho y que esperaba pasarlo muy bien allí.

—Es decir —añadió con acento melancólico—, tan bien como pueda pasarlo en cualquier otro lado, pesando sobre mí esta terrible

ansiedad.

—¡Vamos! No se atormente —aconsejó afablemente la señora O'Rourke—. Sus hijos volverán junto a usted, sanos y salvos. No lo dude. Uno de ellos está en las Fuerzas Aéreas, ¿no dijo usted eso?

—Sí, Raymond.

—¿Y está ahora en Francia o en Inglaterra?

—En este momento está en Egipto, pero por lo que me dijo en su última carta… Bueno, no lo dice precisamente… tenemos convenida entre nosotros una especie de clave. Ciertas frases significan determinadas cosas. Creo que está completamente justificado, ¿no le parece?

La señora O'Rourke se apresuró a contestar:

—¡Claro que sí! Es el privilegio de una madre.

—Sí. Yo estimo que debo saber dónde está.

La otra mujer asintió con aquella cabeza parecida a la de un Buda.

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Si yo tuviera un hijo en la guerra engañaría al censor de igual manera, puede estar segura. ¿Y su otro hijo, el que está en la Marina?

Tuppence empezó a relatar la leyenda de Douglas.

—Pues ya ve usted —terminó—. Me encuentro muy sola sin mis tres chicos. Nunca se alejaron de mí, todos a la vez, como ha ocurrido ahora. Me miman mucho. Estoy convencida de que me tratan más bien como a una amiga que como a una madre —rio satisfecha—. Tengo que reprenderles algunas veces y obligarles a que salgan solos.

Y al decir esto, pensó: «¡Qué asco de mujer debo estar pareciendo!».

—Lo cierto es —prosiguió en voz alta— que no sé qué hacer ni adónde ir. Expiró el plazo de arrendamiento del piso que tenía en Londres, y me pareció una tontería volver a renovarlo. Pensé que si me fuera a vivir a un sitio tranquilo, pero que tuviera un buen servicio de trenes…

Se detuvo.

La cabeza de Buda volvió a asentir.

—Me parece que ha hecho muy bien. Londres no resulta agradable, por ahora. ¡Con aquella oscuridad! Yo también he vivido

allí durante algún tiempo. Sepa usted que era una especie de traficante de antigüedades. Tal vez conocía usted mi tienda, en Carnaby Street, Chelsea. Tenía un letrero sobre la puerta que decía: «Kate Kelly». Vendía allí cosas muy buenas… muy buenas. La mayoría de cristal. Watelford, Cork… preciosidades. Arañas, jarros y cosas parecidas. Tenía también cristal de procedencia extranjera. Y muebles pequeños… nada de muebles grandes… sólo pequeñas piezas de estilo… de nogal y roble. Cosas preciosas… y tenía algunos clientes muy buenos. Pero ya se sabe; viene la guerra y todo se hunde. He tenido suerte de acabar con pocas pérdidas.

Un tenue recuerdo cruzó la mente de Tuppence. Una tienda llena de cristal, entre la cual era difícil moverse; una voz agradable y persuasiva y una mujer corpulenta y apremiante. Sí; estaba segura de haber entrado en aquella tienda.

La señora O'Rourke prosiguió:

—No soy de las que les gusta estar siempre quejándose… como algunos de los que viven en esta casa. El señor Cayley, por ejemplo, con sus bufandas, sus mantas y sus lamentos acerca de que los negocios le van muy mal. Claro que le han de ir mal ahora que estamos en guerra… Y su mujer, que ni siquiera es capaz de hablar. Luego está la señora Sprot, siempre preocupada por su marido.

—¿Está en el frente?

—Nada de eso. Es un chupatintas de tres al cuarto, empleado en una Compañía de Seguros, ni más ni menos, y con tanto miedo a los bombardeos que tiene a su mujer aquí desde que empezó la guerra. Yo creo que eso está bien por lo que se refiere a la chiquilla, que es una monada, pero la señora Sprot siempre está preocupada porque su marido no puede venir más a menudo… y no para de decir que su Arthur la estará echando mucho de menos. Pero si quiere que le diga la verdad, Arthur no parece pensar tal cosa… quizá tiene otro pescado en la sartén.

—Compadezco a todas esas madres —murmuró Tuppence—. Si dejan que se les lleven a los niños, no disfrutan de un momento de tranquilidad pensando en ellos. Y si deciden llevárselos ellas, les resulta penoso tener que dejar al marido.

—Sí. Y además, sale caro el tener que mantener dos casas.

—Pues aquí pagamos unos precios bastante razonables —

observó Tuppence.

—Desde luego. No hay duda de que le sacamos todo si provecho posible al dinero que pagamos. La señora Perenna es una buena patrona, aunque como mujer la encuentro algo rara.

—¿En qué sentido? —preguntó Tuppence.

La señora O'Rourke hizo un pequeño guiño y contestó:

—Pensará usted que soy una charlatana inveterada. Y es verdad. Me intereso por mis semejantes y debido a eso me gusta sentarme en esta silla tan a menudo como puedo. Desde aquí se ve quién entra y quién sale; quién está en la terraza y qué pasa en el jardín. Pero ¿de qué estábamos hablando?… ¡Ah, sí!, de la señora Perenna y de sus rarezas. Creo que no me equivoco al afirmar que en la vida de esa mujer tiene que haber ocurrido un gran drama.

—¿De veras cree usted eso?

—Claro que sí. ¡Hay que ver el misterio de que se rodea! Un día le pregunté de qué parte de Irlanda era, y ¡pásmese!, me dejó hecha de una pieza al decirme que ella nunca estuvo en Irlanda.

—¿Y piensa usted que es irlandesa?

—¡Naturalmente! ¡Si conoceré yo a las mujeres de mi tierra! Hasta le puedo decir el condado en que nació. ¡Vamos! Y me dijo que era inglesa y su marido español…

La señora O'Rourke calló al ver que entraba la señora Sprot, seguida por Tommy.

Tuppence asumió inmediatamente una actitud alegre y vivaracha.

—Buenas noches, señor Meadowes. Parece que hoy está usted muy animado.

—El secreto consiste en que hice mucho ejercicio —contestó Tommy—. Una partida de golf esta mañana y un paseo por el puerto esta tarde.

Millicent Sprot intervino en la conversación con su proverbial ligereza.

—Pues esta tarde me llevé a la niña a la playa. Quena chapotear un poco en el agua, pero no la dejé, pues creo que hace demasiado fresco todavía. Mientras le ayudaba a levantar un castillo de arena, vino un perro, me cogió la calceta y salió corriendo, deshaciendo casi todo lo que tenía hecho. ¡Qué fastidio! Con lo difícil que es

ahora volver a recoger los puntos. Casi no sé hacer calceta.

—Adelantó usted mucho ese pasamontañas —dijo la señora O'Rourke, volviendo súbitamente su atención hacia Tuppence—. Hay que ver cómo ha corrido. Me parece recordar que la señorita Minton dijo que no tenía usted mucha práctica.

Tuppence enrojeció ligeramente. Los ojos de la señora O'Rourke tenían una expresión penetrante.

Con acento contrito, Tuppence confesó:

—En realidad, hice mucha calceta en mi vida. Pero no dije aquello a la señorita Minton, porque creo que le gusta ayudar a la gente.

Todos rieron ante tal declaración.

Unos minutos después llegaron los demás huéspedes, y al poco rato sonó el batintín.

Durante la comida, la conversación versó sobre el interesante tema de los espías. Salieron a relucir viejas historias al respecto. La monja de brazo musculoso; el clérigo que aterrizó colgado de un paracaídas y que usó un lenguaje muy poco clerical cuando se dio un buen golpe al llegar a tierra; la cocinera austríaca que escondía una emisora de radio clandestina en la chimenea de su habitación; y todo lo que sucedió o estuvo a punto de suceder a tías y primos segundos de todos los presentes. Este tema llevó con gran facilidad a tratar de las actividades de la quinta columna y a vituperar la conducta de los fascistas británicos, de los comunistas, del Partido de la Paz y de los que alegaban tener objeciones de conciencia para no ir al frente. Era una conversación vulgar y corriente; de las que podían oírse cualquier día y en cualquier lugar. Y, sin embargo, Tuppence vigiló estrechamente las cosas y el comportamiento de los demás, mientras hablaba, al objeto de ver si podía sorprender alguna palabra o frase significativa. Pero no consiguió nada. Sheila Perenna fue la única que no tomó parte en la conversación; mas aquello podía atribuirse a su habitual taciturnidad. Durante toda la comida su cara tuvo una expresión hosca y pensativa.

Como aquella noche no acudió a cenar el joven alemán, los demás hablaron sin cortapisas.

Sheila sólo intervino hacia el final de la cena.

La señora Sprot acababa de decir con su tono débil y aflautado:

—Yo opino que en la última guerra los alemanes cometieron un error al fusilar a la enfermera Cavell. Eso hizo que todos se pusieran en contra suya.

Fue entonces cuando Sheila, echando hacia atrás la cabeza, preguntó con voz impetuosa y juvenil:

—¿Y por qué no debían fusilarla? Era una espía, ¿verdad que sí?

—¡Oh, no! No era una espía.

—Ayudó a varios ingleses para que escaparan… de un país enemigo. Es lo mismo. ¿Por qué no tenían que fusilarla?

—Pero fusilar a una mujer… y, además, enfermera…

Sheila se levantó.

—Creo que los alemanes hicieron muy bien —dijo.

Y salió al jardín por una de las ventanas francesas.

Hacía bastante rato que habían servido los postres, consistentes en varios plátanos no acabados de madurar y algunas naranjas pasadas.

Los comensales se levantaron y pasaron al salón donde se servía el café.

Sólo Tommy, discretamente, se dirigió al jardín, donde encontró a Sheila Perenna que, apoyada en el parapeto que rodeaba la terraza, miraba hacia el mar. Fue hacia la joven y se detuvo a su lado.

Por su apresurada respiración, Tommy se dio cuenta de que algo había trastornado grandemente a la muchacha. Le ofreció un cigarrillo, que ella aceptó, y luego dijo:

—Hermosa noche.

Con voz baja e intensa, ella contestó:

—Podría serlo, sí…

Tommy la miró indeciso. Sintió sobre él, de pronto, la atracción que ejercía la vitalidad de aquella joven. En ella adivinaba una vida tumultuosa; una especie de fuerza apremiante. Estaba seguro de que era una de esas mujeres por las que un hombre sin duda alguna puede perder fácilmente la cabeza.

—Si no fuera por la guerra. ¿Es eso lo que quiere decir? —preguntó.

—No me refería a ello en absoluto. Odio la guerra.

—Todos la odiamos.

—Pero no como yo. Odio toda esa palabrería que se emplea sobre ella toda esa presunción… y ese horrible patriotismo.

—¿Patriotismo? —Tommy se sobresaltó.

—Sí; odio el patriotismo, ¿me entiende? Tanto repetir eso de «patria», «patria», «¡patria!». Traicionar a tu patria… morir por tu patria… servir a tu patria. ¿Por qué ha de significar tanto la patria de uno?

Tommy se limitó a contestar:

—No lo sé. Pero significa.

—¡Pues para mí no! Para usted, tal vez… porque se va al extranjero y vende y compra por todo el Imperio Británico. Y vuelve bronceado y con una gran colección de fotografías, haciendo comentarios sobre las gentes exóticas que ha visto y hablando de las cosas raras que le han sucedido.

Tommy objetó suavemente:

—Tengo la esperanza de no ser tan malo como todo eso.

—He exagerado un poco…, pero usted sabe a qué me refiero. Usted cree en el Imperio británico… y…, en la estupidez de morir por la propia patria.

—Mi patria —replicó secamente Tommy— no parece tener mucho interés en dejarme que muera por ella.

—Sí; pero usted lo desea. ¡Y eso es estúpido! No hay nada que valga la pena de morir por ello. Todo se reduce a una «idea»… y hablar… hablar… soltar ampulosas idioteces de altos vuelos. Mi patria no significa realmente lo más mínimo para mí.

—Algún día se llevará una sorpresa al comprobar cuánto significa —observó Tommy.

—¿Sabe usted quién fue mi padre?

—No —el interés de Tommy creció de punto.

—Se llamaba Patrick Maguire. Fue… fue uno de los seguidores de Casement en la última guerra. ¡Lo fusilaron por traidor! ¡Y todo para no conseguir nada! Por una idea… se dejó arrastrar por otros irlandeses, ¿por qué no se quedó en casa y no se metió en lo que no le importaba? Es un mártir para unos, y un traidor para otros. Pero yo creo que tan sólo fue… ¡un estúpido!

Se notaba en la voz de ella una rebelión reprimida.

—¿Y esa es la sombra bajo la que ha crecido usted? —preguntó

Tommy.

—Una sombra; eso es. Mi madre cambió de nombre. Vivimos en España durante algunos años y por eso dice que mi padre fue español. Luego recorrimos toda Europa y, finalmente, llegamos aquí y pusimos esta pensión. Creo que fue el error más grande que cometimos.

—¿Y qué piensa su madre acerca de… todo ello? —preguntó él.

—¿Se refiere usted a la muerte de mi padre? —Sheila calló durante un momento, mientras fruncía el ceño y luego dijo lentamente—: Nunca lo supe… no habla jamás de ello. No es fácil saber lo que mi madre piensa o siente.

Tommy asintió pensativamente.

—No…, no sé por qué le he contado todo esto —dijo Sheila de pronto—. Se me ha ido el santo al cielo. ¿Cómo empezó todo ello?

—Con una discusión acerca de Edith Cavell.

—¡Ah, sí! El patriotismo. Ya le dije que lo odio.

—¿Se ha olvidado usted de las palabras de la propia enfermera Cavell?

—¿Qué palabras?

—Antes de morir. ¿No sabe usted lo que dijo?

Y citó:

—«El patriotismo no es bastante… no debo guardar odio alguno en mi corazón».

—¡Oh!

La joven quedó inmóvil durante un momento, como aturdida.

Luego, dando una rápida vuelta, se alejó hasta perderse en las sombras del jardín.

2

—Ya ves, pues, cómo todo coincide, Tuppence.

Ella asintió con aspecto pensativo. A su alrededor, la playa estaba completamente desierta. Tuppence se había recostado contra el malecón, mientras Tommy, sentado en lo alto de él, podía ver si alguien se acercaba por la explanada. No esperaba encontrarse con ningún conocido, pues antes de salir de casa procuró enterarse, con

más o menos exactitud, acerca de los proyectos que para aquella mañana tenían formados los demás huéspedes. En todo caso, su encuentro con Tuppence había tenido todas las características de una entrevista casual; agradable para la señora y ligeramente alarmante para él mismo.

—¿La señora Perenna? —dijo Tuppence.

—Sí. Parece ser «M». En ella se cumplen todos los requisitos.

Tuppence asintió de nuevo.

—En efecto. Tal como descubrió la señora O'Rourke, es irlandesa, aunque no ha querido admitirlo. Ha recorrido toda Europa. Cambió su nombre por el de Perenna; vino aquí y puso esta casa de huéspedes. Una magnífica «tapadera», llena de inofensivos pelmazos. Su marido fue fusilado por traidor y ella cuenta con un buen número de motivos para dirigir las actividades de la quinta columna de este país. Sí; todo coincide. ¿Crees que la chica también está complicada?

Tommy contestó con acento definitivo:

—De ninguna manera. No me hubiera hecho todas aquellas confidencias. Si así no fuera, me… me considero un ente despreciable.

Tuppence volvió a mirar afirmativamente la cabeza, como dando a entender que comprendía perfectamente lo que sentía su marido.

—Sí; eso es lo que pasa. En cierto modo, este es un juego asqueroso.

—Pero muy necesario.

—Desde luego.

Tommy se sonrojó ligeramente y observó:

—Me gusta mentir tan poco como a ti.

Tuppence le interrumpió:

—El mentir me preocupa un poco. A decir verdad, con mis mentiras obtengo una gran cantidad de satisfacción artística. Lo que me fastidia son esos momentos en que una se olvida de mentir; en que una vuelve a ser quien realmente es, y consigue resultados que no podría obtener de ninguna otra manera —hizo una pausa—. Eso te ocurrió ayer por la noche con esa muchacha. Ella se confió a tu verdadero «yo»; y por eso ahora te sientes culpable.

—Creo que tienes mucha razón, Tuppence.

—Lo sé. Porque me pasó lo mismo con ese chico alemán.

—¿Qué piensas de él? —preguntó Tommy.

Tuppence se apresuró a contestar:

—Con franqueza, no creo que tenga nada que ver con esto.

—Pues Grant no lo estima así.

—¡Otra vez tu señor Grant! —las maneras de Tuppence cambiaron. Rio por lo bajo—. ¡Cómo me hubiera gustado verle la cara cuando le contaste lo mío!

—Al fin y al cabo ha hecho una «*amende honorable*». Ahora ya te ocupas oficialmente de este asunto.

Tuppence asintió, pero parecía algo abstraída.

—¿Te acuerdas cuando perseguíamos al señor Brown… después de la última guerra? ¿Recuerdas qué divertido fue? ¿Qué animados estábamos?

Tommy convino en ello, mientras su cara se iluminaba.

—¡Claro que lo recuerdo!

—Tommy…, ¿por qué no pasa ahora lo mismo? —preguntó Tuppence.

Mientras consideraba él la pregunta, su cara adoptó un aspecto grave.

—Supongo que será debido… a la edad —dijo al fin.

—¿Crees que somos demasiado viejos? —preguntó ella vivamente.

—No; estoy seguro de que no. No es más que… esta vez… no será divertido, aunque en otros aspectos es lo mismo. Esta es la segunda guerra en que nos vemos envueltos y ahora nuestras opiniones son completamente diferentes.

—Ya sé… Ahora nos damos cuenta de todas las desgracias y los horrores de la guerra. Todas esas cosas en las que, por ser demasiado jóvenes, no pensábamos entonces.

—Eso es. En la última guerra pasé mis buenos sustos de cuando en cuando; escapé por los pelos en varias ocasiones y me vi en uno o dos fregados bastante gordos. Pero también se pasaron buenos ratos.

—Supongo que Derek opina ahora lo mismo —dijo Tuppence.

—Es preferible que no pensemos en él —advirtió Tommy.

—Tienes razón —Tuppence apretó firmemente los dientes—. Tenemos una misión y vamos a terminarla. Prosigamos. ¿Hemos encontrado en la señora Perenna todo lo que buscábamos?

—Podemos decir, por lo menos, que es la más indicada. ¿No habrá nadie más, Tuppence, en quien hayas puesto el ojo?

Tuppence recapacitó.

—No. No hay nadie más. Desde luego, lo primero que hice al llegar fue clasificarlos a todos y fijar posibilidades, tal como se presentaban. Algunos de ellos, al parecer, no pueden tener relación de ninguna clase con el caso.

—¿Cuáles son?

—La señorita Minton, por ejemplo. Es una típica solterona inglesa. La señora Sprot con su Betty y la insípida señora Cayley.

—Sí; pero la insulsez no puede darse como un hecho en el que podamos basarnos.

—De acuerdo. Mas los papeles de solterona remilgada y de joven mamá dedicada exclusivamente a su retoño, tienen el peligro de que al desempeñarlos se incurra en exageraciones… y esta gente es completamente natural. Además, por lo que se refiere a la señora Sprot, hemos de tener en cuenta a la pequeña.

—Supongo —dijo Tommy— que hasta un agente secreto puede tener un hijo.

—Pero no llevarlo consigo cuando trabaja —replicó Tuppence—. No es de esas cosas en que pueda mezclarse a un niño. Estoy completamente segura de ello. Lo sé. Lo más natural es apartar a los chicos de estos asuntos de índole tan delicada.

—Me callo —dijo Tommy—. Te concedo a la señora Sprot y a la señorita Minton; pero no estoy tan seguro en cuanto a la señora Cayley.

—Sí; tal vez en ella exista una posibilidad. Porque mirándolo bien, exagera bastante su papel. Quiero decir con ello que no puede haber mujeres tan completamente idiotas como ella parece ser.

—He notado a menudo que el ser una esposa devotísima embota la inteligencia.

—¿Y en quién has observado eso? —preguntó Tuppence.

—No en ti, Tuppence. Tu devoción nunca alcanzo esos límites.

—Para ser hombre, no eres de los que organizan un buen

revuelo cuando están enfermos —observó ella benévolamente.

Tommy volvió a considerar las posibilidades del caso.

—Cayley —dijo—. En ese hay algo que no está lo suficientemente claro.

—Sí, puede ser. Luego tenemos a la señora O'Rourke.

—¿Qué opinas de ella?

—No sé qué decirte. Me tiene intranquila. No sé si me entenderás.

—Creo que sí. Pero me parece que ello es debido a su aspecto tremebundo. Es su manera de ser.

Tuppence comentó lentamente:

—Se fija mucho en las cosas.

Recordaba entonces las observaciones que le hizo la mujer acerca de la calceta.

—Luego está Bletchley —dijo Tommy.

—Casi no he hablado con él. Es cosa tuya.

—Creo que no es más que un soldado chapado a la antigua. Estoy seguro de ello.

—Eso es, justamente —dijo Tuppence, contestando más bien al énfasis de la conversación que a las palabras de su marido—. Lo malo de estos asuntos es que uno trata con gente vulgar y corriente, a la que se quiere presentar bajo diferente aspecto, para hacerla coincidir con los morbosos requisitos que uno exige.

—He hecho unos cuantos experimentos con Bletchley —anunció Tommy.

—¿De qué clase? Yo también tengo algunos planeados.

—Pues… sólo pequeñas y vulgares trampas acerca de fechas y lugares. Cosas así.

—¿Podrías dejar de generalizar y ser un poco más concreto?

—Pues bien, supongamos que estamos hablando sobre cacerías de patos. El hombre menciona El-Fayum. Buena cacería en tal mes de tal año. Poco después me refiero a Egipto, pero sobre otro asunto diferente por completo. Momias, Tutankhamen, o algo por el estilo, y le pregunto si tuvo ocasión de verlo. ¿Cuándo estuvo allí? Luego cotejo sus contestaciones. O hablamos de los barcos que hacen la ruta de la India. Mencionó el nombre de uno o dos y digo que el barco «X» es muy cómodo. El hombre se refiere después a alguno de

los viajes que ha hecho y yo compruebo si dice la verdad. Nada importante o que pueda ponerle en guardia; tan sólo una prueba de exactitud.

—¿Y hasta ahora no ha fallado en ningún aspecto?

—Ni una sola vez. Y permíteme que te diga que es una prueba bastante buena.

—Sí; pero supongo que si fuera «N», tendría aprendida de memoria su historia.

—Claro… por lo menos en líneas generales. Pero no creas que es tan fácil dejar de equivocarse en detalles poco importantes. De cuando en cuando te acuerdas de demasiadas cosas… de muchas más de las que pueda recordar una persona que no tenga nada que ocultar. Una persona corriente, por lo general, no recuerda de buenas a primeras si estuvo cazando patos en 1926 o en 1927. Tiene que recapacitar un poco y rebuscar en su memoria.

—Pero hasta ahora no has cogido a Bletchley en renuncio, ¿verdad?

—Hasta hoy ha contestado siempre adecuadamente.

—Por lo tanto, resultado… negativo.

—Exacto.

—Pues ahora —anunció Tuppence— te voy a exponer algunas de mis ideas.

Y así lo hizo.

3

Cuando volvía a casa, la señora Blenkensop se detuvo en la estafeta de Correos. Compró unos sellos y antes de salir a la calle entró en una de las cabinas del teléfono público. Marcó un número y preguntó por el «señor Faraday». Este era el método establecido para comunicarse con el señor Grant. Salió de la cabina sonriendo y se dirigió lentamente hacia casa, no sin antes comprar unas madejas de lana para reanudar sus labores de calceta.

Hacía una tarde muy agradable y soplaba una ligera brisa. Tuppence convirtió la natural energía de su paso rápido en un plácido caminar, más apropiado al concepto que tenía sobre el

papel de la señora Blenkensop. La señora Blenkensop no tenía otras ocupaciones que hacer calceta, no muy bien por cierto, y escribir a sus hijos. Siempre estaba escribiéndoles y algunas veces dejaba las cartas a medio terminar.

Tuppence ascendió lentamente la colina hacia «Sans Souci». No había mucho tránsito, pues el camino no era de los más concurridos, ya que terminaba en «El descanso del contrabandista», domicilio del teniente de navío Haydock. Sólo por las mañanas se veían algunas camionetas de reparto. Tuppence pasó ante las casas que bordeaban la carretera, divirtiéndose al ver los nombres con que las designaban sus propietarios. «Bella vista», mal llamada así, pues desde ella no se conseguía ni un atisbo del mar, y solamente se contemplaba una maciza construcción denominada «Edenholme», de estilo Victoriano, situada al otro lado del camino. «Karachi» se llamaba la casa que venía a continuación y después estaba «Shirley Tower». Luego, con un nombre más apropiado, se hallaba una casita denominada «Vista al mar». Junto a ella se encontraba «Castillo Clarita», demasiado grandilocuente, pues se trataba de una pequeña villa. «Thelawny» era un establecimiento rival del de la señora Perenna, y por fin, se hallaba la gran mole rojiza de «Sans Souci».

Cuando se acercaba a la casa, Tuppence divisó a una mujer detenida junto a la cancela. Estaba mirando hacia el interior y en su figura se notaba cierto aspecto tenso y vigilante.

Casi sin darse cuenta, Tuppence amortiguó el ruido de sus pasos y caminó cautelosamente de puntillas.

La mujer no se dio cuenta de que alguien se iba acercando hasta que Tuppence estuvo junto a ella. Entonces dio la vuelta, sobresaltada.

Era una mujer de elevada estatura; pobre, o mejor dicho, miserablemente vestida. Pero su cara tenía una nota insólita. No era joven, ya que su edad rondaría los cuarenta años, mas en ella se apreciaba fuerte contraste entre su cara y la forma en que iba vestida. Era rubia, de anchos pómulos y había sido o era hermosa. Tuppence tuvo la sensación durante un instante de que la cara de la mujer le era familiar, pero tal idea se desvaneció rápidamente. Pensó, sin embargo, que era una cara de la cual no sería fácil olvidarse.

Parecía evidente que la mujer estaba sobresaltada y el destello de alarma que creyó por su semblante no pasó inadvertido para Tuppence. ¿Había algo extraño en aquello?

—Perdone —dijo—. ¿Busca usted a alguien?

La mujer habló con lentitud y acento extranjero, pronunciando las palabras cuidadosamente, como si las hubiera aprendido de memoria.

—¿Esta casa se llama «Sans Souci»?

—Sí. Aquí vivo yo. ¿Quiere ver a alguien?

Se produjo una pausa brevísima y luego la mujer replicó:

—¿Puede usted decirme, por favor, si vive aquí el señor Rosenstein?

—¿El señor Rosenstein? —Tuppence sacudió la cabeza—. No. Me parece que no. Tal vez residió aquí y luego se marchó. ¿Quiere que lo pregunte?

Pero la mujer hizo un rápido gesto, como rehusando tal ofrecimiento.

—No, no —dijo—. Me equivoqué. Perdone, por favor.

Después, dio rápidamente la vuelta y se alejó con paso vivo, descendiendo la colina.

Tuppence contempló cómo disminuía en la distancia la figura de la mujer. Sintió en su interior despertarse toda una gama de sospechas. Existía un fuerte contraste entre las maneras de la desconocida y sus palabras. Tuppence estaba convencida de que el «señor Rosenstein» era una ficción; que la mujer había utilizado el primer nombre que le cruzó por la imaginación.

Titubeó un momento y luego empezó a bajar la cuesta, siguiendo a la otra. Lo que solamente podía describir como «una idea» le impulsaba a seguir a aquella mujer.

Sin embargo, al poco rato se detuvo. Lo que estaba haciendo sólo serviría para atraer la atención sobre ella. Cuando habló con la desconocida estaba a punto de entrar en «Sans Souci» y si ahora alguien veía que la seguía, tal vez sospechara que la señora Blenkensop no era lo que parecía ser. Todo ello suponiendo que la mujer formara parte del complot enemigo.

—No. La señora Blenkensop debía seguir pareciendo lo que había sido hasta entonces.

Tuppence se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso. Entró en «Sans Souci» y se detuvo en el vestíbulo. La casa parecía desierta, como solía ocurrir en las primeras horas de la tarde. Betty estaría haciendo su siesta y las personas mayores, o bien estaban descansando, o habían salido.

Y entonces, mientras Tuppence estaba en el oscuro vestíbulo, un ligero ruido llegó a sus oídos. Era un ruido que ella conocía muy bien; la suave percusión del martillo de un timbre.

El teléfono de «Sans Souci» estaba instalado en el vestíbulo y el ruido que acababa de oír Tuppence era el que el produce cuando se levanta o se cuelga el auricular de una extensión, o teléfono supletorio. En la casa había una de tales extensiones instalada en el dormitorio de la señora Perenna.

Tommy tal vez hubiera dudado, pero Tuppence no titubeó ni un instante. Con gran cuidado levantó el auricular y se lo aplicó al oído.

Alguien estaba hablando. Era una voz de hombre y Tuppence oyó:

—… todo va bien. El cuarto, pues, como quedamos.

Una voz de mujer contestó:

—Sí. Hasta entonces.

Y se cortó la comunicación.

Tuppence no se movió, pero frunció el ceño. ¿Era la voz de la señora Perenna? No podía asegurarlo habiendo oído sólo aquellas tres palabras. Si hubiera hablado un poco más… Pudo muy bien tratarse de una conversación corriente, y por lo poco que oyó de ella, nada había que indicara lo contrario.

Una sombra oscureció la luz que entraba por la puerta. Tuppence dio un respingo y colgó el auricular a tiempo de que la señora Perenna decía:

—Qué tarde tan agradable. ¿Va usted a salir, señora Blenkensop, o acaba de llegar?

No era, por lo tanto, la señora Perenna la que había hablado desde la extensión. Tuppence murmuró algo acerca de que había dado un buen paseo y se dirigió hacia la escalera.

La señora Perenna atravesó el vestíbulo detrás de ella. Parecía mucho más corpulenta que de ordinario. Tuppence se dio cuenta de

que era una mujer de proporciones atléticas.

—Voy a quitarme el abrigo —se excusó y corrió escaleras arriba.

Poro al volver el recodo del descansillo se dio de bruces con la señora O'Rourke, cuyo vasto perímetro obstruía todo paso en lo alto de la escalera.

—¡Vaya, vaya! Parece que la señora Blenkensop tiene mucha prisa.

No se movió para dejar paso. Se quedó así, sonriendo a Tuppence, que estaba en un plano inferior a ella. En la sonrisa de la señora O'Rourke, como siempre, había una expresión atemorizante.

Y de pronto, sin razón aparente alguna, Tuppence sintió miedo.

Arriba la sonriente irlandesa impidiéndole el paso y abajo la señora Perenna acercándose al pie de la escalera.

Tuppence miró por encima del hombro. ¿Era cosa de su imaginación, o había algo definitivamente amenazador en la levantada cara de la señora Perenna? Absurdo, se dijo. Completamente absurdo. En plena luz del día y en una vulgar pensión. Pero la casa estaba callada… no se oía ni un ruido. Y allí en la escalera estaba ella, entre las dos mujeres. No había duda de que la sonrisa de la señora O'Rourke había una expresión algo rara; una especie de ferocidad permanente. «Como un gato cuando mira a un ratón», pensó alocadamente Tuppence.

Y de pronto, la tensión se desvaneció. Una diminuta figura se precipitó dando agudos chillidos de alegría por el descansillo superior de la escalera. Era la pequeña Betty Sprot, vestida tan sólo con camiseta y bragas. Pasó al lado de la señora O'Rourke, gritando alegremente, y se abalanzó sobre Tuppence.

El ambiente había cambiado. La señora O'Rourke, sonriente, exclamó a grandes voces:

—¡Ah! ¡Es la pequeña! Se está convirtiendo en toda una real moza.

Abajo, la señora Perenna se dirigió hacia donde la señora Sprot esperaba a la traviesa fugitiva.

Tuppence entonces entró en la habitación con la chiquilla.

Experimentó una extraña sensación de alivio ante la atmósfera doméstica que se respiraba en el cuarto. Las ropas de la niña esparcidas por doquier, los juguetes, la cunita, la cara ovejuna, y un

tanto falta de atractivo, de la señora Sprot, en el retrato que había sobre el tocador; el rumor de las protestas que hacía la mujer sobre los precios del lavado de ropas y su opinión de que la señora Perenna era un poco injusta al prohibir que los huéspedes tuvieran planchas eléctricas en las habitaciones… para sus pequeños menesteres.

Todo normal, tranquilizador, cotidiano.

Y, sin embargo, unos momentos antes… en la escalera.

«Nervios —se dijo Tuppence—. ¡Sólo nervios!».

Pero ¿había que achacarlo todo a los nervios? Alguien estuvo telefoneando desde la habitación de la señora Perenna. ¿La señora O'Rourke? De ser así, resultaba bastante extraño. Aunque, desde luego, haciéndolo así, la mujer podía estar segura de que no la oirían los que anduvieran por la casa.

«Tuvo que haber sido —pensó Tuppence—, una conversación muy breve. Un mero cambio de palabras».

«Todo va bien. El cuarto, pues, como quedamos».

Podía no significar nada… o muchas cosas.

El cuarto. ¿Sería una fecha? ¿El día cuatro de un mes?[3].

O podía referirse al asiento número cuatro, o el cuarto farol, o el cuarto rompeolas… no había manera de saberlo.

Hasta podía haberse referido al puente sobre el Forth[4]. En la última guerra hubo un intento de volarlo.

¿Querría aquello decir algo en definitiva?

Pudo tratarse, seguramente, de la confirmación de una vulgar cita. Tal vez la señora Perenna había autorizado a la señora O'Rourke para que utilizara el teléfono de su habitación cuantas veces quisiera.

Y lo que ocurrió en la escalera, aquel momento de tensión, pudo ser la consecuencia de tener los nervios excitados…

El silencio que reinaba en la casa… la impresión de que allí existía algo siniestro… algo perverso…

«Atenta a los hechos, señora Blenkensop —se dijo Tuppence severamente—. Y sigue adelante con tu trabajo».

Capítulo V

1

El teniente de navío Haydock resultó ser un anfitrión extremadamente simpático. Recibió al señor Meadowes y al mayor Bletchley con el mayor entusiasmo y se empeñó en que el primero viera «toda su choza».

«El descanso del contrabandista» lo constituían primitivamente un par de casitas de guardacostas, edificadas sobre el acantilado, desde donde podía vigilarse el mar. Al pie del acantilado había una pequeña caleta, pero el acceso a ella resultaba peligroso. Sólo para ser intentado por muchachos con sed de aventuras.

Dichas casitas fueron adquiridas más tarde por un hombre de negocios londinense que las había convertido en un solo edificio, y había intentado, aunque no con mucha decisión, formar un jardín a su alrededor. Este propietario venía de cuando en cuando a pasar cortas temporadas durante el verano.

Después, la casa estuvo vacía durante algunos años y se alquilaba amueblada a los veraneantes.

—Y hace algunos años —explicó Haydock— la vendieron a un tal Hahn. Era alemán, y si he de decirle la verdad, no era más que un espía.

Tommy aguzó las orejas.

—Eso es muy interesante —opinó, dejando el vaso de jerez que estaba bebiendo.

—Son unos tipos muy precavidos —siguió Haydock—. Ya se estaban preparando para esta guerra, o por lo menos eso es lo que me figuro. Fíjese en la situación de la casa. Perfecta para hacer

señales hacia el mar. Abajo hay una caleta donde se puede atracar una lancha motora. Un lugar completamente aislado, debido a la configuración del acantilado. No me diga que ese Hahn no era agente alemán.

—Claro que lo era —observó el mayor Bletchley.

—¿Y qué pasó? —preguntó Tommy.

—¡Ah! —dijo Haydock—. Pues verá usted. Hahn se gastó una gran cantidad de dinero en la casa. Hizo construir un camino hasta la caleta; una obra costosa, ya que tuvo que hacerse a base de peldaños de cemento. Luego reformó por completo el interior del edificio, instalando cuartos de baño y toda clase de comodidades modernas y caras. ¿Y a quién encargó de todo ello? Pues no a gente de este pueblo, sino a una firma de Londres; pero gran parte de los obreros que vinieron, eran extranjeros. Algunos de ellos no sabían ni una palabra de inglés. ¿No le parece que aquello resultaba sospechoso?

—Un poco extraño, en verdad —convino Tommy.

—Por aquel tiempo vivía yo por estos alrededores, en un *bungalow*, y empecé a interesarme por lo que aquel tipo pretendía hacer. Solía venir por aquí para ver trabajar a los obreros. Y le aseguro que a aquellos hombres no les gustaba lo más mínimo que los vigilara. Nada en absoluto. Una o dos veces hasta me amenazaron. ¿Y por qué tenían que tomar tal actitud si allí no había nada que ocultar?

Bletchley asintió.

—Debió acudir usted a las autoridades —dijo.

—Eso es precisamente lo que hice. Fastidié a la policía todo lo que pude con mis insinuaciones.

Se sirvió otra copa de jerez.

—¿Y qué es lo que conseguí a cambio de mis esfuerzos? Sólo cortés indiferencia. En este país éramos ciegos y sordos. No había que pensar en otra guerra con Alemania; en Europa reinaba la paz; nuestras relaciones con los alemanes eran excelentes. La mayor cordialidad reinaba entre nuestras dos naciones. Me consideraron como un viejo fósil, un maniático de la guerra y un tozudo marino retirado. ¿Qué provecho se sacaba de advertir a la gente que los alemanes estaban organizando la mejor fuerza aérea de Europa y no

construyendo aviones para ir de excursión?

El mayor Bletchley exclamó explosivamente:

—¡Nadie lo creía! ¡Estúpidos! «La paz ante todo». «Apaciguamiento». Todo palabrería.

Con la cara más colorada que de costumbre a causa de la indignación reprimida que sentía, Haydock continuó:

—Me trataron de negociante en guerra. La clase de individuo, según dijeron, que constituye un obstáculo para la paz. ¡Paz! Yo sabía qué era lo que pretendían nuestros enemigos los «hunos». Ya es conocida la antelación con que preparan las cosas. Estaba convencido de que el señor Hahn no se proponía nada bueno. No me gustaban sus obreros extranjeros ni me agradaba la forma con que se gastaba el dinero reformando la casa. Seguí importunando a la gente.

—Valerosa actitud —comentó Bletchley con tono apreciativo.

—Y, por fin —siguió el teniente de navío—, empecé a conseguir que me hicieran caso. Vino al pueblo un nuevo jefe de policía; un militar retirado. Tuvo el buen sentido de escucharme. Su gente empezó a husmear por aquí y como era de esperar, Hahn tomó las de Villadiego. Una buena noche desapareció. Llegó aquí la policía con una orden de registro, y en una caja de caudales empotrada en la pared del comedor, encontraron una emisora de radio y algunos documentos altamente comprometedores. También, bajo el garaje, se hallaron unos grandes depósitos de gasolina. No es menester que les diga cómo estaría yo después de todo aquello. Algunos amigos del club solían burlarse de mi complejo acerca de los espías alemanes, pero cuando ocurrió aquella se callaron. Lo peor de nosotros, en este país, es que somos absurdamente confiados.

—Es un crimen. ¡Estúpidos!, eso es lo que somos… ¡estúpidos! ¿Por qué no se interna en un campo de concentración a todos esos refugiados? —dijo el mayor Bletchley, que estaba ya lanzado.

—Y como final de todo ello, les diré que compré la finca cuando se puso en venta —siguió el marino, que no estaba dispuesto a que la conversación derivara de su relato favorito—. ¿Vamos a dar un vistazo, Meadowes?

—Gracias. Me gustará mucho.

El teniente de navío Haydock estaba tan entusiasmado como un

muchacho cuando hizo los honores de la casa. Abrió de par en par la gran caja de caudales que había en el comedor, para enseñar a sus invitados dónde se encontró la emisora clandestina. Tommy fue llevado hasta el garaje y vio el sitio en que estuvieron escondidos los grandes depósitos de gasolina. Y finalmente, después de dar una superficial ojeada a los dos excelentes cuartos de baño, al especial sistema de iluminación y a los diversos «adelantos modernos» de la cocina, bajó por el sendero de cemento hasta la pequeña caleta, mientras su anfitrión le explicaba una vez más cuan útil podía ser todo aquello para el enemigo durante la guerra.

Luego entraron en la cueva que daba nombre a todos aquellos lugares y Haydock señaló con entusiasmo cómo podía haber sido utilizada.

El mayor Bletchley no acompañó a los otros dos en esta vuelta, sino que quedó en la terraza, bebiendo tranquilamente su jerez. Tommy llegó a la conclusión de que la caza de espías del teniente de navío y su feliz término eran el principal tópico de conversación del buen caballero, y que sus amigos seguramente se lo habían oído relatar varias veces.

De hecho, eso fue lo que dijo el mayor Bletchley cuando volvían a «Sans Souci» poco después.

—Buen muchacho, Haydock —observó—. Pero no se contenta con relatar esa historia una sola vez. Le hemos oído repetir lo mismo en tantas ocasiones, que ya nos aburre. Está más orgulloso de las cosas que tiene allí, que una gata de sus gatitos.

El símil no era descabellado y Tommy asintió con una sonrisa.

La conversación derivó entonces hacia el afortunado desenmascaramiento de un deshonesto criado indígena, que llevó a cabo en la India el mayor Bletchley, allá por el año 1923, y la atención de Tommy se vio en libertad de seguir su propia línea de ideas, puntuada por comprensivos «¿De veras?», «¿Es posible?» y «¡Qué cosa tan extraordinaria!», lo cual era todo lo que el mayor necesitaba por vía de estímulo.

Ahora, más que nunca, Tommy estaba seguro de que cuando el moribundo Farquhar mencionó «Sans Souci», estaba sobre una pista segura. Aquí, en este apartado lugar, se habían hecho preparativos con gran antelación. La llegada del alemán Hahn y su vasta

instalación demostraban bien a las claras que aquella particular parte de la costa había sido elegida como punto de reunión; como foco de actividad enemiga.

Pero el primer juego había sido perdido a causa de la inesperada intervención del suspicaz teniente de navío Haydock. El primer *round* lo había ganado la Gran Bretaña. Pero suponiendo que «El descanso del contrabandista» hubiera sido tan sólo la primera avanzada de un complicado sistema de ataque, podía decirse que representaba la base para las comunicaciones marítimas. Su caleta, inaccesible, salvo por la senda del acantilado, podía prestarse admirablemente para el plan. Pero era una sola parte del conjunto.

Derrotado en dicha parte por Haydock, ¿cuál había sido la réplica del enemigo? ¿No podía haberse volcado sobre un sitio apropiado y cercano, como «Sans Souci»? El descubrimiento de Hahn tuvo lugar unos cuatro años antes. Y por lo que le dijo Sheila Perenna, Tommy calculó que aquello ocurrió poco antes de que la señora Perenna regresara a Inglaterra y comprara la pensión. ¿Era acaso la segunda jugada de la partida?

Parecía, por lo tanto, que Leahampton era, definitivamente, un centro de actividad enemiga; que existían ya instalaciones y simpatizantes en la vecindad.

El ánimo de Tommy cobró nuevas fuerzas. Desapareció la depresión engendrada por el inofensivo y fútil ambiente de «Sans Souci». Podía parecer cosa inocente, pero la inocencia sólo estaba a flor de piel. Detrás de aquella máscara inocua, el complot seguía su curso.

Y el foco de todo ello, por lo que juzgaba Tommy, lo constituía la señora Perenna. Lo primero que debía hacer era averiguar más cosas acerca de aquella mujer; profundizar y ver qué se escondía detrás de sus ocupaciones rutinarias como dueña de una casa de huéspedes. Su correspondencia, sus amistades, sus actividades sociales y lo que hiciera para ayudar al esfuerzo de guerra; en algo de ello debía encontrarse la esencia de su verdadero trabajo. Si la señora Perenna era el renombrado agente femenino «M», debía controlar todos los movimientos de la Quinta Columna en el país. Su identidad sería conocida de pocos; sólo de aquellos que ocuparan altos cargos. Pero debía tener un medio de comunicarse con ellos, y

eran esas comunicaciones, precisamente, las que él y Tuppence tenían que interferir.

En el momento preciso, tal como Tommy se lo imaginaba ahora con bastante claridad, «El descanso del contrabandista» sería tomado y retenido por unos pocos de los complicados, que operarían teniendo como base a «Sans Souci». El momento no había llegado todavía, pero tal vez estuviera muy cercano.

Una vez que el ejército alemán dominara todos los puertos del Canal, en Francia y Bélgica, el enemigo podía centrar sus esfuerzos en la invasión y dominación de la Gran Bretaña. Y a decir verdad, en aquel momento las cosas iban mal en Francia.

La marina británica dominaba las rutas marítimas, por lo que el ataque debía venir por el aire y ser fomentado por la traición interna. Y si los hilos de esa traición estaban en manos de la señora Perenna, no había tiempo que perder.

Las palabras del mayor Bletchley armonizaron en aquel instante con los pensamientos de Tommy.

—Me di cuenta de que no había tiempo que perder. Cogí a Abdul, mi ordenanza; era un buen muchacho aquel Abdul…

La historia prosiguió.

Tommy estaba pensando:

¿Y por qué Leahampton? ¿Hay alguna razón para ello? Es un lugar apartado, lejos de todo movimiento. Conservador y chapado a la antigua. Todo lo cual lo hace apetecible para estas cosas. ¿Hay alguna cosa más?

Había una porción de terreno llano, dedicado a la agricultura, que se extendía tierra adentro, detrás del pueblo. Muchos pastos. Apropiado, por lo tanto, para que pudieran aterrizar transportes de tropas o paracaidistas. Aunque aquello también podía decirse de otros sitios. Había, asimismo, una gran factoría de productos químicos donde trabajaba Carl von Deinim. Tenía que recordar este punto.

Carl von Deinim. ¿Cómo encajaba este en el asunto? Demasiado bien. No era la cabeza de la organización, tal como Grant había indicado. Sólo una ruedecita de la máquina. Expuesto a sospechas y a ser internado en cualquier momento. Pero, entretanto, podía haber llevado a cabo lo que constituía su tarea. El chico había dicho

a Tuppence que estaba trabajando en ciertas investigaciones relacionadas con la desinfección e inmunización contra determinados gases. Allí existían probabilidades… en las que era desagradable pensar.

Tommy decidió, aunque con desgana, que Carl estaba complicado en el asunto. Era una lástima, porque le gustaba el muchacho. Pero trabajaba por su patria, y se estaba jugando la vida a cada instante. Tommy sentía respeto hacia tal adversario. Tenía que vencerle, sea como fuere, y un pelotón de fusilamiento era el final de todo; mas esto ya se sabe cuando se acepta un trabajo de tal clase.

La gente que traiciona a su propia patria, desde dentro, era lo que realmente levantaba en él un lento deseo de venganza. Y se juró que tenía que cogerlos.

—… y así fue cómo los cogí —el mayor terminó triunfalmente su historia—. Un trabajito bastante ingenioso, ¿verdad?

Sin sonrojarse lo más mínimo, Tommy advirtió:

—La cosa más ingeniosa que he oído en mi vida, mayor.

2

La señora Blenkensop estaba leyendo una carta escrita sobre fino papel extranjero y sellada con la marca de la censura. Aquella misiva era, en realidad, el resultado de su conversación con el «señor Faraday».

—Pobrecito Raymond —dijo Tuppence—. Tan satisfecha como estaba yo de que lo hubieran destinado a Egipto y ahora parece que van a trasladarlo. Todo con mucho secreto, desde luego, y no puede decirme más; sino que existe un plan estupendo y que debo estar preparada para recibir una gran sorpresa dentro de poco. Me alegro de saber dónde le envían, pero en realidad, no sé por qué…

Bletchley refunfuñó:

—No creo que a su hijo le permitan decir eso.

Tuppence lanzó una risita, como de excusa, y miró a todos los demás, que estaban tomando el desayuno, mientras doblaba su preciosa carta.

—¡Oh! Empleamos una clave —dijo con acento divertido—. Con tal de que yo sepa dónde está Raymond o hacia qué sitio va, ya no me siento tan preocupada por él. Nuestro sistema es una cosa muy sencilla. Tenemos convenida una palabra, y después de ella, las iniciales de las palabras que siguen componen el nombre del sitio en que esté. Como es natural, algunas veces salen unas frases divertidísimas. Pero Raymond es un chico muy ingenioso. Estoy segura de que nadie lo ha descubierto.

Débiles murmullos se levantaron alrededor de la mesa. El momento había sido escogido, pues se daba el caso de que en aquella ocasión se hallaban reunidos todos los huéspedes para tomar el desayuno. Bletchley, con la cara un tanto colorada, dijo:

—Perdone, señora Blenkensop, pero eso que está haciendo es una tontería. Precisamente, lo que necesitan saber los alemanes, son los movimientos de nuestras tropas y escuadrones aéreos.

—Pero yo nunca lo digo a nadie —exclamó Tuppence—. Tengo muchísimo cuidado.

—De todas formas, es una imprudencia; y su hijo puede tener cualquier día un disgusto serio.

—Espero que no. Soy su madre y una madre debe saber estas cosas.

—¡Claro que sí! Yo creo que tiene usted razón —tronó la señora O'Rourke—. Ni con tenazas le arrancarían a usted esa información… Podemos estar seguros de ello.

—Pero estas cartas pueden caer en otras manos.

—Tengo mucho cuidado de no dejarlas por ahí —dijo Tuppence con acento de dignidad ofendida—. Siempre las guardo bajo llave.

Bletchley sacudió la cabeza dubitativamente.

3

Era una mañana gris. Desde el mar soplaba un viento frío. Tuppence estaba sola, en el extremo más alejado de la playa.

Sacó del bolso dos cartas que acababa de retirar de un pequeño puesto de periódicos del pueblo.

Habían tardado bastante en llegar a su poder, debido a que

tuvieron que ser reexpedidas a nombre de una tal señora Spencer. Tuppence gustaba de confundir y cruzar las pistas que dejaba. Sus hijos creían que estaba en Cornwall, con una anciana tía. Abrió la primera carta.

Querida mamá:

Te podría contar un montón de cosas divertidas, pero no debo hacerlo. Creo que nos estamos portando bastante bien. La cotización del día son cinco aviones alemanes antes del desayuno. La cosa está algo liada de momento, pero al final llegaremos donde nos proponemos.

Lo que me subleva es la forma con que ametrallan a la población civil en las carreteras. Eso hace que todo lo veamos rojo. Gus y Trundles me dan muchos recuerdos para ti. Todavía se conservan fuertes.

No te preocupes por mí. Estoy muy bien. No hubiera querido perderme esto por nada del mundo. Recuerdos para el viejo «Cabeza de Zanahoria». ¿Le han dado ya algún trabajo en el Ministerio de la Guerra?

Tuyo siempre,

DEREK.

Tuppence tenía los ojos brillantes mientras leía y releía la carta. Luego abrió la otra.

Queridísima mamá:

¿Cómo está tía Gracie? ¿Va mejor? Creo que eres maravillosa al seguir ahí. Yo no podría.

No tengo noticias que darte. Mi trabajo es muy interesante, pero tan reservado que no puedo decirte ni de qué se trata. Aunque estoy completamente segura de que lo que hago vale la pena. No te aflijas porque no hayas conseguido ningún empleo; hay que ver lo tontas que parecen todas esas mujeres de edad que vienen a importunar queriendo hacer algo. Lo que se necesita es gente joven y eficiente. Me gustaría saber qué tal va el viejo «Zanahoria» en

su trabajo por Escocia. Supongo que se estará cansando de llenar formularios. Pero de todos modos, debe ser feliz teniendo alguna cosilla que hacer.

Muchos besos de,

Deborah.

Tuppence sonrió.

Dobló las cartas y las alisó con cariño. Luego, al abrigo del malecón encendió una cerilla y les prendió fuego. Esperó hasta que se redujeron a cenizas.

Después sacó la pluma estilográfica, junto con un pequeño bloc de papel y escribió con rapidez.

Langherne,
Cornwall

Queridísima Deb:

Desde aquí parece tan lejana la guerra que difícilmente puedo creer que estamos viviendo una. Me he alegrado mucho de recibir tu carta y enterarme de que tu trabajo es interesante.

Tía Gracie está cada día más débil y sus ideas son cada vez más confusas. Creo que está contenta de tenerme aquí. Habla muchas veces acerca de tiempos pasados y en algunas ocasiones parece que me confunde con mi madre. Ahora se cultivan aquí muchas más hortalizas que antes y han convertido el jardín en un campo de patatas. Ayudo un poco al viejo Sikes y eso me hace sentir como si estuviera haciendo algo para la guerra. Tu padre parece estar un poco disgustado, pero creo, como tú, que también se alegra de poder hacer algo.

Recibe el cariño de tu madre,

Tuppence.

Sacó una nueva hoja de papel.

Querido Derek:

He tenido una gran alegría al recibir tu carta. Mándame postales de campaña a menudo, si no tienes tiempo para escribir.

Vine a estar con tía Gracie durante una temporadita. Está muy débil, la pobre. Habla mucho de ti, como si tuvieras todavía siete años, y ayer me dio media libra para que te la enviara como un regalo suyo.

Aún estoy esperando que alguien necesite mis inapreciables servicios. ¡Es extraordinario! Tu padre, como te dije, ha conseguido un empleo en el Ministerio de Aprovisionamientos. Está en algún lugar del norte. Algo mejor que nada, pero no es lo que el pobre «Cabeza de Zanahoria» quería. Supongo que debemos ser humildes, tomar asiento en la última fila y dejar que hagan la guerra cuatro jóvenes idiotas.

No quiero pedirte que te cuides mucho, porque estoy segura de que harías todo lo contrario. Pero no hagas estupideces.

Muchos besos,

Tuppence.

Metió las cartas en sus respectivos sobres, en los que escribió las direcciones y pegó los sellos. Cuando volvía a «Sans Souci» las echó al correo.

Al llegar al pie de la cuesta, se fijó en que dos personas estaban hablando un poco más arriba.

Tuppence se detuvo en seco. Era la misma mujer que vio la tarde anterior y ahora conversaba con Carl von Deinim.

Con gran pesar advirtió que por allí no había ningún sitio donde esconderse. No había manera de acercarse sin ser observada a los otros dos, para oír lo que estaban hablando.

Pero, además, en aquel momento el joven alemán volvió la cabeza y la vio. De una manera más bien precipitada te despidió de su interlocutora. La mujer bajó rápidamente la cuesta, cruzó al otro lado del camino y pasó frente a Tuppence.

Carl von Deinim esperó hasta que esta llegó junto a él.

Luego, grave y cortésmente, le deseó buenos días.

Tuppence se apresuró a comentar:

—Qué aspecto tan extraño tiene la mujer con que estaba usted hablando, señor Deinim.

—Sí. Es de la Europa central. Polaca.

—¿De veras? ¿Alguna amiga… de usted?

El tono de Tuppence era una copia muy buena del acento inquisitivo que tía Gracie empleaba en sus años mozos.

—De ninguna manera —respondió estiradamente—. Nunca vi a esa mujer antes de ahora.

—Claro. Pensé que… —Tuppence hizo una artística pausa.

—Sólo me preguntó una dirección. Le hablé en alemán, porque no entiende muy bien el inglés.

—Ya comprendo. ¿Y le preguntó dónde tenía que ir?

—Me preguntó si conocía a una tal señora Gottlieb que viviera por aquí. Le dije que no y entonces explicó que, quizá cuando se lo dijeron, había entendido mal el nombre de la casa.

—Comprendo —repitió Tuppence moviendo la cabeza pensativamente.

El señor Rosenstein. La señora Gottlieb.

Dirigió una rápida mirada a Carl von Deinim. El joven caminaba a su lado y su cara, como de costumbre, tenía una expresión grave y seria.

Tuppence sintió que se confirmaban sus sospechas respecto a aquella mujer. Y estaba convencida de que cuando los encontró. Carl y ella llevaban hablando un buen rato.

¿Carl von Deinim?

Carl y Sheila, aquella mañana. «Debes tener cuidado…».

Tuppence pensó:

«Espero… deseo que estos jóvenes no estén complicados en el asunto».

Era una sentimental, se dijo; una sentimental entrada en años. La doctrina nazi era un credo joven. Y los agentes nazis serían probablemente jóvenes. Carl y Sheila. Tommy dijo que Sheila no tenía nada que ver con ello. Sí; pero Tommy era hombre y Sheila era bonita, con una de esas bellezas que quitan el aliento.

Carl y Sheila, y detrás de ellos la enigmática figura de la señora Perenna. Aquella mujer que en ocasiones era la voluble patrona de

una casa de huéspedes y que, en otras, por breves momentos, tenía una personalidad trágica y violenta.

Tuppence subió lentamente la escalera y se dirigió a su habitación.

Aquella noche, cuando fue a acostarse, abrió el cajón del buró. En un rincón había una cajita de laca japonesa, cuya cerradura era de las más sencillas. Tuppence se calzó unos guantes, dio la vuelta a la llave y abrió la caja. Dentro había un montón de cartas y encima de todas ellas estaba la que había recibido de «Raymond» aquella misma mañana. La desdobló con las debidas precauciones.

Luego frunció los labios. Aquella mañana había una pestaña en el doblez del papel. Ahora la pestaña había desaparecido.

Se dirigió hacia el lavabo y cogió una botella cuyo contenido, según indicaba inocentemente la etiqueta, era polvo gris.

Tuppence esparció con gran destreza un poco de polvo sobre la carta y sobre la superficie esmaltada de la caja.

En ninguna de las dos se veía huella digital alguna.

Hizo un nuevo signo afirmativo, como si sintiera cierta satisfacción amarga.

Porque allí debía haber huellas digitales… las suyas propias.

Una criada podía haber leído las cartas por mera curiosidad, aunque parecía poco probable, o mejor dicho, imposible, que se hubiera tomado la molestia de buscar una llave que pudiera abrir la caja.

Y además, una criada no hubiera pensado en borrar sus huellas digitales.

¿La señora Perenna? ¿Sheila? ¿Algún otro? Alguien, por lo menos, que estaba interesado en los movimientos de las fuerzas armadas británicas.

4

El plan de campaña de Tuppence había sido bien simple en su esquema. En primer lugar, una estimación general de probabilidades y posibilidades. Luego un experimento para determinar si entre los huéspedes de «Sans Souci» había alguien a

quien interesaran los movimientos de tropas y tratara de ocultar tal hecho. Y, por último, averiguar quién era esa persona.

Y en relación con este tercer movimiento estaba recapacitando Tuppence, a la mañana siguiente, antes de levantarse de la cama.

Sus pensamientos se veían ligeramente turbados por la presencia de Betty Sprot, que había entrado en la habitación, a primera hora de la mañana, precediendo a la taza de líquido tibio y oscuro, conocido vulgarmente con el nombre de «Té matinal».

Betty demostraba tanta actividad como volubilidad. Se había aficionado a Tuppence. Trepó a la cama y puso bajo las narices de Tuppence un cuento infantil estropeado en extremo, mientras pedía lacónicamente:

—Lee.

Tuppence obedeció al punto.

«Oca, oca, ganso, ¿adónde irás?».

«Arriba, abajo, por la alcoba de mi ama».

Betty rodó alegremente por encima de la cama, repitiendo entusiasmada:

—«*Aíba*»… «*aíba*»… «*aíba*» —y luego, con un repentino cambio —. Abajo…

Y se dejó caer de la cama, dándose un porrazo en el suelo.

Esta diversión se repitió varias veces, hasta que se cansó de ella. Después, Betty corrió a gatas por el suelo, jugando con los zapatos de Tuppence y murmurando trabajosamente para sí, en su propio idioma:

—«Yo *bao*»… «*bao* así»… «así é»…

Tuppence se olvidó de la chiquilla y volvió a pensar en sus problemas. Las palabras de la canción infantil parecían burlarse de ella.

«Oca, oca, ganso, ¿adónde irás?».

Era cierto, ¿adónde? La oca era ella y Tommy era el ganso. ¡Al fin y al cabo, eso parecían ser! A Tuppence le desagradaba en extremo la señora Blenkensop. El señor Meadowes, pensó, estaba un poco mejor; estólido, británico, nada imaginativo e increíblemente estúpido. Era de esperar que ambos no desentonarían en el ambiente de «Sans Souci». Eran dos tipos que podían encontrarse en lugares semejantes.

Pero de todas formas, no había que descuidarse. Y era fácil cometer un error. Ella misma había sufrido uno hacía pocos días; nada de particular, pero lo suficiente para advertirle que debía tener cuidado. El que una aficionada a hacer calceta pidiera consejo sobre una determinada clase de punto, constituía en sí una sencilla forma de aproximación para intimar y trabar buenas relaciones con otra persona. Pero una noche se olvidó de que era una aficionada y, sin darse cuenta, sus dedos emprendieron veloz y eficiente carrera, hija de la práctica, haciendo entrechocar diligentemente las agujas con esa nota que sólo consiguen hacer sonar las expertas calceteras. La señora O'Rourke se dio cuenta de ello y desde entonces Tuppence había tenido buen cuidado de tomar un camino intermedio; no tan torpe como pretendió ser al principio, ni tan rápida como en realidad podía ser.

—«¿Yo o bao?» —preguntó Betty, y al ver que no le contestaban, repitió la pregunta—: «¿Yo o bao?».

—Cariño, preciosa —dijo Tuppence distraídamente—. Bonita.

Satisfecha, al parecer, Betty volvió a murmurar para sí misma.

El próximo paso, pensó Tuppence, puede ser llevado a cabo fácilmente. Es decir, con la ayuda de Tommy. En el pensamiento veía con claridad cómo había que hacerlo…

Mientras forjaba sus planes, tendida en la cama, el tiempo pasaba rápidamente. La señora Sprot entró en la habitación, casi sin aliento, buscando a Betty.

—¡Oh! Aquí está. No sabía dónde podía haberse metido. ¡Betty, eres una niña muy traviesa…! ¡Dios mío!, señora Blenkensop, no sabe cuánto lo siento.

Tuppence se sentó en la cama. Betty, con cara de no haber roto un plato, estaba contemplando su obra.

Había quitado todos los cordones de los zapatos de Tuppence y los había sumergido en un vaso de agua que cogió del lavabo. Y entonces los estaba removiendo jubilosamente con el dedo.

Tuppence rio de buena gana y cortó las excusas de la señora Sprot.

—¡Qué cosa tan divertida! No se apure, señora Sprot, ya se secarán. La culpa es mía. Tuve que vigilarla y ver lo que hacía. Se ha estado muy quietecita.

—Ya lo sé —la señora Sprot suspiró—. Siempre que se están callados es mala señal. Ya le traeré otros cordones.

—No se preocupe —dijo Tuppence—. Cuando se sequen quedarán bien.

La señora Sprot se llevó a Betty y Tuppence se levantó para poner en obra su plan.

Capítulo VI

1

Tommy miró cuidadosamente el paquete que le entregó Tuppence.

—¿Es esto?

—Sí. Ten cuidado, no vayas a derramártelo encima.

Tommy olisqueó delicadamente el paquete y replicó:

—No te preocupes. ¿Y qué es esta terrible sustancia?

—Asafétida —dijo Tuppence—. Basta un pellizco de ella para que una se pregunte las causas de que su novio no sea tan galante como antes, igual que dicen los anuncios de los periódicos.

—¡Vaya idea! —murmuró Tommy.

Poco después de aquello, ocurrieron varios incidentes.

El primero fue un extraño olor que empezó de pronto a notarse en el cuarto del señor Meadowes.

El señor Meadowes, que no era hombre de condición dada a reclamaciones, se refirió a ello suavemente al principio, mas luego sus quejas crecieron en intensidad.

La señora Perenna fue llamada a cónclave y aunque estaba dispuesta a resistir todo lo que pudiera, no tuvo más remedio que admitir que se percibía cierto olor. Un olor fuerte y desagradable. Tal vez, sugirió, un escape de gas en la estufa.

Tommy se inclinó y olfateó con aire de duda, anunciando a continuación que no creía que el olor proviniera de allí. Más bien de debajo del entarimado. Estaba completamente seguro de que se trataba de una rata muerta.

La señora Perenna convino en que había oído hablar de cosas semejantes, pero que ella estaba convencida de que en «Sans Souci»

no había ratas. Quizás algún ratón, aunque nunca había visto ninguno.

Por su parte, el señor Meadowes insistió con firmeza en que el olor denunciaba por lo menos a una rata, y añadió, todavía con más firmeza, que no estaba dispuesto a dormir ni una noche más en aquella habitación, hasta que la cosa se hubiera arreglado. Y, por lo tanto, rogaba a la señora Perenna que le cambiara a otro cuarto.

La mujer contestó que, desde luego, estaba a punto de sugerirle lo mismo, aunque temía que la única habitación vacía era muy pequeña y, por desgracia, no daba vista al mar. Pero si el señor Meadowes no tenía inconveniente…

El señor Meadowes no lo tenía. Su solo deseo era escapar de aquel olor.

La señora Perenna, por lo tanto, le acompañó hasta un pequeño dormitorio cuya puerta estaba situada justamente frente a la de la habitación de la señora Blenkensop. Luego llamó a la linfática y atontada Beatrice, para que trasladara las cosas del señor Meadowes, y anunció que haría venir a «un hombre» para que levantara el suelo y buscara el origen del olor.

Sobre estas condiciones, pues, las cosas quedaron arregladas satisfactoriamente.

2

El segundo incidente consistió en el fuerte romadizo que sufrió el señor Meadowes. Eso fue, por lo menos, lo que creyó al principio el propio interesado; pero luego admitió, aunque de una forma muy ambigua, que tal vez hubiera pescado un buen resfriado. Estornudaba con gran frecuencia y tenía los ojos llorosos. Y si hubo una ligera y alusiva traza de olor a cebolla en las proximidades del gran pañuelo de seda que utilizaba el señor Meadowes para sonarse, nadie se dio cuenta de ello; si bien había que tener en cuenta que el penetrante olor a cebolla quedaba bastante encubierto por la gran cantidad de agua de colonia vertida sobre el pañuelo.

Derrotado finalmente por los incesantes estornudos y cansado de sonarse la nariz, el señor Meadowes se metió en la cama.

Aquella misma mañana, la señora Blenkensop recibió una carta de su hijo Douglas. Tan excitada y emocionada estaba la buena mujer, que todos los habitantes de «Sans Souci» se enteraron de ello. La carta, según explicó, no había pasado por la censura, porque afortunadamente uno de los amigos de Douglas, que vino de permiso, la trajo consigo. Y así, por vez primera, el chico había podido escribirle sin cortapisas.

—Y ello viene a demostrar —declaró la señora Blenkensop moviendo juiciosamente la cabeza— cuan poco sabemos, en realidad, de lo que pasa por ahí.

Después del desayuno subió a su habitación, abrió la cajita japonesa y metió en ella la carta. Entre las hojas dobladas había unos imperceptibles granos de polvos de arroz. Luego cerró la caja, apretando fuertemente las yemas de los dedos sobre su superficie.

Cuando salió de la habitación tosió ligeramente y desde la puerta de enfrente llegó el estrépito de un estornudo altamente teatral.

Tuppence sonrió y siguió su camino.

Previamente había anunciado su propósito de ir aquel día a Londres, para visitar a su abogado y hacer algunas compras.

Las demás huéspedes le tributaron una buena despedida y algunas le hicieron varios encargos… «sólo si dispone de tiempo, desde luego».

El mayor Bletchley se mantuvo apartado de todo aquel parloteo femenino. Estaba leyendo el periódico y lanzaba, de cuando en cuando, apropiados comentarios en alta voz respecto a algunos de los artículos.

—Esos malditos cerdos alemanes… Ametrallan en las carreteras a los refugiados… Malditos bestias… Si yo fuera uno de los que luchan…

Tuppence le dejó bosquejando todavía lo que haría él si estuviera al mando de las operaciones.

Dio una vuelta por el jardín para preguntarle a Betty Sprot qué le gustaría que le trajera de Londres.

La chiquilla tenía en las manos un caracol y gorjeó alegremente al ver a Tuppence. En respuesta a las sugerencias de esta sobre un gatito, un libro de cuentos o algunos lápices de colores, Betty

replicó:

—Betty «pinta».

Y, por lo tanto, los lápices de colores quedaron anotados en la lista de Tuppence.

Cuando se marchaba, intentando salir a la carretera por la senda que había al extremo del jardín, se topó inopinadamente con Carl von Deinim. El joven estaba apoyado contra la pared y tenía los puños fuertemente cerrados. Cuando ella se acercó, dio la vuelta. Su cara, que usualmente era de facciones impasibles, estaba crispada por la emoción.

Tuppence, casi sin quererlo, se detuvo y preguntó:

—¿Le ocurre algo?

—¡Ah! Sí; me pasan muchas cosas —su voz era ronca y forzada —. Tienen ustedes un dicho que se refiere a que hay cosas que no son pescado, carne, gallina ni buen arenque ahumado[5], ¿verdad? Tuppence asintió con la cabeza.

Carl prosiguió con amargura.

—Eso es lo que soy yo. Esto no puede seguir así. No puede seguir. Creo que sería mejor acabar de una vez.

—¿Qué quiere decir?

—Usted siempre fue amable conmigo —replicó el joven—. Tal vez comprenderá. Salí de mi patria a causa de las injusticias y de la crueldad. Vine aquí buscando libertad. Odio a la Alemania nazi. Pero, por desgracia, soy alemán. Nada puede alterar este hecho.

Tuppence murmuró:

—Ya sé que puede encontrar dificultades…

—No es eso. Como le he dicho soy alemán. En mi corazón, en mis sentimientos, Alemania todavía es mi patria. Cuando veo que derriban aviones alemanes, que mueren soldados alemanes, pienso que son compatriotas míos los que mueren. Y cuando ese viejo mayor lee el periódico y dice «esos cerdos…» me embarga la cólera… no lo puedo soportar.

Y añadió suavemente:

—En consecuencia, creo que lo mejor será acabar con todo. Sí; acabar de una vez.

Tuppence le cogió fuertemente por el brazo.

—Tonterías —dijo con firmeza—. Es lógico que tenga esos

sentimientos. Cualquiera los tendría. Pero ha de resistirlo.

—Desearía que me internaran. Así sería más fácil.

—Sí; probablemente lo sería. Pero ahora está usted haciendo un trabajo provechoso… o al menos eso es lo que me han dicho. Provechoso no sólo para Inglaterra sino para la humanidad. Está investigando ciertos aspectos de la inmunización contra gases, ¿no es así?

La cara de él se animó un poco.

—Sí. Y empiezo a tener mucho éxito. Es un proceso muy simple; fácil de hacer y nada complicado de aplicar.

—Bien —dijo Tuppence—, eso vale la pena. Cualquier cosa que mitigue el dolor vale la pena. Cualquier cosa que no sea destructiva. Como es lógico, nosotros tenemos que lanzar improperios contra nuestros enemigos. Y en Alemania están haciendo exactamente igual. Hay centenares de mayores Bletchley que están echando espuma por la boca. Yo misma odio a los alemanes. «Los alemanes» digo y siento que la aversión me hace estremecer. Pero cuando pienso en los alemanes como individuos; en madres que esperan ansiosas recibir noticias de sus hijos; en campesinos que recogen su cosecha; en pequeños tenderos y en tanta gente amable y agradable que conozco en Alemania, mis sentimientos son diferentes por completo. Me doy cuenta entonces de que ellos no son más que seres humanos y que nuestros sentimientos son la máscara guerrera que se pone sobre todo. Es una parte de la guerra; probablemente necesaria, pero efímera.

Mientras hablaba iba pensando como había hecho Tommy no hacía mucho tiempo en las palabras de la enfermera Cavell: «El patriotismo no es bastante. No debo albergar el odio en mi corazón».

Aquellas palabras de una mujer verdaderamente patriota, siempre las habían tenido ambos como la máxima expresión del sacrificio.

Carl von Deinim tomó la mano de Tuppence y la besó.

—Muchas gracias —dijo—. Lo que ha dicho es verdad. Debo tener más fortaleza.

«¡Dios mío! —pensaba Tuppence mientras bajaba por la carretera hacia el pueblo—. ¡Qué lástima que la persona que más

me gusta de la casa sea alemán! Tal cosa lo desquicia todo».

3

Tuppence lo hacía todo con gran eficiencia. Aunque no deseaba ir a Londres juzgó prudente hacer exactamente lo que había anunciado. Si hubiera hecho una simple excursión a cualquier lado para pasar el día, alguien podía verla, y posiblemente, tal hecho llegara a conocimiento de los que vivían en «Sans Souci».

No. La señora Blenkensop había dicho que iba a Londres, y a Londres debía ir.

Compró un billete de tercera, de ida y vuelta. Se alejaba de la taquilla, después de adquirirlo, cuando se encontró con Sheila Perenna.

—¡Hola! —saludó la joven—. ¿Dónde va usted? Acabo de llegar para buscar un paquete que parece haberse extraviado.

Tuppence expuso sus planes.

—Sí, desde luego —comentó Sheila con disciplina—. Recuerdo haberle oído decir algo sobre ello, pero no me di cuenta de que era hoy cuando se iba usted. Le haré compañía hasta que salga el tren.

Sheila parecía más animada que de costumbre. No demostraba mal humor ni esquivez. Habló animadamente acerca de pequeños detalles de la vida cotidiana en «Sans Souci». Siguió conversando con Tuppence hasta que el tren salió de la estación.

Después de agitar la mano en la ventanilla, viendo cómo disminuía en la distancia la figura de la muchacha, Tuppence se sentó en un rincón y se dedicó a serias meditaciones.

Se preguntó si sería casualidad el que Sheila apareciera en la estación en aquel preciso momento. ¿O sería una prueba de la eficiencia del enemigo? ¿Quería la señora Perenna estar completamente segura de que la locuaz señora Blenkensop había ido realmente a Londres?

Todo parecía confirmarlo.

4

Tuppence no pudo conferenciar con Tommy hasta el día siguiente. Tenían convenido no intentar nunca comunicarse bajo el techo de «Sans Souci».

La señora Blenkensop se encontró con el señor Meadowes cuando este, con el romadizo muy mejorado, estaba dando un paseíto por el puerto. Tomaron asiento en uno de los bancos de la explanada.

—¿Y qué? —dijo Tuppence.

Tommy asintió lentamente con la cabeza. Tenía un aspecto poco satisfecho.

—Sí —dijo—. Algo conseguí. Pero ¡Dios mío, qué día! Durante todo él no despegué el ojo de la rendija de la puerta. Cogí una buena tortícolis.

—No te preocupes ahora de tu cuello y cuéntame lo que pasó —urgió Tuppence con indiferencia.

—Pues bien, entraron las criadas para hacer la cama y limpiar la habitación. Mientras estaban con ello entró la señora Perenna y las reprendió por algo que habían hecho. Luego vino la chiquilla y salió con un perro de lana en las manos.

—Sí, sí. ¿Alguien más?

—Una persona.

—¿Quién?

—Carl von Deinim.

—¡Oh! —Tuppence sintió una súbita congoja. Así que, después de todo…— ¿Cuándo? —preguntó.

—A la hora de comer. Salió muy temprano del comedor y subió a su habitación. Luego cruzó el pasillo y entró en la tuya. Estuvo allí cerca de un cuarto de hora.

Hizo una pausa.

—Esto, según creo, lo aclara todo.

Tuppence asintió.

Sí, lo aclaraba todo. Carl von Deinim no podía tener más que una razón para entrar en el dormitorio de la señora Blenkensop y permanecer allí durante un cuarto de hora. Debía ser, según pensó Tuppence, un actor maravilloso.

Las palabras que le dirigió el joven la mañana anterior habían tenido cierto acento de verdad. Tal vez eran verdaderas en un

sentido. Saber cuándo hay que usar la verdad es la esencia de un engaño afortunado. Carl von Deinim era un buen patriota; era un agente enemigo que trabajaba para su patria. Por ello podía respetársele…, pero había que destruirlo.

—Lo siento —dijo ella lentamente.

—Y yo también —convino Tommy—. Es un buen chico.

—Tú y yo podríamos estar ahora en Alemania haciendo lo mismo.

Tommy asintió y ella continuó:

—Bueno; poco más o menos, ya sabemos a qué atenernos. Carl von Deinim trabaja con Sheila y su madre. Probablemente la señora Perenna es la principal. Luego tenemos a esa mujer extranjera que habló el otro día con Carl. Debe estar complicada también.

—¿Qué hacemos ahora?

—Tenemos que buscar una ocasión para registrar la habitación de la señora Perenna. Tiene que haber algo allí que nos pueda dar un indicio. Y debemos seguirla; ver adónde va y con quién se encuentra. Tommy, haz que venga Albert.

Tommy consideró aquel punto.

Muchos años antes, Albert, que era botones de un hotel, se unió a los jóvenes Beresford y compartió sus aventuras. Después entró a su servicio y fue la única ayuda doméstica que tuvo el matrimonio. Hacía unos seis años que Albert se casó y ahora era el orgulloso propietario de una taberna llamada «El pato y el perro», en el sur de Londres.

Tuppence continuó rápidamente:

—A Albert le gustará. Haremos que venga. Puede quedarse en esa taberna que hay cerca de la estación y dedicarse a seguir a las dos Perenna por cuenta nuestra… o de cualquier otro.

—¿Y qué pasará con la mujer de Albert?

—El lunes pasado se fue a Gales, a vivir con su madre. Se llevó a los niños, a causa de los bombardeos. Todo encaja a la perfección.

—Sí; es una buena idea, Tuppence. Cualquiera de nosotros dos que siguiera a la señora Perenna, daría lugar a sospechas. Albert lo hará sin correr ese riesgo. Y ahora, otra cosa… creo que debemos vigilar a esa polaca que habló con Carl. Me parece que ella representa el otro extremo del negocio… y eso es precisamente lo

que estamos deseosos de descubrir.

—Sí; eso me parece a mí también. Vino aquí a recibir órdenes o a buscar un mensaje. La próxima vez que la veamos, uno de nosotros debe guiarla y enterarse de más cosas acerca de ella.

—¿Qué te parece si registráramos la habitación de la señora Perenna… y la de Carl?

—No creo que encontraras nada en la de él. Como es alemán, la policía puede registrarla en cualquier momento y, por lo tanto, el joven se cuidará muy bien de no conservar nada en ella que lo pueda comprometer. En cuanto a la de Perenna, va a ser muy difícil. Cuando no está en casa, lo está Sheila. Y además, Betty y la señora Sprot siempre están correteando por el pasillo o la escalera, y la señora O'Rourke se pasa casi todo el día en su cuarto.

Calló durante un instante.

—La hora de la comida es la más apropiada.

—¿La hora en que opera el amigo Carl?

—Exactamente. Diré que tengo jaqueca y subiré a mi habitación… no; alguien puede subir también para ver si necesito algo. Ya lo sé; entraré calladamente antes de la comida y subiré a mi cuarto sin decir nada a nadie. Luego, después de comer, puedo decir que no bajé porque me dolía la cabeza.

—¿No lo haría yo mejor? Mi romadizo puede recrudecerse mañana.

—Creo que será preferible que lo haga yo. Si me sorprenden, siempre podré excusarme diciendo que buscaba una aspirina o algo parecido. Uno de los huéspedes masculinos en la habitación de la señora Perenna originaría muchas más especulaciones.

Tommy hizo una mueca.

—Sí; de carácter escandaloso —dijo.

Luego su sonrisa se desvaneció. Tomó un aspecto grave y preocupado.

—Hemos de hacerlo lo más pronto posible, nena. Las noticias de hoy han sido malas. Debemos encontrar algo, y pronto.

5

Tommy continuó su paseo y al poco rato entró en la estafeta de Correos, donde puso una conferencia con el señor Grant, informándole de que «la reciente operación tuvo éxito y el amigo C estaba definitivamente complicado».

Luego escribió una carta y la echó al correo. Iba dirigida al señor Albert Batt, «El pato y el perro», calle de Glamorgan, Kennington.

A continuación compró un semanario que pretendía informar a los ingleses de lo que realmente pasaba entre los bastidores de la política, y después se encaminó hacia «Sans Souci».

Al poco trecho oyó que le llamaban en alta voz. Era el teniente de navío Haydock, que pasaba conduciendo su cochecillo.

—¡Hola, Meadowes! ¿Quiere que le lleve a algún sitio?

Tommy aceptó agradecido y subió al coche.

—Veo que lee ese papelucho —dijo Haydock dando una ojeada a la cubierta escarlata del *Inside Weekly News*.

El señor Meadowes demostró la ligera turbación que parecía sobrecoger a todos los lectores de aquel semanario cuando alguien lo nombraba ante ellos.

—Es un semanario muy malo —convino—. Pero, ya sabe usted, algunas veces parece como si estuvieran enterados de lo que ocurre detrás del escenario.

—Y algunas veces se equivocan.

—Muchas.

—La verdad del caso —dijo el teniente de navío Haydock mientras hacía dar la vuelta al cochecillo, un tanto excéntricamente, alrededor de un poste indicador y escapaba por un pelo de chocar contra un camión—, es que cuando esos miserables tienen razón, uno se acuerda de ello; pero cuando se equivocan no hay nadie que lo recuerde al poco tiempo.

—¿Cree usted que hay algo de cierto en ese rumor acerca de que Stalin se inclina hacia nosotros?

—Sólo son buenos deseos por nuestra parte, muchacho; sólo buenos deseos —dijo el marino—. Los rusos son unos perfectos sinvergüenzas, y siempre lo han sido. No hay que fiarse de ellos, tal es mi opinión. He oído decir que ha estado usted un poco pachucho.

—Sólo un ligero romadizo. Lo suelo pasar todos los años por estas fechas.

—Sí; desde luego. Nunca lo sufrí yo, pero tengo un compañero que también lo pasa todos los años. Acostumbra a cogerlo, regularmente, cada mes de junio. ¿Qué tal le sentaría una partidita de golf?

Tommy respondió que le encantaría tal cosa.

—Perfectamente. ¿Qué le parece mañana? Hoy no puedo porque tengo que asistir a una reunión para tratar de este asunto de los paracaidistas. Hemos de organizar un cuerpo de voluntarios locales. Es una buena idea, si he de serle franco. Ya es hora de que pongamos algo por nuestra parte. ¿De modo que mañana a las seis?

—De acuerdo. No faltaré.

—Bien. Entonces, así quedamos.

El marino frenó bruscamente ante la cancela de «Sans Souci».

—¿Qué tal está la bella Sheila? —preguntó.

—Muy bien, según creo. No la veo mucho.

Haydock rio estrepitosamente, como siempre.

—¡Apuesto cualquier cosa a que no la ve tanto como usted quisiera! Es una chica bien parecida, pero extremadamente brusca. Habla mucho con ese joven alemán. Creo que eso no es patriótico. Se puede decir que dos perros viejos, como usted y yo, no significamos nada para ella; pero en nuestros servicios armados hay gran cantidad de buenos y espléndidos muchachos. ¿Por qué ha de interesarse por un maldito alemán? Es una cosa que me sulfura.

El señor Meadowes replicó:

—Tenga cuidado. El alemán sube por la carretera, detrás de nosotros.

—¡No me importa que lo oiga! Casi lo prefiero. Me gustaría dar un buen puntapié en salva sea la parte al amigo Carl. Todo alemán que se tenga por tal está luchando por su país. No se escabullen cobardemente hasta aquí para librarse de ello.

—Bueno —dijo Tommy—. De todas formas es un alemán menos para invadir Inglaterra.

—¿Quiere usted decir que ya lo hizo por adelantado? ¡Ja, ja, ja! ¡Muy bueno, Meadowes! No es que yo crea todo lo que se dice acerca de la invasión. Nunca nos invadieron y nunca nos invadirán. ¡Para eso tenemos una buena Marina, gracias a Dios!

Y con esta patriótica declaración, el teniente de navío soltó el

embrague, dando una sacudida el coche, y este continuó su camino, colina arriba, hacia «El descanso del contrabandista».

6

Tuppence llegó a la cancela de «Sans Souci» a las dos menos veinte. Dejó la carretera y a través del jardín se dirigió hacia la casa, en la que entró por una de las ventanas francesas del salón. De lejos le llegó el olor del estofado irlandés, ruido de platos y murmullo de voces. «Sans Souci» estaba ocupado con la comida del mediodía.

Esperó junto a la puerta hasta que Martha, la criada, pasó por el vestíbulo y entró en el comedor. Luego corrió escalera arriba con los zapatos en la mano.

Entró en su habitación, se puso las zapatillas de fieltro y después salió al pasillo, por el que se deslizó hasta el dormitorio de la señora Perenna.

Una vez en el cuarto miró a su alrededor y sintió que dentro de ella se levantaba y crecía una ola de aversión. No era un trabajo muy agradable el que iba a hacer. Sería imperdonable si la señora Perenna no era más que la señora Perenna. Aquello de meter las narices en los asuntos privados de la gente…

Tuppence se sacudió estos pensamientos como haría un «terrier» con el agua. Fue un movimiento instintivo de su cuerpo, reminiscencia de su juventud. ¡Estaban en guerra!

Se dirigió al tocador.

Con rápidos y hábiles movimientos no tardó mucho en registrar el contenido de sus cajones. Uno de los cajones del buró estaba cerrado. Aquello parecía más prometedor.

Tommy había ido provisto de varias herramientas sobre cuyo manejo recibió breves instrucciones. Y estas instrucciones las pasó, a su vez, a Tuppence.

Con uno o dos hábiles movimientos de muñeca, hizo que el cajón cediera.

Dentro había una cajita de caudales que contenía veinte libras en billetes y unos montones de plata. También vio un joyero, y a su lado un fajo de papeles. Esto fue lo que más interesó a Tuppence.

Les dio un rápido vistazo. No podía hacer más porque el tiempo apremiaba.

Había documentos relacionados con una hipoteca sobre «Sans Souci», un extracto de la cuenta del Banco y algunas cartas. El tiempo pasaba rápidamente y Tuppence examinó por encima los documentos, concentrándose con furia en todo aquello que le parecía tener doble significado. Vio dos cartas de una amiga de Italia, escritas con términos vagos y discursivos, que tenían una apariencia completamente inofensiva. Pero tal vez no eran tan inofensivas como parecían. Había otra carta de un tal Simon Mortimer, de Londres, redactada en términos secos y comerciales, que contenía tan pocas cosas de interés que Tuppence se extrañó de que valiera la pena conservarla. ¿Acaso el señor Mortimer no era tan inofensivo como parecía? Y en el fondo del paquete, una carta cuya tinta descolorida daba idea de la antigüedad. Estaba firmada por Pat y empezaba de la siguiente manera: «Esta es la última carta que te escribo, querida Eileen…».

¡No, eso no! ¡Tuppence no pudo hacerse el ánimo de leerla! La volvió a doblar y arregló las otras cartas encima de ella. Y de pronto, alerta, empujó el cajón, sin tiempo para cerrarlo con llave. Cuando se abrió la puerta y entró la señora Perenna, Tuppence estaba buscando entre las botellas que había sobre el lavabo.

La señora Blenkensop volvió su cara, con expresión confusa y atontada, hacia la patrona de la pensión.

—¡Oh!, señora Perenna. Espero que me perdone. He llegado con tal dolor de cabeza que pensé acostarme y tomar una aspirina. Pero como no pude encontrar las mías, creí que a usted no le importaría… Sabía que usted tenía porque el otro día le ofreció una a la señorita Minton.

La señora Perenna cruzó rápidamente la habitación. En su voz se notaba cierta aspereza cuando habló.

—Sí, señora Blenkensop. ¿Por qué no me la pidió?

—Claro… sí. Esto es lo que debía haber hecho. Pero estaban todos comiendo y no quería molestar…

La señora Perenna pasó junto a Tuppence y cogió el tubo de aspirinas que estaba entre las botellas.

—¿Cuántas quiere? —preguntó secamente.

La señora Blenkensop aceptó tres. Escoltada por la patrona fue hasta su habitación, donde se apresuró a declinar la oferta de una botella de agua caliente.

La señora Perenna, antes de salir del cuarto, lanzó el último disparo.

—Tiene usted un tubo de aspirinas, señora Blenkensop. Lo vi en cierta ocasión.

Tuppence exclamó rápidamente:

—¡Oh! Ya lo sé. Sabía que tenía uno, pero soy tan torpe que no he sabido dar con él.

La otra mujer replicó en seguida mostrando sus blancos dientes:

—Bueno. Descanse hasta la hora del té.

Salió y cerró la puerta detrás de sí. Tuppence exhaló un profundo suspiro y se tendió rígidamente en la cama, por si volvía la señora Perenna.

¿Habría sospechado algo? Aquellos dientes, tan grandes y blancos, «para comerte mejor». Tuppence siempre se acordaba de Caperucita cuando veía aquellos dientes. Y de las manos de la señora Perenna, que eran grandes y de aspecto cruel.

Al parecer, había aceptado con naturalidad la presencia de Tuppence en su cuarto. Pero más tarde encontraría abierto el cajón del buró. ¿Sospecharía de ella? ¿O creería que lo había dejado abierto inadvertidamente? A veces suceden cosas así. ¿Había puesto Tuppence los papeles de modo que estuvieran igual que antes de registrarlos?

Quizás, aunque la señora Perenna encontrara algo fuera de lugar, lo más probable sería que sospechara de las criadas en vez de la «señora Blenkensop». Y si sospechaba de esta última, ¿no podría achacarlo a curiosidad impertinente? Tuppence sabía que hay gente que gusta de escudriñar y fisgonear lo ajeno.

Mas si la señora Perenna era el famoso agente alemán «M». sospecharía de actividades relacionadas con el contraespionaje.

¿Hubo algo en su forma de portarse revelador de que la mujer se había puesto en guardia?

Su comportamiento fue bastante natural, a no ser por aquella aguda observación del tubo de aspirinas.

De pronto, Tuppence se sentó en la cama. Recordó que el tubo,

junto con una botella de yodo y otra de magnesia, estaba en el fondo del cajón de la mesa escritorio, donde lo puso cuando deshizo las maletas.

Parecía, por lo tanto, que no era la única persona que se dedicaba a husmear en la habitación de otros. La señora Perenna había estado allí primero.

Capítulo VII

1

Al día siguiente, la señora Sprot se fue a Londres. Unas pocas y tímidas observaciones por su parte tuvieron la virtud de que inmediatamente se le hicieran varios ofrecimientos para cuidar a Betty.

Cuando la señora Sprot, después de dirigir varias amonestaciones a Betty para que fuera buena, partió para Londres, la chiquilla se fue con Tuppence, quien había convenido en cuidar de ella por la mañana.

—«Jugá» —dijo Betty—. «Jugá a escondite».

Cada día hablaba mejor y había adoptado la convincente costumbre de inclinar la cabeza a un lado, mientras dirigía a su interlocutor una hechicera sonrisa y murmuraba:

—«Po favo».

Tuppence había decidido salir a dar un paseo con la niña, pero se puso a llover con intensidad y, en consecuencia, las dos se dirigieron al cuarto de Betty, donde esta se encaminó directamente al último cajón del buró, en que guardaba sus juguetes.

—¿Escondemos a *Bonzo*? —preguntó Tuppence.

Pero Betty había cambiado de pensamiento y pidió:

—Lee cuento.

Tuppence cogió un cuento bastante estropeado de uno de los estantes del armario; pero un chillido de Betty la detuvo.

—No, no. Sucio…, malo…

Tuppence la miró sorprendida y luego examinó el libro, que era una versión en colores del cuento «Juanito el trompetero».

—¿Es malo Juanito? —preguntó—. ¿Porque arrancó una ciruela?

Betty reiteró con énfasis.

—¡Maaalo! —y haciendo un terrible esfuerzo añadió—: ¡Suuuuuucio!

Cogió el libro de la mano de Tuppence y lo volvió a colocar en el estante. Luego sacó un cuento idéntico al que acababa de dejar, del otro extremo del estante y anunció con una sonrisa radiante:

—¡«Ete» Juanito «etá» limpio!

Tuppence se dio cuenta de que los libros estropeados y sucios habían sido reemplazados por nuevas y más limpias ediciones. Aquello le divirtió. La señora Sprot era, por lo visto, lo que Tuppence consideraba una «madre higiénica». De las que siempre están temiendo a los microbios, a la comida contaminada y se asustan si ven que los chicos chupan un juguete sucio.

Tuppence, que había crecido rodeada por la vida fácil y libre de una Rectoría, sintió siempre cierto desprecio hacia una higiene exagerada y había criado a sus propios hijos dejándoles que absorbieran lo que ella llamaba «una razonable cantidad de suciedad». No obstante, cogió obedientemente la copia de «Juanito el trompetero» y lo leyó a la niña, haciendo los comentarios propios del caso. Betty murmuraba:

—¡Juanito…! ¡Ciruela…! ¡Pastel…!

Y señalaba estos interesantes objetos con un rígido dedo que hacía presumir un rápido destino del flamante libro al montón de los estropeados.

Luego siguieron con «Oca, oca, ganso» y «La vieja que vivía en un zapato». A continuación Betty escondió los cuentos y Tuppence empleó una asombrosa cantidad de tiempo para encontrar cada uno de ellos, con gran júbilo de la chiquilla.

De aquella forma, la mañana pasó rápidamente.

Después de comer, Betty durmió su acostumbrada siesta. Fue entonces cuando la señora O'Rourke invitó a Tuppence a que pasara a su habitación.

El cuarto de la señora O'Rourke estaba bastante desarreglado y olía a menta y a pastel rancio, con un ligero aroma de naftalina por añadidura. Encima de todas las mesas había fotografías de los hijos

y nietos de la señora O'Rourke, así como las sobrinas, sobrinos y los hijos e hijas de estos. Había tantos de ellos que a Tuppence le pareció que estaba viendo una obra de teatro en que se representara con gran realidad el último período de la época victoriana.

—Sabe usted manejar muy bien a los niños, señora Blenkensop —observó alegremente la señora O'Rourke.

—Bueno —dijo Tuppence—. Con mis dos…

La otra mujer se apresuró a preguntar:

—¿Dos? Entendí que tenía usted tres.

—¡Ah, sí! Tres. Pero dos de ellos son casi de la misma edad y estaba pensando en los días en que tuve que bregar con ellos.

—Comprendo. Siéntese, señora Blenkensop. Póngase cómoda.

Tuppence tomó asiento obedientemente y deseó que la señora O'Rourke no la hiciera sentirse siempre tan incómoda. Experimentaba entonces lo mismo que sintieron Hansel o Gretel cuando aceptaron la invitación de la bruja.

—Dígame —inquirió la señora O'Rourke—. ¿Qué piensa usted de «Sans Souci»?

Tuppence empezó un discurso de exagerados elogios, pero su interlocutora la interrumpió sin ceremonias.

—Lo que le preguntaba es si ha notado usted aquí algo raro.

—¿Raro? No; no lo creo.

—¿Ni acerca de la señora Perenna? No puede usted negar que se interesa por ella. La he visto vigilándola más de una vez.

Tuppence se sonrojó.

—Es una mujer interesante.

—Pues no lo es —replicó la señora O'Rourke—. Es una mujer bastante vulgar… si acaso es lo que parece. Pero tal vez no lo sea. ¿Es eso lo que cree usted?

—En realidad, señora O'Rourke, no me imagino a qué se refiere.

—¿No se ha parado usted nunca a pensar que muchos de nosotros somos así… diferentes a lo que parecemos en la superficie? Vea, por ejemplo, al señor Meadowes. Es un hombre enigmático. Algunas veces diría que es un tipo inglés, estúpido hasta la médula; mas en otras ocasiones sorprendo en él una mirada o una palabra que no tienen nada de estúpidas. Es extraño, ¿no le parece?

Tuppence replicó firmemente:

—Estoy completamente segura de que el señor Meadowes es un auténtico inglés.

—Hay otros. Tal vez usted sabe a quién me refiero.

Tuppence sacudió la cabeza.

—Su nombre —dijo la señora O'Rourke, como estimulándola— empieza por S.

Asintió con la cabeza varias veces.

Con una súbita chispa de cólera y un oscuro impulso de saltar en defensa de algo joven y vulnerable, Tuppence replicó secamente:

—Sheila no es más que un espíritu rebelde. Por regla general, a su edad se es así.

La señora O'Rourke volvió a mover afirmativamente la cabeza, con el mismo aspecto de un obeso mandarín chino de porcelana que Tuppence recordaba haber visto sobre la repisa de la chimenea de tía Gracie. Una amplia sonrisa levantó las comisuras de los labios de la anciana, que dijo suavemente:

—Tal vez no lo sepa usted. El nombre de pila de la señorita Minton es Sophia.

—¡Oh! —Tuppence estaba desconcertada—. ¿Era a la señorita Minton a quien usted se refería?

—No era a ella —respondió la corpulenta señora O'Rourke.

Tuppence dio la vuelta y se dirigió hacia la ventana. Era extraordinaria la forma con que aquella mujer la afectaba, esparciendo a su alrededor una atmósfera de inquietud y miedo.

«Me siento como un ratón entre las garras de un gato», pensó Tuppence.

La monumental y sonriente anciana seguía sentada allí, casi ronroneando… y, sin embargo, se presentía la suave pisada de unas garras que jugaban con algo que no podía dejarse escapar, a pesar del ronroneo…

Tonterías… todo tonterías.

«Me estoy imaginando estas cosas», pensó Tuppence, mirando el jardín desde la ventana.

Ya no llovía y se oía el suave gotear de los árboles.

«Pero no todo son imaginaciones mías —siguió pensando—. No soy de las que se dan a fantasear. Aquí hay algo; un foco de maldad. Si pudiera ver…».

Su desconcertantes pensamientos se interrumpieron bruscamente.

Al fondo del jardín los arbustos se separaron ligeramente y en la abertura apareció una cara que miró furtivamente hacia la casa. Era la cara de la mujer extranjera que habló con Carl Von Deinim en la carretera.

Su mirada era tan fija e inmóvil, que a Tuppence le hizo el efecto de no ser humana. Miraba y miraba las ventanas de «Sans Souci». Carecía de expresión y, sin embargo…, sí; no había duda de ello, había una amenaza en aquella mirada. Inmóvil, implacable. Representaba algún espíritu, alguna fuerza ajena a «Sans Souci» y a la vulgar banalidad de una casa de huéspedes inglesa. Así, pensó Tuppence, debió mirar Jael antes de taladrar con un clavo la frente de Sísera[6].

Estos pensamientos tardaron sólo unos segundos en pasar por la mente de Tuppence. Se volvió de pronto, murmuró algo a la señora O'Rourke y salió disparada de la habitación. Corrió escaleras abajo y salió por la puerta principal.

Se dirigió hacia la derecha y caminó por el sendero lateral del jardín, hacia donde había visto la cara. Pero allí no había nadie. Tuppence atravesó los macizos y salió a la carretera. Miró arriba y abajo, pero tampoco vio a nadie. ¿Dónde se habría metido la mujer?

Dio la vuelta, enojada, y volvió a entrar en los terrenos de «Sans Souci». ¿Podría haber imaginado todo aquello? No; la mujer había estado allí.

Obstinadamente, vagó por el jardín mirando a todos los matorrales. Lo único que consiguió fue mojarse y no encontrar ni trazas de la extranjera. Volvió sus pasos hacia la casa sintiendo un extraño presentimiento, una vaga e informe persuasión de que algo iba a ocurrir.

No hubiera imaginado nunca lo que iba a ser aquello.

2

Como el tiempo había mejorado, la señorita Minton estaba vistiendo a Betty como preparación para llevársela a dar un paseo.

Iban al pueblo para comprar un patito de celuloide que Betty quería hacer nadar en la bañera.

La niña estaba tan emocionada y se movía con tanta violencia que resultaba extremadamente difícil hacerle meter los brazos en las mangas de su chaquetita de lana.

Cuando se marcharon, Betty iba parloteando con gran entusiasmo:

—«Compá» un pato. «Compá» un pato. Para «e» baño de Betty. Para «e» baño de Betty.

Parecía que obtenía gran contento con la reiteración incesante de aquellos importantes hechos.

Dos cerillas, dejadas cruzadas al desgaire sobre la mesa de mármol del vestíbulo, informaron a Tuppence que el Señor Meadowes iba a pasar la tarde siguiendo a la señora Perenna. Tuppence se dirigió al salón, donde encontró al señor y a la señora Cayley.

El primero estaba de mal talante. Había venido a Leahampton, explicó, para conseguir un absoluto descanso y quietud, ¿y qué quietud podía haber allí con una niña por la casa? Todo el día estaba corriendo, saltando y dando gritos.

Su esposa murmuró, con tono apaciguador, que en realidad, Betty era una pequeña muy salada, pero la observación no encontró favor alguno por parte de él.

—Sin duda, sin duda —dijo el señor Cayley, haciendo contorsiones con su largo cuello—. Pero su madre debiera hacer que se estuviera quieta. Tiene que considerar que aquí hay más gente. Enfermos; personas cuyos nervios necesitan reposo.

Tuppence comentó:

—No es fácil mantener quieta a una niña de esa edad. No es natural. Si estuviera quieta sería señal de que estaba enferma.

El señor Cayley replicó con voz gangosa y enfadada:

—Tonterías… Tonterías… tal son todas esas costumbres modernas. Eso de dejar que los niños hagan lo que quieran. Un niño tiene que estar sentado, quietecito, bien jugando con una muñeca, leyendo o haciendo algo.

—La niña no tiene todavía tres años —sonrió Tuppence—. No esperará usted que sepa leer a esa edad.

—Bueno. Algo tendrá que hacerse sobre este asunto. Hablaré con la señorita Perenna. Esta mañana, antes de las siete, la chiquilla estaba cantando en la cama. Yo he pasado una mala noche y acababa justamente de dormirme cuando me despertó con sus gritos.

—Es imprescindible que el señor Cayley duerma lo más posible —explicó ansiosamente la señora Cayley—. El médico se lo ordenó así.

—Debiera usted ir a un sanatorio —apuntó Tuppence.

—Mi apreciada señora, esos sitios son ruinosamente caros y, además, no tienen un ambiente adecuado. Existe en ellos una sugestión de enfermedad que produce una reacción desfavorable en mi subconsciente.

—El doctor le recomendó que alternara con gente normal —intervino la señora Cayley, como si quisiera ayudar a su marido—. Que llevara una vida normal. Opinó que vivir en una pensión sería mejor que alquilar una casa amueblada. El señor Cayley, de esa manera, no tendría oportunidad de cavilar y preocuparse, sino que, al contrario, sentiría mayores estímulos al poder cambiar ideas con otra gente.

El método empleado por el señor Cayley para cambiar ideas, por lo que juzgaba Tuppence, se limitaba simplemente a recitar sus propios alifafes y síntomas, y el intercambio consistía en la mucha o poca simpatía con que sus oyentes atendieran la enumeración de aquellos. Tuppence, diestramente, cambió el tema de la conversación.

—Me agradaría que me contara usted sus propias opiniones sobre la vida en Alemania —rogó—. Me dijo que en estos últimos años había viajado mucho por dicho país. Sería interesante conocer el punto de vista de un experimentado hombre de mundo como usted. Estoy convencida de que es usted de los que, sin dejarse dominar por los prejuicios, pueden proporcionar una visión clara de las condiciones que allí imperan.

La adulación, decía Tuppence, puede hacerse siempre abiertamente cuando se trata de un hombre. El señor Cayley mordió inmediatamente el anzuelo.

—Como acaba usted de decir, mi apreciada señora, soy muy

capaz de considerarlo todo sin ninguna clase de prejuicios. Pues bien; yo opino que…

Lo que siguió fue un simple monólogo y Tuppence sólo tuvo que intercalar de cuando en cuando algún «Es muy interesante», o «Es usted un observador muy sutil». Por lo demás, escuchó con una atención que no era fingida, pues el señor Cayley se excedía en la exposición de sus opiniones políticas. Pero, de todas formas, expresaba disgusto.

A continuación se sirvió el té, y a poco de empezar llegó la señora Sprot, de regreso de su viaje a Londres.

—Espero que Betty se habrá portado bien y no habrá dado quehacer —exclamó la recién llegada—. ¿Has sido buena, Betty?

A lo cual la chiquilla contestó lacónicamente:

—¡Bah!

Esto, sin embargo, no podía considerarse como una expresión de desagrado por la vuelta de su madre, sino tan sólo como una petición de más compota y moras.

Pero ello ocasionó un profundo cloqueo por parte de la señora O'Rourke y un «Por favor, Betty» con que la madre de la jovencita trató de reprenderla.

La señora Sprot tomó asiento, bebió varias tazas de té y se enfrascó en una vívida descripción de las compras que había realizado en Londres, la gente que iba en el tren, lo que un soldado llegado recientemente de Francia había contado a los que iban en el departamento y lo que una dependienta de un comercio le había dicho acerca de que las medias iban a escasear muy pronto.

La conversación era, ciertamente, normal, y se prolongó después en la terraza, pues había salido el sol y el día quedó despejado.

Betty correteaba alegremente, haciendo misteriosas excursiones a los matorrales, de donde volvía con una hoja de laurel o un puñado de piedrecitas que depositaba en el regazo de alguna de las personas mayores, al tiempo que confusa e ininteligiblemente trataba de explicar lo que representaban.

Por fortuna, la niña necesitaba poca cooperación en dicho juego, pues quedaba satisfecha con que de cuando en cuando le dijeran: «¡Qué bonito! ¿De veras es eso?».

Nunca hubo un atardecer más característico de «Sans Souci», ni

más inofensivo. Habladurías, chismes, especulaciones sobre el curso de la guerra. ¿Podría Francia rehacerse? ¿Conseguiría Weygand arreglar las cosas? ¿Qué haría Rusia? ¿Podría Hitler invadir Inglaterra si llegara a intentarlo? ¿Caería París si no se detenía el movimiento envolvente de los alemanes? ¿Era verdad que…? Se dice que… Se rumorea que…

Los escándalos políticos y militares se aireaban alegremente.

Tuppence pensó para su capote:

«¿Quién dijo que los parlanchines son un peligro? ¡Tonterías! Son una válvula de escape. La gente disfruta con estos rumores. Les proporciona el estímulo necesario para soportar sus precauciones y ansiedades privadas».

Ella también contribuyó con una sabrosa información, precedida por «Mi hijo me ha dicho…» y «Esto es completamente reservado, como ustedes comprenderán».

De pronto, la señora Sprot miró sobresaltada su reloj de pulsera.

—¡Dios mío! Son cerca de las siete. Hace ya horas que tenía que haber acostado a esa niña. ¡Betty… Betty!

La chiquilla no había vuelto por la terraza desde hacía bastante rato, aunque nadie se había dado cuenta de su deserción.

La señora Sprot volvió a llamarla con creciente impaciencia:

—¡Bettyyyy! ¿Dónde se habrá metido esa niña?

La señora O'Rourke comentó con su voz profunda:

—Estará haciendo alguna trastada, como si lo viera. Siempre ocurre lo mismo cuando los chicos se están quietos.

—¡Betty! Ven acá.

No hubo contestación y la señora Sprot se levantó impaciente.

—Creo que debo ir inmediatamente a buscarla. ¿Dónde podrá estar?

La señorita Minton sugirió que tal vez estuviera escondida en algún sitio y Tuppence, acordándose de su infancia, recomendó que mirara en la cocina. Pero Betty no apareció ni dentro ni fuera de la casa. Dieron la vuelta al jardín llamándola y registraron todas las habitaciones. No encontraron ni rastro de Betty.

La señora Sprot empezó a sentirse preocupada.

—Es muy traviesa… muy traviesa. ¿Creen que habrá podido salir a la carretera?

Ella y Tuppence salieron por la cancela y miraron arriba y abajo. No se veía a nadie, excepto un chico con una bicicleta de reparto que estaba hablando con la criada de la casa de enfrente.

Siguiendo la indicación de Tuppence, los dos mujeres cruzaron la carretera y la señora Sprot les preguntó si habían visto salir a una niña pequeña. Tanto el chico como la criada sacudieron la cabeza, pero al momento, como si recordara repentinamente algo ella, preguntó:

—¿Una niña con un vestido a cuadros verdes?

La señora Sprot dijo con ansiedad:

—Sí; eso mismo.

—La vi, hará cosa de media hora. Iba para abajo, de la mano de una mujer.

La señora Sprot preguntó asombrada:

—¿Con una mujer? ¿Qué clase de mujer?

La muchacha pareció turbarse ligeramente.

—Pues… una mujer con una pinta muy rara, como digo yo. Es extranjera y viste muy mal. Va sin sombrero y lleva una especie de chal. Su cara tiene un aspecto extraño… sospechoso. Bueno; usted ya me entiende. Estos días la he visto por aquí una o dos veces, y a decir verdad, parece que anda un poco necesitada… —y añadió la frase que, por lo visto, utilizaba cuando no sabía cómo expresarse adecuadamente—: Bueno, usted ya me entiende.

Tuppence recordó inmediatamente la cara que vio aquella misma tarde entre los arbustos, y el presentimiento que había tenido.

Pero nunca pensó que la mujer estuviera relacionada con la chiquilla, ni tampoco podía comprender entonces la razón de ello.

Tuvo poco tiempo para meditar, porque la señora Sprot casi se desplomó sobre ella.

—¡Betty, mi pequeña Betty! La han raptado. ¿Qué aspecto tenía esa mujer? ¿Era una gitana?

Tuppence sacudió enérgicamente la cabeza.

—No; era muy rubia. De cara ancha, pómulos salientes y ojos azules muy separados.

Se dio cuenta de que la señora Sprot la miraba fijamente y se apresuró a explicar:

—La vi esta misma tarde, atisbando desde detrás de los matorrales, al fondo del jardín. Ya en otras ocasiones la había visto rondar por aquí. Carl von Deinim habló con ella hace pocos días. Debe ser la misma mujer.

La criada intervino diciendo:

—Eso es. De pelo rubio. Y de aspecto necesitado, si quiere que le diga la verdad. No entendía nada de lo que se le decía.

—¡Oh, Dios mío! —gimió la señora Sprot—. ¿Qué haré?

Tuppence le rodeó la cintura con un brazo.

—Volvamos a casa. Tómese un poco de coñac y luego llamaremos a la policía. No pasará nada. Pronto la tendremos aquí.

La señora Sprot la siguió dócilmente, murmurando:

—No comprendo cómo Betty pudo marcharse así con una desconocida.

—Es muy pequeña —dijo Tuppence—. A su edad no se siente todavía timidez.

La señora Sprot exclamó débilmente:

—Debe ser alguna de esas terribles alemanas. Matarán a mi Betty.

—No diga tonterías —replicó Tuppence con energía—. No le pasará nada. Yo creo que esa mujer no debe estar bien de la cabeza.

Pero no creía en sus palabras. No creía, ni por un momento, que aquella desharrapada mujer rubia fuera una lunática.

¡Carl! ¿Sabría algo Carl? ¿Tendría algo que ver con aquello?

Unos pocos minutos después estuvo por dudar de ello. Carl von Deinim, como los demás, pareció sorprenderse grandemente ante un acontecimiento tan increíble.

Una vez puestos los hechos de manifiesto, el mayor Bletchley asumió el mando.

—Vamos, vamos, señora —dijo a la desconsolada madre—. Siéntese aquí y beba un poquito de coñac… no le hará daño. Ahora mismo me voy a la estación de policía.

La señora Sprot murmuró:

—Espere un momento… tiene que haber algo.

Subió corriendo la escalera y se dirigió a su dormitorio.

Unos momentos después oyeron sus pasos precipitados por el pasillo. Bajó corriendo la escalera, como una loca, y cogió la mano

del mayor Bletchley que se disponía a coger el teléfono.

—No… no —exclamó, casi sin aliento—. No lo haga… no lo haga…

Y sollozando desconsoladamente se dejó caer en una silla.

Los demás la rodearon. Al cabo de unos momentos pareció recobrar un poco la calma e irguiéndose, con la ayuda de la señora Cayley, tendió un papel escrito hacia los otros.

—Lo encontré en el suelo de mi habitación. Estaba enrollado en una piedra que tiraron por la ventana. Miren… miren lo que dice…

Tommy cogió el papel y lo desdobló.

Era una nota escrita con una caligrafía exótica, gruesa y picuda.

> *«TENEMOS EN SITIO SEGURO A SU HIJA. A SU DEBIDO TIEMPO SE LE DIRÁ LO QUE TIENE QUE HACER. SI ACUDE A LA POLICÍA MATAREMOS A LA NIÑA. NO DIGA NADA Y ESPERE INSTRUCCIONES, SI NO…».*

Estaba firmada con una calavera y unos huesos cruzados.

La señora Sprot gimió débilmente:

—Betty… Betty…

Todos hablaron a la vez. «¡Esos indecentes canallas y asesinos!», gruñó la señora O'Rourke. «¡Brutos!», opinó Sheila Perenna. «Fantástico, fantástico…, no creo ni una palabra. Es una broma estúpida», declaró el señor Cayley. «¡Oh, pobrecita!», gimió la señorita Minton. «No lo entiendo. Es increíble», dijo Carl von Deinim. Y por encima de todos los demás, la estentórea voz del mayor Bletchley:

—¡Todo son tonterías estúpidas! ¡Coacción! Debemos informar en seguida a la policía. Ellos aclararán rápidamente este asunto.

Una vez más se dirigió al teléfono. Pero en esta ocasión, un alarido de herida maternidad, lanzado por la señora Sprot, le detuvo.

—Pero, señora —exclamó el mayor—. Tenemos que hacerlo. Se trata tan sólo de una basta treta para impedir que siga usted la pista a esos canallas.

—La matarán.

—Bobadas. No se atreverán.

—No quiero que llame. Soy su madre y tengo derecho a decidir una cosa así.

—Ya lo sé; ya lo sé. Con eso precisamente cuentan ellos… en que usted opine de ese modo. Es muy natural. Pero, créame; crea a un hombre de experiencia. La policía es lo más indicado.

—¡No!

Bletchley miró a su alrededor buscando aliados.

—Meadowes, ¿está de acuerdo conmigo?

Lentamente, Tommy asintió.

—¿Cayley? Oiga, señora Sprot, tanto Meadowes como Cayley están conformes.

Ya señora Sprot replicó con súbita energía:

—¡Hombres! ¡Claro que sí! ¡Pregunte a las mujeres!

Tommy cruzó su mirada con Tuppence y esta dijo con voz baja y temblorosa:

—Yo… estoy de acuerdo con la señora Sprot.

Y pensó entretanto:

«¡Deborah! ¡Derek! Si se tratara de ellos pensaría como la señora Sprot. Tommy y los otros tienen razón, sin duda, pero de todas formas yo no lo podría hacer. No podría arriesgarme».

La señora O'Rourke estaba diciendo:

—Ninguna madre se atrevería a eso.

Y la señora Cayley murmuró:

—Yo creo, saben ustedes que… bueno… —y terminó con una serie de incongruencias.

La señorita Minton observó con voz trémula:

—A veces ocurren cosas horribles. No podríamos perdonarnos si algo le pasara a la pequeña.

—Todavía no ha dicho usted nada, señor Von Deinim —comentó de pronto Tuppence.

Carl tenía muy brillantes sus ojos azules. Su cara era una máscara inexpresiva. Con voz lenta y engolada, dijo:

—Soy extranjero. Desconozco la eficiencia de la policía inglesa. No sé si son competentes… ni rápidos.

Alguien entró en el vestíbulo. Era la señora Perenna, cuyas mejillas estaban fuertemente coloreadas. Parecía como si hubiera subido corriendo la cuesta.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Su voz era autoritaria, imperiosa. Su aspecto no era entonces el de una complaciente patrona de casa de huéspedes, sino el de una mujer de fuerte carácter.

Le contaron lo sucedido; una historia confusa relatada por demasiada gente. Pero ella la entendió inmediatamente.

Y una vez que estuvo enterada de todo, el asunto en sí pareció que pasaba a sus manos para que lo juzgara. Era el Tribunal Supremo.

Estudió durante unos momentos la nota amenazadora y luego la devolvió. Cuando habló, lo hizo con palabras secas y de tono autoritario.

—¿La policía? No creo que sea conveniente. No pueden arriesgarse a que cometan una torpeza. Tómense la justicia por su mano. Vayan ustedes a buscar a la niña.

Bletchley se encogió de hombros y comentó:

—Muy bien. Si no quieren que llamemos a la policía, es lo mejor que se puede hacer.

—No deben llevarnos mucha delantera —observó Tommy, convencido.

—Media hora, según dijo la criada —añadió Tuppence.

—¡Haydock! —exclamó Bletchley—. Haydock es el hombre que puede ayudarnos. Tiene coche. ¿Ha dicho usted que la mujer tiene un aspecto bastante extraño? ¿Es extranjera? Ha debido llamar la atención por ahí y nos será fácil seguirla. Vamos, de prisa. ¿Viene usted, Meadowes?

La señora Sprot se levantó.

—Pero, señora, deje eso para nosotros…

—Yo también voy.

—Bien…

Se rindió no sin que murmurara algo respecto a que todas las hembras de cualquier especie son más implacables que los machos.

3

Después de haberse hecho cargo de la situación con encomiable

rapidez, el teniente de navío Haydock iba conduciendo su automóvil. Tommy se sentó a su lado y en la parte de atrás se colocaron Bletchley, la señora Sprot y Tuppence.

No sólo había insistido la señora Sprot en que les acompañara Tuppence, sino que todos consideraron conveniente que lo hiciera, pues era la única que, además de Carl von Deinim, conocía de vista a la misteriosa mujer.

El marino era un buen organizador y un eficiente hombre de acción. En pocos minutos llenó de gasolina el depósito del coche, entregó al mayor Bletchley un mapa del distrito y un plano de Leahampton a gran escala, y con ello estuvo listo para partir.

La señora Sprot había subido otra vez a su habitación para coger el abrigo, según parecía; pero una vez en el coche, cuando bajaban por la carretera, le enseñó a Tuppence algo que llevaba en el bolso. Era una pistola de pequeño calibre.

—La he cogido del dormitorio del mayor Bletchley. Recordé que en cierta ocasión dijo que tenía una.

Tuppence pareció albergar algunas dudas.

—¿No cree usted que…?

La señora Sprot apretó los labios y dijo:

—Puede ser útil.

Tuppence se maravilló de las extrañas fuerzas que la maternidad puede imbuir en una joven ordinaria y corriente. Podía ver en su imaginación a la señora Sprot, una mujer que normalmente se horrorizaría ante un arma de fuego, disparar a sangre fría contra el que hubiera hecho algún daño a su hija.

Siguiendo la dirección del teniente de navío, se dirigieron primero a la estación del ferrocarril. Cerca de veinte minutos antes había salido un tren y era posible que los fugitivos se hubieran ido en él.

En la estación se separaron. El marino se encargó del empleado que revisaba los billetes en la puerta del andén. Tommy se ocupó del que los despachaba y Bletchley de los mozos de estación. Tuppence y la señora Sprot entraron en el tocador de señoras, por si la mujer había pasado por allí para cambiar algún tanto de aspecto antes de subir al tren.

Ninguno de ellos consiguió nada. Ahora era más difícil decidir

qué debían hacer. Probablemente, como señaló Haydock, los raptores tenían un coche preparado, y una vez que la mujer consiguió apoderarse de Betty, habían escapado con él. Y era en esto, tal como hizo observar Bletchley una vez más, en lo que la cooperación de la policía era vital. Se necesitaba una organización como aquella para que se mandaran avisos a toda la región y se vigilaran las carreteras. La señora Sprot se limitó a sacudir la cabeza y apretar firmemente los labios.

—Pongámonos en su lugar —dijo Tuppence—. ¿Dónde podían haber esperado con el coche? En algún sitio cercano a «Sans Souci», pero donde un coche pasara inadvertido. Pensemos, pues. La mujer y Betty bajaron juntas la cuesta. Al final está la explanada. El coche estuvo aguardando allí. Siempre que no se deje solo el coche, se puede parar en tal sitio durante un buen rato. Tenemos, además, el estacionamiento de «James Square», que también está cerca, o cualquiera de las callejuelas que derivan de la explanada.

En aquel momento, un hombre de corta estatura y aspecto tímido, que usaba lentes de pinza, se acercó a ellos y tartamudeó un poco al hablar.

—Perdonen… Es-pe-pero que no se molestarán… pe-pe-pero no pude evitar el oír lo que preguntaba usted a uno de los mozos —se dirigía ahora al mayor Bletchley—. No estaba escuchando, desde luego. Vine a ver qué ocurre con un paquete que tenía que haber recibido hace días. Hay que ver lo que se retrasan ahora en entregarlos. Dicen que deben atender primero a los movimientos de tropas. Pero, en realidad, hay que considerar que se pueden estropear… me refiero, claro, a los paquetes. Y así ha sido como oí… lo que verdaderamente me parece una gran coincidencia…

La señora Sprot se adelantó y cogió al hombrecillo por un brazo.

—¿La ha visto? ¿Ha visto a mi pequeña?

—¡Oh! ¿De veras? ¿Ha dicho usted su pequeña? Ahora caigo en que…

La señora Sprot exclamó:

—¡Dígame!

Y sus dedos apretaron con tal fuerza el brazo del desconocido que le hizo dar un respingo.

Tuppence se apresuró a decir:

—Por favor, cuéntenos lo más rápidamente posible todo lo que haya visto. Le estaremos eternamente agradecidos por ello.

—Bueno… en realidad… desde luego… tal vez no tenga nada que ver. Pero la descripción encaja tan bien… que forzosamente.

Tuppence sintió cómo temblaba la mujer que tenía a su lado, y aún ella misma tuvo que esforzarse para mantener la calma. Conocía la clase de hombre con que estaban tratando. Minucioso, atontado, tímido, incapaz de ir directamente al grano, y menos cuando se le metía prisa.

—Cuéntenos, por favor —volvió a rogar.

—Pues fue solo… Y a propósito; me llamo Robbins. Edward Robbins…

—¿Sí, señor Robbins?

—Vivo en Whiteways, en el camino de Ernest Cliff. Una de esas casas que han hecho nuevas por allí, de las que cuestan muy poco edificar, pero que reúnen todas las comodidades. También se disfruta de una vista estupenda y las dunas están a un tiro de piedra.

Tuppence apaciguó con una mirada al mayor Bletchley, que estaba a punto de estallar, y preguntó:

—¿Y dice usted que vio a la niña que buscamos?

—Sí. Creo que era ella. ¿Dice usted una pequeña con una mujer de aspecto extranjero? Pues fue en la mujer en quien más me fijé. Porque, como saben, en estos días estamos todos con los ojos muy abiertos por si acaso se descubre a uno de esos de la quinta columna. Recomiendan que se vigile con mucha atención, y eso es lo que yo hago. Así es cómo me fijé en la mujer. Me pareció una niñera o una criada. Y ya se sabe que muchos espías se disfrazan así. La mujer tenía un aspecto raro. Subió por el camino y luego se dirigió hacia las dunas. Llevaba una niña de la mano y la pequeña parecía estar cansada y se rezagaba. Eran las siete y media, es decir, una hora en que la mayor parte de los niños están en la cama. Por ello me fijé muy bien en la mujer y creo que eso la aturdió. Corrió camino arriba, tirando de la niña hasta que por fin la tomó en brazos y siguió por la senda que conduce al acantilado. Eso me pareció extraño, ¿saben?, porque por allí no hay ninguna casa. No hay ninguna hasta Whitehaven, que está a unas cinco millas más

allá. Es uno de los caminos preferidos por los excursionistas. Pero en este caso me pareció raro. Me pregunté si acaso la mujer no iría a hacer señales. Oye uno tantas cosas acerca de la actividad del enemigo… y ella pareció que perdía la serenidad cuando la miré con tanta fijeza.

El teniente de navío Haydock había subido ya al coche y lo había puesto en marcha.

—¿Ha dicho usted el camino de Ernest Cliff? Está al otro lado del pueblo, ¿no es eso?

—Sí. Cruce toda la explanada y al salir del pueblo siga para arriba…

Los demás habían subido también, sin escuchar ya al señor Robbins.

Tuppence gritó:

—Muchas gracias, señor Robbins.

Y el coche arrancó, dejando al buen señor con la boca abierta mirando cómo se alejaba.

Cruzaron rápidamente el pueblo, evitando más de un accidente por pura suerte más que por pericia del conductor. Pero la fortuna no les abandonó. Al fin salieron a un disperso grupo de edificaciones de no muy atrayente aspecto dada la proximidad de unos gasómetros. Unas cuantas callejuelas subían hacia las colinas, pero acababan de pronto a media ladera de la colina. La tercera de ellas era el camino de Ernest Cliff.

El teniente de navío Haydock dio la vuelta y subió por aquel camino que, poco a poco, terminaba en la desnuda ladera de la colina, por la cual serpenteaba un estrecho sendero.

—Será mejor que bajemos y continuemos a pie —dijo Bletchley.

Pero Haydock opinó:

—Creo que podré conducir el coche hasta arriba. El suelo es bastante firme. Resultará un poco movido, pero me parece que lo lograré.

La señora Sprot exclamó:

—Sí, sí, por favor. Debemos darnos prisa.

El marino murmuró:

—Quiera el cielo que sigamos la pista verdadera. Ese hombrecillo es capaz de haber visto a cualquier otra mujer con una

niña.

El coche gimió penosamente al emprender su camino por aquel terreno tan desigual. La pendiente era acentuada, pero la hierba era corta y pegajosa. Llegaron por último al final de la cuesta. Desde allí el panorama se extendía ininterrumpidamente hasta la curva que formaba la bahía de Whitehaven.

Bletchley comentó:

—No es mala la idea. Si es preciso, la mujer puede pasar aquí la noche y marchar mañana a Whitehaven para tomar el tren.

—No se ven por ningún lado —dijo Haydock.

Se había levantado y miraba en todas direcciones con unos prismáticos de campaña que previsoramente trajo consigo. De pronto, su cuerpo se puso tenso al enfocar con los prismáticos dos pequeños puntos que se movían en la distancia.

—Ahí están…

Tomó asiento otra vez tras el volante y el coche salió despedido hacia delante. La caza no duró mucho. Lanzados al aire y baqueteados de un lado para el otro, los ocupantes del automóvil vieron crecer rápidamente aquellas dos pequeñas manchas. Podían ya distinguirse claramente; una figura alta y otra pequeñita; y cuando se acercaron más, una mujer llevando de la mano a una niña. Luego pudieron ver que la niña llevaba un vestido verde. Era Betty.

La señora Sprot lanzó un grito sofocado.

—Vamos, vamos —dijo el mayor Bletchley dándole unos golpecitos afectuosos—. Ya las hemos encontrado. Ya son nuestras.

Prosiguieron la marcha. La mujer a quien perseguían dio de pronto la vuelta y vio que el coche avanzaba hacia ella.

Dio un grito, cogió a la niña en brazos y echó a correr.

Pero no corrió hacia delante, sino en línea oblicua, hacia el borde del acantilado.

El coche, después de avanzar unas cuantas yardas más no pudo seguir más allá, pues el suelo era más desigual y grandes peñascos obstaculizaban su paso. Se detuvo y sus ocupantes saltaron a tierra.

La señora Sprot fue la primera. Corrió desesperadamente detrás de las fugitivas.

Los otros la siguieron.

Cuando llegaron a menos de veinte yardas, la mujer se volvió, acorralada. Estaba justamente al borde del precipicio. Dio un ronco grito y apretó la niña contra su pecho. Haydock exclamó:

—¡Dios mío! Va a lanzar a la niña por el acantilado…

La mujer seguía apretando fuertemente a Betty. Tenía la cara desfigurada con un frenesí de odio. Pronunció con voz ronca unas cuantas palabras, que nadie entendió. Y apretaba a la criatura, mirando de cuando en cuando al precipicio que se abría detrás de ella… a menos de una yarda.

Parecía evidente que amenazaba con arrojar a la niña por el acantilado.

Todos se detuvieron, aterrados y perplejos, incapaces de avanzar por temor a precipitar la catástrofe.

Haydock hurgó en sus bolsillos y sacó un revólver de reglamento.

—Suelte a la niña… o disparo —gritó.

La extranjera rio y apretó todavía más a la chiquilla contra su pecho. Las dos figuras parecían fundirse en una, tan apretadas estaban.

Haydock murmuró:

—No me atrevo a disparar. Podría herir a la niña.

—Esa mujer está loca —dijo Tommy—. Va a saltar de un momento a otro con la chiquilla.

Haydock repitió con desaliento:

—No me atrevo a disparar…

Pero en aquel momento sonó un disparo. La mujer se tambaleó y cayó, apretando todavía entre sus brazos a la niña.

Los hombres echaron a correr. La señora Sprot parecía no poder tenerse en pie. Tenía los ojos dilatados y en su mano llevaba todavía la humeante pistola.

Dio unos cuantos pasos vacilantes hacia delante en dirección a la nena.

Tommy estaba arrodillado junto a los dos cuerpos caídos. Les dio la vuelta suavemente. Se dio cuenta de la extraña y agreste belleza de la cara de la mujer. Los ojos de esta se abrieron, miraron a Tommy y luego perdieron toda expresión. La extranjera dio un ligero suspiro y expiró. Tenía el corazón limpiamente atravesado

por un balazo.

La pequeña Betty, que no había sufrido el menor daño, se escapó corriendo hacia donde su madre había quedado inmóvil, como una estatua.

Y entonces, por fin, la señora Sprot, perdió su aplomo. Lanzó la pistola lejos de sí y se arrodilló, estrechando contra sí a la pequeña.

—No está herida —gritó—. No está herida… ¡Oh, Betty…! ¡Betty…!

Y luego, con un murmullo atemorizado y angustioso, preguntó:

—¿La he… la he… matado?

Tuppence replicó con firmeza:

—No piense ahora en ello… no piense en ello. Piense en Betty. No piense más que en Betty.

La señora Sprot sostuvo a la niña apretada contra ella y empezó a sollozar.

Tuppence se adelantó y fue a reunirse con los hombres.

Haydock murmuró:

—Ha sido un milagro. Yo no habría podido hacer un disparo así. No creo que esa mujer haya manejado nunca una pistola… Fue puro instinto. Un milagro, ni más ni menos.

—¡Gracias a Dios! —dijo Tuppence—. ¡Fue un caso apurado!

Y miró, estremeciéndose, el escarpado precipicio que se abría a sus pies.

Capítulo VIII

1

La encuesta sobre la muerte de la extranjera se celebró unos días después. Hubo que esperar a que la policía identificara a la difunta, que resultó llamarse Vanda Polonska y ser refugiada polaca.

Después de la dramática escena del acantilado, la señora Sprot y Betty, la primera de ellas casi desmayada, habían sido llevadas a «Sans Souci». Una vez allí, a la heroína de aquella noche se le administraron botellas de agua caliente, tazas de té, amplias dosis de curiosidad y, finalmente, una buena copa de coñac a secas.

El teniente de navío Haydock avisó inmediatamente a la policía, a la que guio hasta el lugar de la tragedia.

A no ser por las malas noticias de la guerra, el suceso hubiera ocupado mucho más espacio en los periódicos. Sólo se le dedicó un pequeño párrafo.

Tanto Tuppence como Tommy tuvieron que declarar en la encuesta y, para el caso de que algún reportero gráfico quisiera tomar unas fotografías de los testigos más importantes, el señor Meadowes tuvo la desgracia de contraer una afección en los ojos, que le obligó a ponerse una visera que lo desfiguraba en alto grado. La señora Blenkensop quedaba prácticamente oculta por el sombrero que llevaba.

No obstante, todo el interés se centró por entero en la señora Sprot y en el teniente de navío Haydock. El señor Sprot, a quien se llamó apresuradamente mediante un telegrama, llegó para ver a su mujer, pero tuvo que volverse el mismo día. Parecía ser un joven de maneras amables, pero no muy interesante.

Se abrió la encuesta con la identificación del cadáver hecho por una tal señora Calfont, una mujer de labios finos y ojillos penetrantes que desde hacía meses se ocupaba de los asuntos relacionados con la ayuda a los refugiados de guerra.

Polonska, dijo, había llegado a Inglaterra acompañada por un primo suyo y su mujer, únicos parientes que tenía, según manifestó. La mujer, en opinión de la declarante, no estaba completamente bien de la cabeza. Por lo que había contado, parecía que había vivido días de gran terror en Polonia y que su familia, incluyendo varios niños, había sido asesinada en masa. La mujer no parecía agradecer lo que se hacía por ella, y era desconfiada y taciturna. A veces la habían sorprendido hablando consigo misma y no tenía aspecto de ser normal. Se le proporcionó una colocación como criada, pero unas cuantas semanas antes la había abandonado sin avisar ni comunicarlo a la policía.

El forense preguntó las causas de que los parientes de la mujer no se hubieran presentado, y en aquel punto el inspector Brassey hizo una aclaración.

La pareja en cuestión había sido detenida, acusada de haber violado la ley de «Defensa del Reino», por un delito relacionado con un arsenal de la Marina. Declaró el policía que el matrimonio había alegado su condición de refugiados para que se les permitiera la entrada en el país, pero que inmediatamente trataron de encontrar colocación cerca de una base naval. La familia entera fue considerada entonces como sospechosa. Se les encontró en su poder más cantidad de dinero del que podían justificar. Contra la difunta Polonska no se sabía nada, excepto que, según se suponía, no simpatizaba con los ideales británicos. Era posible, también, que trabajara por cuenta del enemigo y que su pretendida estupidez fuera hasta cierto punto simulada.

La señora Sprot, al ser llamada, se deshizo en lágrimas. El forense fue muy amable con ella, guiándola con mucho tacto en la declaración de los hechos ocurridos.

—¡Es horrible! —sollozó la señora Sprot—. Es espantoso pensar que he matado a una persona. Yo no pretendía tal cosa… es decir, nunca pensé… pero era Betty… y creía que aquella mujer iba a lanzarla por el precipicio. Tenía que detenerla y… ¡Oh, Dios mío…!,

no sé cómo lo hice.

—¿Estaba usted familiarizada con el manejo de armas de fuego?

—¡Oh, no! Sólo a los rifles de las ferias y aun así nunca acertaba. ¡Oh, Dios mío…!, tengo la sensación de haber asesinado a alguien.

El forense la tranquilizó y preguntó a continuación si alguna vez había visto a la interfecta con anterioridad.

—No. Nunca. Creo que debía estar loca por completo, pues no nos conocía ni a Betty ni a mí. No nos había visto jamás.

Contestando a otras preguntas, la señora Sprot dijo que en ocasiones había confeccionado prendas destinadas a los refugiados polacos y que tal era la única conexión que jamás tuvo en Inglaterra con gente de dicha nacionalidad.

Haydock fue el siguiente testigo y describió las gestiones que había hecho para seguir a la secuestradora y lo que sucedió luego.

—¿Está usted completamente seguro de que la mujer se disponía a saltar por el acantilado?

—Saltar ella o lanzar a la niña. Me pareció que estaba enloquecida por el odio. Hubiera sido imposible razonar con ella. Fue un momento que demandaba inmediata acción. Yo mismo tuve la idea de disparar para herirla. Temí matar a la niña si disparaba. La señora Sprot corrió ese riesgo y tuvo la suerte de salvar la vida de su hija.

La aludida empezó a llorar de nuevo.

La declaración de la señora Blenkensop fue corta; una mera confirmación de lo dicho por el teniente de navío.

Siguió el señor Meadowes.

—¿Está usted de acuerdo con lo que han declarado el teniente de navío Haydock y la señora Blenkensop?

—Completamente. La mujer estaba tan enloquecida que era imposible acercársele. Estaba a punto de lanzarse ella y la niña por el precipicio.

Hubo pocas declaraciones más. El forense se dirigió al jurado, indicando que Vanda Polonska había encontrado la muerte a manos de la señora Sprot y con gran solemnidad exoneró a esta de toda culpa. No había pruebas que demostraran el estado de ánimo de la interfecta. Algunos de los artículos que se repartían entre los polacos como ayuda, llevaban el nombre de las damas que los

enviaban, y era posible que la mujer consiguiera el nombre y la dirección de la señora Sprot de tal forma. Pero no era fácil conjeturar cuáles habían sido sus motivos para secuestrar a la niña. Posiblemente alguna razón extravagante, incomprensible por completo para una mente normal. Polonska, según lo dicho por ella misma, había sufrido grandes desgracias en su patria y esto, tal vez, le había trastornado el juicio. Y por otra parte, podía ser un agente enemigo.

El veredicto se pronunció de acuerdo con el resumen hecho por el forense.

2

Al día siguiente, la señora Blenkensop y el señor Meadowes se reunieron para comparar notas.

—Desaparece Vanda Polonska y nos encontramos con un callejón sin salida, como de costumbre —dijo Tommy lúgubremente.

Tuppence asintió.

—Sí. Cierran herméticamente toda pista, ¿verdad? Ni un solo papel; ni un solo indicio de cualquier clase, tal como la procedencia del dinero que tenían ella y sus primos; ni siquiera antecedentes de quiénes eran los que tenían tratos con ellos.

—Demasiado eficiente —dijo Tommy.

Y añadió:

—¿Sabes, Tuppence? No me gusta nada cómo van las cosas.

Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza. Las noticias no eran verdaderamente muy tranquilizadoras.

El ejército francés se retiraba y no parecía probable que la avalancha pudiera ser detenida. Según la evacuación de Dunquerque, se veía claro que la caída de París era sólo cuestión de días. Reinaba un general desánimo al hacerse pública la falta de equipo y material con que resistir las grandes unidades mecanizadas de los alemanes.

—¿Se trata tan sólo de nuestro embotamiento y cachaza? ¿O existen unos manejos deliberados detrás de todo ello? —preguntó

Tommy.

—Creo que se trata de lo último, pero nunca lo podrán probar.

—No. Nuestros adversarios son demasiado listos.

—Ahora estamos barriendo gran cantidad de porquería.

—Sí. Se echa el guante a la gente que más figura, pero no creo que lleguemos al cerebro que está detrás de ellos. Cerebro, organización, un plan cuidadosamente trazado: un plan que se aprovecha de nuestro hábito dilatorio, nuestras pequeñas disensiones y nuestra lentitud, para sus propios fines.

—Por eso estamos aquí —observó Tuppence—. Y no hemos conseguido ningún resultado.

—Algo hemos hecho —le recordó Tommy.

—Sí. Carl von Deinim y Vanda Polonska. La morralla.

—¿Crees que trabajan juntos?

—Opino que sí —replicó ella pensativamente—. Acuérdate de que los vi hablando.

—Entonces, ¿fue Carl el que organizó el secuestro?

—Supongo que sí.

—Pero ¿por qué?

—No sé —dijo Tuppence—. Por eso estuve pensando y repensando sobre esto. No tiene sentido.

—¿Por qué raptar precisamente a esa niña? ¿Quiénes son los Sprot? Ni tienen dinero y, en consecuencia, no se trata de obtener un rescate. Ni él ni ella son empleados del gobierno.

—Ya lo sé, Tommy. No tiene sentido alguno.

—¿Y la propia señora Sprot no opina nada sobre ello?

—Esa mujer —respondió desdeñosamente Tuppence— no tiene los sesos de un mosquito. No es capaz de pensar en nada. Sólo se limita a decir que es una de esas cosas que hacen los malvados alemanes.

—¡Qué estupidez! —exclamó Tommy—. Los alemanes son eficientes. Si envían a uno de sus agentes para que rapte un crío, será por alguna razón.

—Estoy segura de que la señora Sprot podría deducir esa razón si se detuviera a pensar un poco. Debe haber algo; algún hecho que, inadvertidamente, no ha relatado esa mujer y que, tal vez ni siquiera se ha dado cuenta de su importancia.

—«No diga nada y espere instrucciones» —citó Tommy el texto de la nota que la señora Sprot encontró en el suelo de su habitación —. ¡Maldita sea! Eso quiere decir algo.

—Desde luego… tiene que ser así. Lo único que puedo suponer es que la señora Sprot, o su marido, han recibido de alguien una cosa para guardar. Y que se la han dado, quizá, precisamente porque, al ser gente tan vulgar y corriente, nadie sospechará que ellos lo tienen… sea lo que sea.

—No es mala idea.

—Ya lo sé pero se parece terriblemente a un cuento de espías. No tiene visos de realidad.

—¿Le has pedido a la señora Sprot que se estruje un poco el cerebro?

—Sí. Pero lo malo es que ella no parece tener el más mínimo interés. Todo lo que le preocupa es tener consigo a Betty.

—Las mujeres son unos entes muy curiosos —vaciló Tommy—. Ahí tienes a la señora Sprot que el otro día salió disparada como una furia vengadora. Hubiera sido capaz de matar a un regimiento, sin pestañear, con tal de recuperar a su hija; y luego, después de haber matado a la raptora por pura chiripa, se desconcierta y le asaltan fuertes escrúpulos.

—El forense la exoneró de toda culpa —dijo Tuppence.

—Naturalmente. Yo no me hubiera atrevido a disparar cuando ella lo hizo.

—Ni ella tampoco, si se hubiera dado cuenta de lo que hacía. Su propia ignorancia sobre la dificultad del disparo, fue lo que hizo que se atreviera a ello.

Tommy asintió.

—Como una escena bíblica —dijo—. David y Goliat.

—¡Oh! —exclamó Tuppence.

—¿Qué te pasa, cariño?

—No lo sé. Cuando has dicho eso, algo vibró en mi cerebro; pero ahora no sé lo que es.

—Muy bonito —comentó Tommy.

—No lo acabes de estropear. Estas cosas ocurren algunas veces.

—¿Caballeros que disparan un arco al azar? ¿Es eso?

—No. Era… espera un poco… creo que era algo relacionado con

Salomón.

—¿Cedros, templos y gran cantidad de esposas y concubinas?

—Cállate —exclamó Tuppence tapándose los oídos con las manos—. Lo estás estropeando más.

—¿Judíos? —continuó Tommy tratando de ayudarla—. ¿Las tribus de Israel?

Pero Tuppence sacudió la cabeza y al cabo de unos instantes dijo:

—Quisiera saber a quién me recordaba esa mujer.

—¿La difunta Vanda Polonska?

—Sí. Su cara me pareció vagamente familiar la primera vez que la vi.

—¿Crees que la conociste en algún otro sitio?

—No, estoy segura de que no.

—La señora Perenna y Sheila son de un tipo completamente diferente.

—Ya lo sé. No la relacionaba con ellas. ¿Sabes, Tommy, que he estado pensando en las dos?

—¿Con algún buen propósito?

—No lo sé. Es acerca de la nota que la señora Sprot encontró en su habitación cuando raptaron a Betty.

—¿Y qué?

—Todo eso de la piedra lanzada por la ventana son cuentos. Alguien la puso allí para que la encontrara la señora Sprot. Y sospecho que la señora Perenna fue quien lo hizo.

—Entonces, la señora Perenna, Carl y Vanda Polonska trabajan juntos.

—Sí. ¿Te diste cuenta de cómo la señora Perenna llegó en el crítico instante y arregló las cosas para que no se llamara a la policía? Tomó el mando de la situación.

—¿Sigues creyendo, pues, que es «M»?

—Sí. ¿Y tú no?

—Eso supongo —replicó Tommy lentamente.

—¡Vaya, Tommy! ¿Es que tienes alguna otra idea?

—Probablemente, es una idea bastante imperfecta.

—Dímela.

—No. Prefiero no hacerlo. No tengo nada en absoluto en qué

basarme. Pero si estuviera en lo cierto, no sería «M» con quien tendríamos que vérnoslas, sino con «N».

Y pensó para sí:

«Bletchley. Creo que puede ser él. ¿Y por qué no podía serlo? Es un tipo bastante natural… demasiado natural y, después de todo, fue él quien quería avisar a la policía. Sí; pero contando con que la madre de la niña se opondría.

»La nota amenazadora le daba esa seguridad y para despistar y podía permitirse el proponer un punto de vista opuesto…».

Y aquello le hizo pensar de nuevo en la molesta y fastidiosa pregunta para la que todavía no había podido encontrar contestación.

¿Por qué motivo secuestraron a Betty Sprot?

3

Ante «Sans Souci» se había detenido un coche, en cuya portezuela se leía la palabra «Policía».

Absorta en sus pensamientos, Tuppence casi no se fijó en él. Torció por el camino y entró en la casa, encaminándose directamente a su habitación.

En el umbral de la puerta se detuvo, sorprendida, al ver que una figura se apartaba de la ventana.

—¡Dios mío! —dijo Tuppence—. ¡Sheila!

La muchacha vino hacia ella y Tuppence pudo verla muy claramente; pudo ver sus llameantes ojos hundidos en la cara pálida y de aspecto trágico.

—Me alegro de que haya llegado —dijo Sheila—. La estaba esperando.

—¿Qué ocurre?

La voz de la joven tenía un tono sosegado y falto de emoción.

—Han arrestado a Carl —anunció.

—¿La policía?

—Sí.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Tuppence.

No se encontraba en condiciones para enfrentarse con aquella

situación. Aunque la voz de Sheila era tranquila, Tuppence sabía de sobra qué es lo que había detrás de aquella aparente serenidad.

La muchacha estaba enamorada de Carl von Deinim, tanto si ambos eran cómplices en aquel asunto, como si no. Tuppence sintió que una gran compasión hacia la joven le oprimía el corazón.

—¿Qué haré? —preguntó Sheila.

Aquella simple y desesperada pregunta hizo que Tuppence diera un respingo. Sólo pudo decir con acento desconsolado:

—¡Oh, pobrecita!

La voz de la joven sonaba como un canto fúnebre cuando explicó:

—Se lo han llevado. No lo volveré a ver jamás.

Y luego exclamó:

—¿Qué haré? ¿Qué haré?

Se dejó caer de rodillas junto a la cama y empezó a sollozar desgarradamente.

Tuppence acarició aquella negra cabellera. Al cabo de un rato, dijo con voz ahogada:

—No… no puede ser eso. Tal vez sólo se proponen internarlo. Al fin y al cabo, ya sabe que es ciudadano de un país enemigo.

—No es eso lo que han dicho. Ahora están registrando su habitación.

Tuppence replicó lentamente:

—Bueno; si no encuentran nada…

—¡Claro que no encontrarán nada! ¿Qué podrían encontrar?

—No lo sé. Pero creo que usted tal vez sí.

—¿Yo?

Su desdén y sorpresa eran demasiado reales para ser fingidos. Cualquier sospecha que Tuppence abrigara sobre la complicidad de Sheila Perenna, murió en aquel instante. Aquella joven nunca supo nada.

—Si es inocente… —siguió Tuppence.

Sheila la interrumpió:

—¿Y qué importa eso? La policía lo acusará de cualquier cosa, aunque no sea verdad.

Tuppence replicó vivamente:

—Tonterías, chiquilla. Eso no es cierto.

—La policía inglesa es capaz de cualquier cosa. Eso dice mi madre.

—Su madre puede decir lo que quiera; pero está equivocada. Le aseguro que eso no es verdad.

Sheila la miró durante unos instantes, como dudando, y luego dijo:

—Muy bien. Si dice eso, me fío de usted.

Tuppence se sintió incómoda y se apresuró a objetar:

—Es usted demasiado confiada, Sheila. Tal vez no estuvo muy acertada al fiarse de Carl.

—¿También está contra él? Pensé que usted le apreciaba. Y él también lo creía así.

Eran conmovedores aquellos jóvenes, al depositar su fe en quien les apreciaba. Y era verdad. Tuppence apreciaba a Carl y todavía le seguía gustando.

Con acento cansado, observó:

—Oiga, Sheila. El que le aprecie o no nada tiene que ver con los hechos. Este país y Alemania están en guerra. Hay muchas maneras de servir a la patria y una de ellas es recoger información, trabajando detrás de las líneas de combate. Es una cosa para la que se necesita valor, porque si te cogen… —su voz se quebró ligeramente—, es el final.

—¿Cree que Carl…? —preguntó Sheila.

—¿Si creo que puede estar trabajando de esa forma para su patria? Es una posibilidad, ¿no le parece?

—No —replicó la joven.

—Tal vez su misión consista en desempeñar el papel de refugiado y hacer ver que es un violento enemigo de los nazis, para así poder conseguir informes.

Sheila replicó, sin alterarse:

—Eso no es cierto. Conozco a Carl y sé lo que siente y lo que piensa. Su máxima preocupación es la ciencia, su trabajo; la verdad y el saber que en ello se encierra. Siente gratitud hacia Inglaterra por haberle dejado trabajar aquí. Algunas veces, cuando la gente dice alguna cosa cruel de su patria, se siente amargado como buen alemán. Pero siempre odió a los nazis y a lo que representan… la negación de la libertad.

—Eso es lo que él dirá, desde luego —opinó Tuppence.

Sheila le dirigió una mirada de reproche.

—¿Cree usted entonces que es un espía?

—Creo que es… —Tuppence vaciló— posible.

La joven se encaminó hacia la puerta.

—Comprendo. Siento haber venido a pedirle ayuda.

—¿Pero qué cree usted que puedo hacer yo?

—Usted conoce a mucha gente. Sus hijos están en el ejército y en la marina de guerra, y me he enterado de que usted dijo en más de una ocasión que conoce a gente influyente. Pensé que quizás usted lograría que… que hicieran algo.

Tuppence pensó en aquellos fabulosos personajes: Douglas, Raymond y Cyril.

—Temo que no puedan hacer nada —dijo.

Sheila irguió la cabeza y apasionadamente exclamó:

—Así, pues, no podemos albergar esperanza alguna. Se lo llevarán, lo encerrarán y algún día, al despuntar el alba, lo pondrán ante un paredón y lo fusilarán… y eso será el final.

Salió de la habitación cerrando la puerta tras ella.

«¡Malditos sean mil veces estos irlandeses! —pensó Tuppence, mientras le asaltaba una confusión de furiosos sentimientos—. ¿Por qué tendrán esa terrible facultad de retorcer las cosas de manera que no sabe una a qué atenerse? Si Carl von Deinim es un espía, merece que le fusilen. Debo seguir opinando así, y no dejar que esa muchacha, con su acento irlandés, me fascine y me haga creer que en realidad se trata de un héroe trágico o un mártir».

Se acordó de la voz de una famosa actriz declamando una frase de *Jinetes del mar*:

«Es esa tranquila vida que han llevado…».

Y pensó:

«Si no fuera cierto. ¡Oh!, si no fuera cierto…».

Mas, sabiendo todo lo que sabía, ¿cómo podía dudar?

4

Al final del embarcadero viejo, el pescador lanzó el anzuelo y después recogió cautelosamente un poco de sedal.

—Temo que no hay duda alguna —dijo.

—Pues no sabe cuánto lo siento —expuso Tommy—. Porque… bueno; porque sé que es buen chico.

—Todos lo son, mi querido amigo; todos lo son, por regla general. Los golfos y los sinvergüenzas de un país no se ofrecen como voluntarios para ir a operar en territorio enemigo. Sólo lo hacen los valientes. Eso lo sabemos bastante bien. Pero en esta ocasión el caso está probado.

—¿Ha dicho que no hay duda alguna?

—Ninguna. Entre sus papeles se encontró una lista de gente que trabaja en la factoría, con los que debía ponerse en contacto, como posibles simpatizantes del régimen nazi. También se descubrió en su poder un plan de sabotaje muy bien trazado, así como un proceso químico que, aplicado a los fertilizantes, habría devastado grandes áreas de terreno dedicado a la producción de alimentos. Todo ello, como verá, cae dentro de la especialidad de Von Deinim.

Con patente desgana y maldiciendo en su fuero interno a Tuppence, que le hizo prometer que no dejaría de preguntarlo, Tommy dijo:

—Supongo que no habrá duda de que todo esto no ha sido tramado por otros para perjudicar al muchacho, ¿verdad, señor?

—¡Oh! —dijo el señor Grant, mientras sonreía con aspecto mefistofélico—. Eso es idea de su mujer, estoy completamente seguro.

—Bueno… ejem… pues sí. Así es.

—Es un chico muy atractivo —observó el señor Grant con tolerancia.

Luego prosiguió:

—No. Hablando en serio, no creo que podamos tomar en cuenta tal sugestión. Sepa usted que también se le encontró en su poder cierta cantidad de tinta secreta. Y no estaba bien a la vista de todos, como hubiera ocurrido de haber sido puesta allí por otros. No se trataba de la botellita de aspecto inocente mezclada con las que tenía en el estante del lavabo. En realidad, empleó un sistema muy ingenioso. Sólo en una ocasión me tropecé con un método parecido,

pero entonces eran los botones del chaleco. La tinta estaba impregnada en ellos. Cuando se necesitaba utilizarla, se ponía a remojo un botón. Pero los de Carl von Deinim no eran botones. Eran los cordones de los zapatos. Muy esmerado.

—¡Oh!… —exclamó Tommy, aturdido ante lo dicho por el señor Grant.

Algo se agitó en su mente; un pensamiento vago, nebuloso…

Tuppence fue más rápida. Tan pronto como él le relató la conversación que había sostenido con Grant, se dio cuenta de aquel punto esencial.

—¿Los cordones de los zapatos? ¡Tommy, eso lo explica todo!

—¿Qué?

—¡Betty, idiota! ¿No te acuerdas de aquello tan divertido que hizo en mi habitación, cuando me quitó los cordones de los zapatos y los metió en un vaso de agua? Entonces me pareció una travesura de Betty. Pero, al parecer, la chiquilla había visto cómo lo hacía Carl y lo imitó. El joven no podía exponerse a que la niña lo fuera repitiendo a la vista de todos y se puso de acuerdo con la polaca para que la raptara.

—Entonces, ya está aclarado ese punto —dijo Tommy.

—Sí. Da gusto ver cómo las cosas van encajando en su sitio. De esa forma se puede dejar de pensar en ellas y seguir adelante.

—Sí. Necesitamos adelantar más en este punto.

Tuppence asintió.

Verdaderamente, las circunstancias presentaban un sombrío aspecto. Francia acababa de capitular, con gran sorpresa de todos y ante el aturdimiento y consternación de los propios franceses.

Existían dudas acerca de lo que se haría con la flota de guerra francesa.

Era acerbo… dejarse llevar por una ola de sentimientos…

Ahora, todas las costas de Francia estaban en poder de Alemania, y la invasión, sobre la cual no había habido hasta entonces más que rumores, no podía considerarse por más tiempo como una contingencia remota.

—Carl von Deinim era sólo un eslabón de la cadena —observó Tommy—. La señora Perenna es la cabeza principal.

—Sí. Tenemos que desenmascararla. Pero no será fácil.

—No. Si ella es el cerebro que rige todo el asunto, no hay que esperar que nos sea fácil.

—Entonces, ¿la señora Perenna es «M»?

Tommy suponía que así debía ser. Y añadió lentamente:

—¿Crees realmente que su hija no tiene nada que ver con esto?

—Estoy completamente segura de ello.

Tommy suspiró.

—Bueno; tú lo sabrás mejor. Pero si es así, la pobre ha tenido muy mala suerte. Primero el hombre a quien quiere y luego su propia madre. Va a quedarse sola, ¿verdad?

—No podemos hacer nada para evitarlo.

—Sí; pero suponiendo que estuviéramos equivocados… que «M» o «N» fuera cualquier otro…

Tuppence replicó con cierta indiferencia:

—¿Todavía sigues con las mismas? ¿Estás seguro de que no se trata más que de tus propios deseos?

—¿Qué quieres decir?

—Sheila Perenna… eso es lo que quiero decir.

—¿No crees que eres algo absurda, Tuppence?

—No; no lo soy. Te ha trastornado, Tommy, como a cualquier otro hombre…

Tommy replicó con enfado:

—Nada de eso. Lo que pasa es que yo tengo mis propias ideas sobre el caso.

—¿Cuáles son?

—Creo que será mejor que me las reserve por ahora. Veremos quién de los dos tiene razón.

—Bueno; pues yo estimo que debemos dedicarnos por completo a la señora Perenna. Averiguar dónde va, con quién se encuentra… todo, en fin. Debe existir un punto de contacto en cualquier sitio. Será mejor que esta misma tarde le digas a Albert que la siga.

—Hazlo tú. Yo tengo trabajo.

—¡Vaya! ¿Qué tienes que hacer?

—Tengo que jugar al golf —contestó Tommy.

Capítulo IX

1

—Parece como si volviéramos a vivir tiempos pasados, ¿verdad, señora? —dijo Albert.

Su cara resplandecía con aspecto satisfecho. Pues ahora, aunque ya entrado en años y tendiendo ligeramente a engordar, Albert seguía poseyendo aquel joven y romántico corazón que fue el motivo de que se asociara a Tommy y Tuppence cuando estos vivían su juventud aventurera.

—¿Recuerda cómo me conoció? —preguntó Albert—. Estaba yo limpiando los dorados en aquella casa de apartamentos de lujo. ¡Y que no era mala pieza el portero! Siempre estaba detrás de mí. ¡Vaya cuento que me contó usted aquel día! ¡Menuda sarta de mentiras me soltó acerca de una bribona llamada Rita «La Rápida»! Aunque algo de lo que me dijo luego resultó ser cierto. Y desde entonces no he vuelto la vista atrás, como vulgarmente se dice. Muchas aventuras hemos corrido juntos antes de que sentáramos la cabeza.

Albert suspiró y Tuppence, siguiendo una natural asociación de ideas, preguntó por la salud de la señora Batt.

—¡Oh!, mi mujer está muy bien; pero dice que no acaba de acostumbrarse a los galeses. Cree que primero debían aprender a hablar bien el inglés. Y por lo que toca a los bombardeos, pues ya han tenido dos de ellos y dice que han hecho unos hoyos tan grandes en el suelo, que cabe un automóvil en cada uno de ellos. De esa forma, ¿qué clase de tranquilidad puede tener allí? Para eso bien se estaba en Kennington, dice ella, donde no tendría que estar

viendo todos los días aquellos árboles tan tristes, y podría conseguir buena leche embotellada, cosa que allá no se ve.

—No sé si debíamos haberte metido en esto, Albert —dijo Tuppence, a quien se le ocurrió de pronto esta idea.

—Tonterías, señora —contestó él—. ¿Pues no fui a presentarme voluntario y fueron tan soberbios que ni se dignaron mirarme? Espere a que llamen su quinta, me dijeron. Y yo, entretanto, disfruto de una salud estupenda y no deseo otra cosa más que vérmelas con esos malditos alemanes, y usted perdone la expresión. Dígame tan sólo cómo puedo meterme con ellos y estropearles el juego. Aquí me tiene a su disposición. Debemos luchar contra la Quinta Columna, tal como dicen los periódicos, aunque sobre las otras cuatro nada indican. Pero, en resumidas cuentas, estoy dispuesto a servir a usted y al capitán Beresford en lo que ustedes gusten mandar.

—Bien. Pues ahora te diré lo que queremos que hagas.

2

—¿Hace mucho tiempo que conoce a Bletchley? —preguntó Tommy, mientras bajaba del «*tee*»[7] y miraba con satisfacción cómo la pelota rebotaba por el centro justo de la pista.

El teniente de navío Haydock, que también había lanzado un buen tiro, tenía reflejada en la cara una expresión complacida cuando se colgó al hombro la bolsa de los palos y replicó:

—¿Bletchley? Déjeme recordar. Pues hará cosa de unos nueve meses. Vino el otoño pasado.

—¿Dijo usted que era amigo de unos amigos suyos? —insinuó Tommy mordazmente.

—¿Eso dije? —el marino pareció sorprenderse—. No; no lo creo. Más bien me parece que le conocí aquí en el club.

—Tengo para mí que es un hombre bastante misterioso.

Haydock pareció sorprenderse todavía más en esta ocasión.

—¿Un hombre misterioso? ¿El viejo Bletchley? —dijo con tono francamente incrédulo.

Tommy suspiró para sus adentros. Tal vez estaba imaginándose

demasiadas cosas.

Hizo su siguiente jugada y se excedió en el tiro. Haydock lanzó a su vez un buen golpe que quedó corto por poco. Cuando se reunió con el otro dijo:

—¿Qué es lo que le hace pensar que Bletchley es un hombre misterioso? Yo diría que es un tipo de lo más prosaico; un típico oficial retirado. Muy aferrado a sus ideas y todo lo demás, por haber vivido siempre dentro de unos rígidos principios en el ejército. ¡Pero misterioso…!

Tommy replicó vagamente:

—Bueno; tan sólo se me ocurrió la idea, al recordar lo que alguien me dijo…

Volvieron a ocuparse ambos de meter la pelota en el hoyo, y el teniente de navío lo consiguió primero.

Con gran satisfacción hizo este unas observaciones sobre el resultado de las partidas que llevaban jugadas y luego, como esperaba Tommy, su pensamiento, libre de la preocupación del juego, volvió a ocuparse de lo que estaban tratando antes.

—¿A qué clase de misterio se refiere usted? —preguntó.

Tommy se encogió de hombros.

—¡Oh! Se trata tan sólo de que nadie parece saber mucho de él.

—Estuvo en los Rugbyshires.

—¿Lo sabe usted de buena tinta?

—Bueno. Yo… pues no; no estoy seguro de ello. Oiga, Meadowes, ¿qué es lo que se propone? No habrá nada malo relacionado con Bletchley, ¿verdad?

—No, no. Claro que no.

Tommy se apresuró a negar. Ya había levantado la liebre. Ahora esperaría a ver cómo el pensamiento de Haydock corría tras ella.

—Siempre me dio la impresión de ser un tipo demasiado característico —opinó el marino.

—Eso es, eso es.

—Claro… ya sé lo que quiere usted decir. ¿Tal vez un poquito demasiado típico?

Tommy pensó:

«Estoy influyendo en la declaración del testigo. Quizá surja algo todavía de la mollera de este buen hombre».

—Sí; ya sé a qué se refiere —prosiguió pensativamente Haydock —. Y ahora que caigo, he de reconocer que no he encontrado a nadie que conociera a Bletchley antes de venir aquí. No tiene ningún antiguo compañero de armas con el que irse a pasar unos días, ni nada parecido.

—¡Ah! —exclamó Tommy, y añadió—: ¿Jugamos un poco más? No vendrá mal otra partida para hacer ejercicio. La tarde es magnífica.

Hicieron la jugada de salida y se separaron para realizar las siguientes tiradas. Cuando se reunieron de nuevo, Haydock dijo repentinamente:

—Cuénteme lo que le han dicho de él.

—Nada… absolutamente nada.

—No hace falta que sea tan cauteloso conmigo, Meadowes. Estoy acostumbrado a oír toda clase de rumores. ¿Me comprende? Todos acuden a mí. Saben que en estas cosas no me ando por las ramas. ¿Qué se figura? ¿Piensa que Bletchley no es lo que parece ser?

—Fue tan sólo una simple sugestión.

—¿Qué creen que es? ¿Un «huno»? Tonterías. Es tan inglés como usted o como yo.

—Claro. Estoy seguro de ello.

—¡Ya ve que siempre está pidiendo a voces que internen a más extranjeros! Fíjese qué vehemencia demostraba contra ese joven alemán; y al parecer tenía toda la razón. El jefe de policía me ha dicho particularmente que han encontrado bastantes cosas como para colgarlo una docena de veces. Tenía planeado envenenar todas las fuentes y depósitos de agua de la región, y además estaba ocupándose de inventar una nueva clase de gas… y todo ello lo hacía en una de nuestras factorías. ¡Dios mío! ¡Qué ciegos estamos en este país! En primer lugar, fue una locura dejarle quedarse aquí. El Gobierno es capaz de creer todo lo que le cuenten. Un chico de estos no tiene más que llegar aquí, antes de que empiece la guerra, y lamentarse un poco acerca de las persecuciones de que ha sido objeto. Ello basta para que todos cierren los ojos y le permitan conocer todos nuestros secretos. Igual estupidez cometieron con aquel tipo, con Hahn…

Tommy no tenía la intención de que el marino volviera a repetir la consabida historia y deliberadamente falló al lanzar la pelota hacia el hoyo.

—¡Malo se le ha puesto esto! —gritó Haydock, y lanzó un cuidadoso tiro.

La pelota cayó en el agujero.

—Gané otra vez. Está usted hoy un poco bajo de juego. ¿De qué estábamos hablando?

—Acerca de que Bletchley no parece ser otra cosa de lo que es.

—Desde luego. Desde luego. Pero me estaba acordando de que en cierta ocasión oí una historia bastante rara respecto a él. Entonces no hice mucho caso…

Y en aquel preciso instante, con gran disgusto de Tommy, se les acercaron otros dos jugadores. Los cuatro regresaron al club y se hicieron servir unas copas.

Al cabo de un rato, el teniente de navío miró el reloj y anunció que Meadowes y él tenían que marcharse, pues Tommy había aceptado la invitación que le hizo Haydock para cenar aquella noche en su casa.

«El descanso del contrabandista» estaba, como de costumbre, en un orden perfecto. Un sirviente, ya entrado en años, atendió a los dos amigos durante la cena con la destreza profesional de un camarero. Era muy raro encontrar un servicio tan perfecto fuera de algún que otro restaurante londinense.

Cuando el criado salió del comedor, Tommy comentó tal circunstancia.

—Sí; tuve suerte de encontrar a Appledore.

—¿Cómo pudo hacerse con él?

—Contestó a un anuncio que puse en el periódico. Tenía excelentes referencias, era muy superior a los demás que se presentaron y me pidió un salario bastante razonable. Así es que le contraté al instante.

Tommy observó, riendo:

—La guerra nos ha privado, ciertamente, de lo mejor del servicio en los restaurantes. Porque, prácticamente, todos los buenos camareros eran extranjeros. No parece que en ningún aspecto, sea un oficio apropiado para los ingleses ni mucho menos.

—Es un poco servil. Hacer reverencias y fregar los platos no son cosas que cuadren al carácter inglés.

Cuando tomaron asiento en la terraza, donde se les sirvió el café, Tommy preguntó:

—¿Qué iba usted a contarme en el campo de golf? Algo relacionado a una historia que oyó usted acerca de Bletchley.

—¿Qué cosa fue…? ¡Hola! ¿Ha visto usted eso? Una luz en alta mar. ¿Dónde he puesto el catalejo?

Tommy suspiró. Las estrellas parecían luchar contra él. El teniente de navío entró en la casa y salió a poco llevando un anteojo en la mano. Mientras recorría con él el horizonte, describió todo un sistema de señales que el enemigo hacía a determinados lugares, aunque de la mayor parte de ellos no parecía existir prueba alguna. Luego siguió pintando un tétrico cuadro de la invasión que se esperaba para un futuro próximo.

—No hay organización, ni adecuada coordinación. Usted pertenece a los voluntarios locales para la defensa y sabe lo que pasa. Con un hombre como el viejo Andrews al frente de ello…

El criado trajo *whisky* y licores, mientras el marino seguía hablando sobre aquel tema.

—… y todavía estamos plagados de espías; los tenemos por todas partes. Ocurrió lo mismo en la guerra pasada. Peluqueros, camareros…

«¿Camareros? —pensó—. Más apropiado sería que este se llamara Fritz, en lugar de Appledore…».

¿Y por qué no? El criado hablaba inglés perfectamente, pero eso lo conseguían muchos alemanes. Perfeccionaban su dominio del idioma a costa de servir como camareros durante muchos años en restaurantes ingleses. Y en cuanto al tipo racial no era muy distinto. Rubios, de ojos azules, pero a menudo traicionados por la forma de la cabeza… sí, la cabeza… ¿dónde había visto últimamente una cabeza como aquella de Appledore?

Y entonces habló siguiendo un impulso irrefrenable. Las palabras fueron bastante adecuadas al tema de Haydock, que en aquel momento estaba diciendo:

—Hay que ver la de formularios que deben rellenarse. No aprovechan para nada, Meadowes. Con todas esas preguntas

idiotas…

—Eso es —dijo Tommy—. «¿Cómo se llama usted?». Contésteme «N» o «M».

Se produjo un pequeño estrépito de vasos. Appledore, el perfecto criado, había volcado una copa. Un chorro de crema de menta cayó sobre uno de los puños de la camisa de Tommy y corrió luego por su mano.

El sirviente tartamudeó:

—Lo siento, señor.

Haydock montó en cólera.

—¡Maldito estúpido! ¿Qué diablos cree que está haciendo?

Su cara, colorada normalmente, tomó un tinte purpúreo a causa de la rabia que le embargaba.

Tommy pensó:

«Hablan del mal genio que se gasta en el ejército; pero en la marina lo superan».

Haydock continuó lanzando un torrente de improperios, mientras Appledore se deshacía en excusas.

Tommy se sintió molesto ante la reprimenda que se estaba llevando el criado; pero de pronto, como por arte de magia, se desvaneció el furor que dominaba al teniente de navío, quien recobró de nuevo su acostumbrada cordialidad.

—Venga y lávese —dijo—. La crema de menta es difícil de limpiar si se seca.

Tommy le siguió al interior de la casa y pronto estuvo en uno de los suntuosos cuartos de baño, de los que Haydock estaba tan orgulloso por los innumerables adelantos modernos que contenían. Limpió con mucho cuidado la pegajosa sustancia, mientras el marino le hablaba desde el dormitorio contiguo. Parecía estar un poco avergonzado.

—Temo haberme excedido. Pobre Appledore…, pero ya sabe que siempre me sulfuro un poquito más de lo que es mi intención.

Tommy se apartó del lavabo para secarse las manos. No se dio cuenta de que un pedazo de jabón había caído al suelo. Puso el pie sobre él… y hay que hacer constar que el linóleo estaba sumamente pulido.

Un momento después, Tommy estaba interpretando un

desenfrenado paso de danza. Cruzó el cuarto de baño como una exhalación con los brazos tendidos por delante. Uno de ellos vino a parar sobre el grifo del agua caliente del baño, y con el otro empujó violentamente uno de los lados de un pequeño armario esmaltado de blanco. Quedó en una postura extravagante, que nunca podría haber adoptado, de no ser por una catástrofe como la ocurrida.

Uno de los pies de Tommy patinó hasta que fue detenido violentamente por uno de los baldosines del extremo de la bañera.

Y lo que sucedió entonces pareció cosa de prestidigitación. La bañera se separó de la pared, girando sobre un eje oculto. Tommy contempló ante él una especie de nicho oscuro y no tuvo duda alguna sobre lo que aquella cavidad contenía: era una emisora de radio.

La voz del teniente de navío dejó de oírse, y al momento apareció este en la puerta.

En la mente de Tommy varias cosas encajaron en el sitio que les correspondía.

¿Había estado ciego hasta entonces? Aquella cara colorada y jovial, la cara de un «inglés sincero», era tan sólo una máscara. ¿Por qué no había caído en la cuenta, mucho antes, de que era la cara de un malhumorado y despótico oficial teutónico? No había duda de que el incidente que acababa de ocurrir en la terraza, había ayudado a aclarar las cosas. Porque hizo recordar a Tommy otro incidente similar: un prusiano fanfarrón reprendiendo a un subordinado con toda la insolencia de los «*Junker*». De la misma forma había tratado aquella noche el teniente de navío Haydock a su subordinado, cuando este cometió una torpeza.

Y todo encajaba perfectamente; encajaba a las mil maravillas. Había sido una doble estratagema. El agente enemigo Hahn fue enviado en primer lugar para preparar el sitio, empleando obreros extranjeros, llamando la atención sobre él, para así pasar a la segunda parte del plan, o sea, su desenmascaramiento por el valeroso marino inglés, el teniente de navío Haydock.

Y luego, ¿qué cosa más natural que el marino comprara la casa y contara lo ocurrido a todo el mundo, hasta aburrir a la gente con tanta repetición? De aquella forma, «N» había quedado situado tranquilamente en el sitio señalado de antemano, teniendo a su

disposición las comunicaciones de Estado Mayor, alojadas en «Sans Souci». Lo tenía todo preparado para llevar adelante los planes alemanes.

Tommy no pudo evitar el sentimiento de viva admiración que todo aquello le produjo. El asunto había sido planeado perfectamente. Nunca hubiera sospechado de Haydock, a quien siempre consideró como un verdadero marino inglés. Sólo un accidente completamente imprevisto había dado al traste con todo el secreto.

Aquellos pensamientos pasaron por la mente de Tommy en unos pocos segundos. Sabía demasiado bien que se hallaba en grave peligro. Si tan sólo pudiera desempeñar medianamente el papel de un inglés duro de mollera… el peligro ya…

Se volvió hacia Haydock lanzando una risotada que esperaba que no sonara a falsa.

—¡Vaya! —dijo—. No acaba uno nunca de recibir sorpresas en esta casa. ¿Es otro de los adelantos modernos con que Hahn equipó su vivienda? No me lo enseñó usted el otro día.

Haydock seguía inmóvil en la puerta. Su figura corpulenta y tensa bloqueaba el paso.

«Es demasiado contrincante para mí —pensó Tommy—. Y además, imprescindiblemente hay que contar con ese maldito criado».

Por unos instantes Haydock estuvo quieto, como si lo hubieran tallado en piedra; pero luego pareció que sus músculos se relajaban y dijo riendo:

—Ha estado gracioso, Meadowes. No creo que vuelva a ocurrir una cosa así, aunque la repitiera mil veces. Séquese las manos y salga a la otra habitación.

Tommy obedeció. Estaba alerta y con todos los músculos en tensión. Tenía que buscar la manera de salir de aquella casa sin sufrir ningún daño, ahora que se había enterado de tantas cosas. ¿Lograría burlar a Haydock? Las maneras de este último parecían bastante lógicas y naturales.

Con un brazo sobre los hombros de Tommy, gesto que tal vez fuera casual, o tal vez no, Haydock condujo a su invitado hasta el cuarto de estar. Una vez allí, dio la vuelta y cerró la puerta.

—Oiga, amigo. Tengo algo que decirle.

Su voz era amistosa y natural. Si cabe, se notaba en ella cierto embarazo. Con un gesto indicó a Tommy que tomara asiento.

—Es un poco peliagudo —explicó—. ¡Palabra de honor que lo es! Aunque no tengo más remedio que confiar en usted. Sólo le pido la mayor reserva, ¿me entiende?

Tommy procuró demostrar en su cara un ávido interés.

El otro se sentó y acercó luego su silla, para hacer más confidencial la conversación.

—Pues verá usted, Meadowes; se trata de lo siguiente. Nadie sabe que trabajo para el Servicio Secreto. M. I. 42 B. X. es la cifra de mi departamento. ¿Nunca lo oyó nombrar?

Tommy sacudió la cabeza e intensificó la anhelante expresión de su cara.

—Bueno… en realidad se trata de algo muy secreto. Algo así como una especie de círculo interno. Creo que me entenderá. Transmitimos desde aquí cierta clase de informes; pero si esto trascendiera sería un irreparable golpe para nosotros. ¿Comprende?

—Claro que sí. Desde luego —se apresuró a convenir el señor Meadowes—. ¡Es muy interesante! Como es natural, puede usted confiar en que no diré ni una palabra.

—Sí; eso es absolutamente necesario. Todo este asunto es confidencial en extremo.

—Lo comprendo perfectamente. Su trabajo debe ser emocionante. Me gustaría muchísimo saber algo más acerca de él…, pero supongo que no debo rogarle eso.

—No; me temo que no. Ya que es cosa muy secreta.

—Si, sí. Ya me doy cuenta. Debo presentarle mis excusas… ha sido un accidente de lo más extraordinario…

Y pensó para su capote:

«Seguramente no se lo creerá. No podrá suponer que me he tragado toda esa serie de tonterías».

No le parecía posible, pero luego consideró que la vanidad ha causado la perdición de muchos hombres. El teniente de navío Haydock era muy listo y avisado, mientras que aquel menguado tipejo de Meadowes no era más que un estúpido inglés; o sea, la clase de persona que se cree todo lo que se le cuenta. Tommy deseó

con toda su alma que Haydock continuara creyéndolo así.

Siguió hablando y demostró un vivo interés y curiosidad. Sabía que no debía hacer preguntas, pero… «Estaba seguro de que el trabajo del teniente de navío Haydock debía ser muy peligroso. ¿Había estado alguna vez trabajando en Alemania?».

El otro replicó con bastante cordialidad. Ahora desempeñaba con gran ahínco su papel de marino inglés. El oficial prusiano se había desvanecido. Pero Tommy, que consideraba entonces las cosas bajo distinto punto de vista, se extrañó de que anteriormente hubiera sido engañado con tanta facilidad. La forma de la cabeza… la línea de la mandíbula… No había nada británico en ellas.

Al cabo de un rato, el señor Meadowes se levantó. Era la prueba suprema. ¿Podría salir de allí sin novedad?

—Tengo que irme, pues se está haciendo algo tarde. No sabe cuánto siento lo ocurrido, pero puede tener la seguridad de que no diré ni una palabra a nadie.

Y en su interior pensó:

«Tiene que ser ahora o nunca. ¿Me dejará ir o no? Debo estar prevenido… un directo a la mandíbula será lo mejor…».

Mientras hablaba afablemente y con gran agitación, el señor Meadowes se dirigió hacia la puerta.

Ya estaba en el vestíbulo… ya había abierto la puerta de la calle…

Por una puerta entreabierta, situada a su derecha, vislumbró a Appledore, que estaba arreglando una bandeja para el desayuno de la mañana siguiente. ¡Parecía que aquellos tontos le iban a dejar marchar!

Tommy y su anfitrión permanecieron en el porche, charlando; arreglando otra partida de golf para el próximo sábado.

El primero pensó:

«Se han acabado para ti las partidas de golf, amiguito».

Desde el camino que pasaba ante la casa llegó hasta ellos el ruido de unas voces. Eran dos hombres que regresaban de dar un largo paseo hasta el promontorio. Tanto Tommy como el teniente de navío los conocían muy superficialmente, pero Tommy los saludó en voz alta y ambos se detuvieron. Los recién llegados cambiaron algunas palabras con Haydock y su invitado, que habían

salido hasta la cancela del jardín, y al poco, Tommy se despidió cordialmente del marino y se marchó con los dos excursionistas.

Había conseguido escapar.

Aquel tonto de Haydock se había creído su comedía.

Oyó cómo el marino entraba en la casa y cerraba la puerta. Y Tommy caminó alegremente, cuesta abajo, junto con sus dos nuevos amigos.

Parecía que el tiempo iba a cambiar.

Monroy estaba otra vez bajo de juego.

Ese chico, Ashby, no quería alistarse en el cuerpo local de voluntarios, pues decía que era perder el tiempo. Pero aquello era exagerar las cosas. Y el joven Marsh, el ayudante del jefe de los «*caddies*»[8] había alegado tener reparos de conciencia para no ir al frente. ¿No creía Meadowes que esta era una cuestión que debía llevarse a la junta del club? Anteanoche hubo un fuerte ataque en las instalaciones portuarias. ¿Qué creía Meadowes de España? ¿Intervendría en el conflicto? Claro que, desde que los franceses se derrumbaron…

Tommy hubiera gritado al oír tal conversación. Había sido providencial que aquellos dos hombres pasaran por allí en aquel preciso instante.

Se despidió de ellos ante la cancela de «Sans Souci» y entró en el jardín.

Acababa de dar la vuelta a un recodo oscuro, junto a unas matas de rododendros, cuando un objeto pesado cayó con gran fuerza sobre su cabeza. Se desplomó hacia delante y todo su ser pareció sumergirse en la oscuridad y en el olvido.

Capítulo X

1

—¿Ha dicho usted tres picos, señora Blenkensop?

Sí, la señora Blenkensop había subastado tres picos. La señora Sprot, que había sido llamada al teléfono, volvió casi sin aliento y después de explicar que habían cambiado de nuevo la hora para el reconocimiento que debía pasar en la Defensa Pasiva, pidió que se repitiera la subasta.

La señorita Minton, como de costumbre, retrasó las cosas con sus incesantes repeticiones.

—¿Dije dos tréboles? ¿Están seguras? Pues yo más bien creo que debí decir un «sin triunfo». ¡Ah, claro que sí! Ahora lo recuerdo. La señora Cayley subastó un corazón, ¿verdad? Yo iba a decir un «sin triunfo», aunque no había acabado de contar; pero creo que hay que jugar sin arredrarse. Y entonces la señora Cayley cantó un corazón y yo tuve que subastar dos tréboles. Siempre he creído que es muy difícil subastar cuando se tienen dos series cortas.

Algunas veces, pensó Tuppence, hubiera ganado tiempo si la señorita Minton hubiera puesto todas sus cartas boca arriba para que las vieran los demás.

Era incapaz de callarse el juego que tenía.

—Bueno; ahora queda todo arreglado —dijo la señorita Minton triunfalmente—. Un corazón; dos tréboles.

—Dos picos —subastó Tuppence.

—Yo pasé, ¿verdad? —preguntó la señora Sprot.

Todas miraron a la señora Cayley, que estaba inclinada hacia delante, escuchando. Pero la señorita Minton cogió otra vez la

palabra.

—Luego la señora Cayley cantó dos corazones y yo tres diamantes.

—Yo subí a tres picos —observó Tuppence.

—Paso —anunció la señora Sprot.

La señora Cayley siguió callada, hasta que por fin se dio cuenta de que las demás jugadoras la estaban mirando.

—¡Dios mío! —exclamó, sonrojándose—. Lo siento mucho. Estaba pensando que tal vez mi marido me necesitara. Espero que se encuentre bien en la terraza.

Miró a sus compañeras de juego.

—Quizá, si no les importa, sería mejor que fuera a ver. Oí un ruido extraño. Tal vez haya dejado caer el libro.

Y salió apresuradamente por la ventana francesa que daba a la terraza. Tuppence lanzó un exasperado suspiro de inmenso desahogo.

—Debía llevar un cordel atado a la muñeca —comentó—. Así, su marido no tendría más que tirar de él cuando la necesitara.

—Es una esposa muy adicta —dijo la señorita Minton—. Resulta conmovedor ver una cosa así, ¿verdad?

—¿De veras? —replicó Tuppence, que distaba mucho de sentir buen humor.

Las tres mujeres guardaron silencio durante unos instantes.

—¿Dónde está Sheila esta noche? —preguntó la señorita Minton.

—Se fue al cine —contestó la señora Sprot.

—¿Y dónde está la señora Perenna? —indagó Tuppence.

—Dijo que se iba a su habitación a sacar unas cuentas —explicó la señorita Minton—. Pobrecita. ¡Qué aburrido es tener que hacer cuentas!

—Pues no estuvo todo el tiempo en su cuarto —observó la señora Sprot— porque la vi entrar en la casa cuando estaba yo en el vestíbulo hablando por teléfono.

—No sé dónde podrá haber ido —dijo la señorita Minton, cuya vida parecía estar dedicada a estas minúsculas preocupaciones—. Al cine es seguro que no, pues todavía no ha terminado.

—No llevaba puesto el sombrero —comentó la señora Sprot—. Ni el abrigo. Tampoco iba peinada y me parece que acababa de dar

una carrera o algo parecido. Casi no podía respirar. Corrió escalera arriba sin decirme ni una palabra, y me lanzó una mirada…, ¡qué mirada…!, aunque estoy segura de que no he hecho ninguna cosa por la que pueda censurarme.

En aquel momento reapareció la señora Cayley.

—Es extraño —dijo—. El señor Cayley ha dado él solo una vuelta por el jardín. Y me ha dicho que le ha gustado mucho, pues hace una noche muy templada.

Volvió a tomar asiento.

—Veamos… ¡Oh! ¿Creen ustedes que tendremos que repetir otra vez la subasta?

Tuppence reprimió un rebelde suspiro. Volvieron a subastar hasta que dejaron que jugara sus tres picos.

La señora Perenna llegó cuando cortaban la baraja para la siguiente mano.

—¿Le ha gustado su paseo? —preguntó la señorita Minton dirigiéndose a Perenna.

La mujer la miró fijamente. Fue una mirada torva y desagradable.

—No he salido —replicó.

—¡Oh…! ¡Oh…! Pues creía que la señora Sprot dijo que acababa usted de llegar.

—Sólo salí para ver cómo estaba el tiempo —dijo la señora Perenna.

Su tono era desagradable. Dirigió una mirada hostil a la sumisa señora Sprot, que se sonrojó y pareció asustarse ante aquella mirada.

—¡Fíjese! —intervino la señora Cayley, queriendo contribuir con sus propias noticias—. Mi marido dio un paseíto por el jardín.

—¿Y por qué lo hizo? —preguntó secamente la señora Perenna.

—Hace una noche muy buena —indicó la señora Cayley—. Ni siquiera se ha puesto la segunda bufanda y todavía no quiere entrar en la casa. Espero que no cogerá un resfriado.

—Hay cosas peores que un resfriado —dijo la dueña de la pensión—. En cualquier momento puede caer una bomba que nos haga pedazos.

—¡Dios mío! Espero que no ocurra eso.

—¿De veras? Pues yo sí lo quisiera.

La señora Perenna, después de decir esto salió a la terraza y las cuatro jugadoras de bridge quedaron mirándose, atónitas.

—Esta noche está más rara que de costumbre —dijo la señora Sprot.

La señorita Minton se inclinó hacia delante.

—¿No creen ustedes…? —miró hacia los lados y las demás también se inclinaron, hasta casi juntar las cabezas—. ¿Creen ustedes que le gusta la bebida? —dijo la señorita Minton con un sibilante susurro.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Cayley—. ¿Será eso? Si fuera así, todo quedaría explicado. En realidad, a veces resulta… inexplicable. ¿Qué opina usted, señora Blenkensop?

—No creo que sea eso. Me figuro que está preocupada por algo. Ejem… ahora le corresponde a usted hablar, señora Sprot.

—¿Y qué podría yo subastar? —preguntó la aludida dando una ojeada a sus cartas.

Nadie se ofreció a decírselo, aunque la señorita Minton, que le había estado viendo el juego con descocado interés, podía haberle aconsejado sobre tal extremo.

—No habrá sido Betty, ¿verdad? —preguntó la señora Sprot, levantando la cabeza y escuchando.

—No, no lo es —replicó firmemente Tuppence.

Sintió unas ganas locas de gritar, a menos que pudieran continuar la partida.

La señora Sprot, contempló su juego, pero con el pensamiento puesto, al parecer, en sus deberes maternales. Al fin dijo:

—Pues creo que un diamante.

Siguió la subasta y la señora Cayley hizo la salida.

—Si tienes duda, juega un triunfo. Eso es lo que dicen.

Titubeó un poco y jugó el nueve de diamantes.

Una voz profunda y jovial retumbó en la habitación.

—¡Vaya jugada que acaba de hacer!

La señora O'Rourke apareció en la ventana que daba a la terraza. Respiraba agitadamente y sus ojos resplandecían. Tenía un aspecto socarrón y malicioso.

—Una partida de bridge, ¿verdad? —dijo mientras avanzaba

hacia el interior de la habitación.

—¿Qué lleva en la mano? —preguntó la señora Sprot con interés.

—Un martillo —explicó amablemente la recién llegada—. Lo encontré en el camino, poco después de la cancela. No hay duda de que alguien lo dejó allí.

—Es un sitio bastante extraño para dejarse un martillo —replicó la señora Sprot con acento de duda.

—Desde luego —convino la señora O'Rourke.

Parecía estar de un buen humor bastante particular. Balanceando el martillo por el mango salió del vestíbulo.

—Vamos a ver —dijo la señorita Minton—. ¿Qué son triunfos?

El juego prosiguió durante cinco minutos sin otra interrupción y luego entró el mayor Bletchley. Había estado en el cine y procedió a contar con todo detalle el argumento de «La doncella errante», situado en el reinado de Ricardo I. Y el mayor, como buen militar, criticó con alguna extensión las escenas relativas a las sabidas batallas de los cruzados.

No acabaron aquel «*rubber*», porque la señora Cayley al mirar el reloj descubrió que era ya una hora muy avanzada. Lanzando pequeños gritos de horror, salió a buscar al señor Cayley. Y este último, desempeñando el papel de inválido olvidado por todos, se divirtió en gran manera tosiendo sepulcralmente, estremeciéndose con gesto dramático y repitiendo varias veces:

—Está bien, está bien, querida. Espero que lo habrás pasado bien jugando. En cuanto a lo mío no tiene importancia. Aunque hubiera cogido un buen resfriado, ¿qué importancia podía tener? Estamos en guerra.

2

Durante el desayuno, a la mañana siguiente, Tuppence se dio cuenta de que había cierta tensión en el ambiente.

La señora Perenna, con los labios más apretados que de costumbre, puso una definida acidez en las pocas observaciones que hizo. Salió del comedor con lo que podía calificarse de un revuelo

de faldas.

El mayor Bletchley, mientras esparcía una espesa capa de mermelada sobre su tostada, lanzó una risita.

—Parece que se respira un aire bastante helado —observó—. ¡Bueno, bueno! Supongo que era de esperar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la señorita Minton.

Avanzó el cuerpo con ansiedad, mientras su delgado cuello parecía retorcerse con anticipada satisfacción.

—No creo que deba repetir esos cuentos por ahí —replicó el mayor con alguna irritación.

—¡Oh! ¡Mayor Bletchley!

—Díganoslo —rogó Tuppence.

El militar miró pensativamente a su audiencia, o sea, a la señorita Minton, la señora Blenkensop, la señora Cayley y la señora O'Rourke. La señora Sprot y Betty acababan de marcharse.

El mayor Bletchley decidió hablar.

—Se trata de Meadowes —dijo—. Se ha pasado toda la noche fuera y todavía no ha regresado a casa.

—¿Qué? —exclamó Tuppence.

El mayor le dirigió una mirada complacida y maliciosa. Le divertía el desconcierto de la intrigante viuda.

—Buen tunante está hecho ese Meadowes —bromeó—. La Perenna se ha disgustado, como es natural.

—¡Dios mío! —dijo la señorita Minton enrojeciendo.

La señora Cayley demostró sorpresa y la señora O'Rourke se limitó a lanzar una risita apagada.

—Ya me lo había dicho la señora Perenna —indicó—. Al fin y al cabo, no se puede esperar otra cosa de los chicos.

La señorita Minton comentó con ansiedad:

—Pero seguramente… tal vez el señor Meadowes haya sufrido un accidente. Con todo eso del oscurecimiento…, ya saben ustedes.

—Pobre oscurecimiento —dijo el mayor Bletchley—. De cuántas cosas le hacen responsable. Les aseguro que el salir de patrulla con los de la vigilancia local, sirve para abrir los ojos a muchos. El detener coches y todo lo demás, ya saben. Hay que ver la de esposas que salen para ir a buscar al marido. ¡Hasta llevan tarjetas de identidad que no son las suyas! Y la esposa o el marido que vuelven

solos, por otro camino, unas cuantas horas después. ¡Ja, ja!

Rio por lo bajo y luego recompuso rápidamente su semblante al recibir el impacto de la mirada de desaprobación que le dirigió la señora Blenkensop.

—Es la naturaleza humana. Resulta humorístico, ¿eh? —prosiguió el mayor con tono apaciguador.

—Pero el señor Meadowes tiene que haber sufrido un accidente —insistió la señorita Minton—. Tal vez lo atropello un coche.

—Eso será lo que seguramente nos contará —dijo Bletchley—. Un coche le atropello y estuvo sin sentido hasta esta mañana, en que ha vuelto en sí.

—Quizá lo hayan llevado al hospital.

—Ya nos lo habrían comunicado. Y, al fin y al cabo, lleva consigo la tarjeta de identidad, ¿verdad?

—¡Dios mío! —observó la señora Cayley—. ¿Qué dirá el señor Cayley?

Esta pregunta retórica quedó sin respuesta. Tuppence, afectando una ofendida dignidad, se levantó y salió del comedor.

El mayor Bletchley rio cuando la puerta se cerró tras ella.

—Pobre Meadowes —dijo—. La hermosa viuda se ha disgustado. Pensaba que ya lo tenía cogido en su anzuelo.

—Por favor, mayor Bletchley —rogó la señorita Minton.

Y el militar guiñó un ojo.

—¿Recuerda usted a Dickens? «Guárdate de las viudas, Sammy».

3

Tuppence se intranquilizó un poco ante la imprevista ausencia de Tommy. pero trató de no preocuparse por ello. Posiblemente se había encontrado con una pista reciente y la estaba siguiendo sin dilación. La dificultad de comunicarse entre ellos, en tales circunstancias, ya había sido prevista y ambos convinieron en que no debían inquietarse indebidamente cuando uno de los dos se ausentara sin más explicaciones. Para tales emergencias habían planeado ciertas estratagemas.

La señora Perenna, según dijo la señora Sprot, había salido la

noche anterior. Y la vehemencia con que negó tal hecho hacía que su ausencia fuera más interesante y propicia a toda clase de especulaciones.

Era posible que Tommy la hubiera seguido durante su paseo y que ella se hubiera entrevistado con alguien al que valiera la pena vigilar inmediatamente.

No había duda de que trataría de ponerse en comunicación con Tuppence, utilizando uno de los métodos convenidos. De no ser así, pronto reaparecería en «Sans Souci».

Pero de todas formas, Tuppence no pudo evitar un ligero sentimiento de intranquilidad. Decidió que en su papel de señora Blenkensop resultaría perfectamente natural demostrar alguna curiosidad y hasta ansiedad. Así es que sin más preámbulos, fue a buscar a la señora Perenna.

La dueña de la pensión no pareció dispuesta a extenderse mucho sobre el asunto. Hizo patente que tal conducta por parte de uno de sus huéspedes no iba a ser pasada por alto en lo más mínimo, ni tampoco estaba en su ánimo comentarla.

Tuppence exclamó, casi sin aliento:

—Pero tal vez haya sufrido un accidente. Estoy segura de ello. No es de esa clase de hombres. No tiene tal clase de ideas relajadas, ni nada que se le parezca. Lo debe haber atropellado un coche.

—Probablemente, pronto sabremos a qué atenernos respecto a eso —respondió la señora Perenna.

Pero pasó el día y el señor Meadowes no apareció.

Al anochecer, la señora Perenna, forzada por los ruegos de sus huéspedes, convino, aunque de mala gana, en llamar a la policía.

Poco después llegó un sargento que anotó en su libreta todo lo relacionado con el caso. Con tal motivo se pusieron de manifiesto determinados hechos. El señor Meadowes había salido a las diez y media de casa del teniente de navío Haydock. Desde allí se dirigió, junto con un tal señor Walters y el doctor Curtis, hasta la cancela de «Sans Souci», donde se despidió de ellos, entrando luego en el camino que conducía a la casa.

A partir de aquel momento, el señor Meadowes parecía haberse disuelto en el aire.

A la vista de estos hechos, en la mente de Tuppence se formaron

dos posibilidades.

Mientras caminaba por el sendero, Tommy pudo ver venir hacia él a la señora Perenna. Se escondió entre los arbustos y luego la siguió. Y habiendo presenciado su entrevista con alguna persona desconocida, tal vez decidió seguir a esta última, mientras la señora Perenna volvía a «Sans Souci». En tal caso, Tommy debía estar vivo y muy ocupado siguiendo una pista. Pero, de ser así, los sinceros esfuerzos que hiciera la policía para encontrarle, podían resultar a la larga bastante embarazosos, por las explicaciones que habrían de darse.

La otra posibilidad no era tan agradable. Se desdoblaba en dos escenas. Una de ellas, la de la señora Perenna entrando en la casa «sin aliento y despeinada». Y la otra, una que no podía borrarse de su mente, la de la señora O'Rourke, sonriendo en la ventana de la terraza, con un pesado martillo en la mano.

Aquel martillo ofrecía horribles posibilidades.

¿Qué podía hacer un martillo en el camino?

Y respecto a la cuestión de quién pudiera haberlo utilizado, la cosa era más difícil de asegurar. Buena parte de ello dependía de la hora exacta en que la señora Perenna entró en casa. Ciertamente, fue alrededor de las diez y media, pero ninguna de las jugadoras de «bridge» se había fijado en la hora con exactitud. La señora Perenna había declarado vehementemente que no había salido, excepto para dar una ojeada al tiempo. Pero, en todo caso, no se pierde el aliento por ver qué tal tiempo hace. No existía ninguna duda de que le resultó muy enojoso el que la señora Sprot la hubiera visto entrar. Con un poco de suerte, podía haber tenido la seguridad de que las cuatro señoras estaban entretenidas jugando al «bridge».

¿A qué hora entró, exactamente?

Tuppence encontró a todos en extremo indefinidos respecto a este asunto.

Si la hora coincidía, la señora Perenna era la persona más sospechosa. Pero también existían otras posibilidades. Tres de los habitantes de «Sans Souci» estaban ausentes en el momento en que Tommy regresó. El mayor Bletchley estuvo en el cine; pero se había ido solo y la forma en que había insistido en contarles la película con tanta meticulosidad podía sugerir a una mente desconfiada que

deliberadamente se estaba preparando una coartada.

Luego estaba el valetudinario señor Cayley, que había dado un paseo alrededor del jardín. Pero a no ser por la ansiedad que demostró la señora Cayley respecto a su esposo, nadie se hubiera enterado de tal paseo y todos hubieran creído que el señor Cayley estaba fuera en la terraza, envuelto en gran cantidad de mantas y bien acondicionado en una silla. Aunque, en realidad, no parecía ser cosa normal en él, la circunstancia de que se arriesgara por tanto tiempo al contacto del aire nocturno.

Y por último, estaba la señora O'Rourke, blandiendo el martillo y sonriendo…

4

—¿Qué te pasa, Deb? Pareces preocupada, nena.

Deborah Beresford se sobresaltó, pero luego se echó a reír mientras miraba con franqueza los ojos castaños y simpáticos de Tony Mardson. Le gustaba Tony. Tenía talento. Era uno de los más destacados principiantes del Departamento de Claves y todos opinaban que llegaría lejos.

A Deborah le encantaba su trabajo, aunque encontraba que él mismo requería de ella una gran cantidad de su poder de concentración. Era fatigoso, pero valía la pena y le proporcionaba una agradable sensación de importancia. Esto era un trabajo de verdad y no aquello de ir de hospital en hospital, esperando encontrar la oportunidad de que la admitieran como enfermera.

—¡Oh! No me pasa nada. Tan sólo me preocupa la familia, ya sabes.

—Las familias resultan un poco cargantes. ¿Qué pasa con la tuya?

—Se trata de mi madre. Si he de decirte la verdad, estoy un poco preocupada por ella.

—¡Vaya! ¿Qué ha pasado?

—Pues verás. Se fue a Cornwall; a cuidar a una exasperante y anciana tía. Setenta y ocho años y la pobre ya no coordina bien.

—Sí que es grave eso —comentó el joven.

—Sí; fue un gesto muy generoso por parte de mi madre. Pero estaba un poco desilusionada porque, al parecer, nadie necesita sus servicios en esta guerra. Desde luego, sirvió como enfermera e hizo otras cosas en la guerra pasada; mas ahora es diferente por completo y no necesitan gente ya entrada en años. Quieren gente joven y dispuesta. Bueno; pues como te decía, mi madre quedó un tanto desilusionada con todo ello y a poco se fue a Cornwall para quedarse con tía Gracie. Y allí se entretenía, además, trabajando en el jardín de la casa, donde han plantado verduras y cosas así.

—Me parece muy bien —dijo Tony.

—Sí; era lo mejor que podía hacer. Todavía es muy activa —explicó Deborah.

—Bueno; como ya te dije, me parece muy bien.

—Desde luego. Pero no se trata de eso. Yo estaba completamente satisfecha, respecto a ella. Recibí una carta suya, hace tan sólo dos días, y me pareció en aquella fecha que me sentía feliz.

—¿Qué te aflige, entonces?

—Lo que pasa es que le dije a Charles, que si iba hasta Cornwall para ver a su familia, que pasara a visitar A mi madre. Así lo hizo, pero no la encontró.

—¿No estaba allí?

—No. Y lo malo es que nunca estuvo. Por lo menos, eso parecía.

Tony mostró cierta turbación.

—Es raro —murmuró—. ¿Dónde está… tu padre?

—«Cabeza de Zanahoria» está por algún lugar de Escocia. En uno de esos horribles Ministerios donde se pasan el día rellenando formularios por triplicado hasta llegar a saciarse.

—¿Y tu madre no fue a reunirse con él?

—No puede. Mi padre está en una de esas áreas donde no permiten la entrada de los cónyuges.

—¡Oh!… ejem… bueno; supongo que se habrá ido a cualquier otro sitio.

Tony estaba ahora definitivamente turbado; y de manera especial cuando los grandes y preocupados ojos de Deborah se fijaron en él.

—Sí, pero ¿por qué? Es muy extraño. En todas sus cartas…

hablaba de tía Gracie, del jardín y de lo demás.

—Ya lo sé, ya lo sé —se apresuró a decir Tony—. Por lo visto, ella quería que creyeras… me refiero a que… en estos tiempos; bueno… la gente se despista de cuando en cuando. Ya sabes qué quiero decir…

La mirada de Deborah, hasta entonces preocupada, se volvió de pronto colérica.

—Si crees que mi madre se ha ido con alguien a pasar el fin de semana, estás equivocado por completo. Absolutamente. Mi madre y mi padre se quieren mucho… y de verdad. Es un tema sobre el que le gastamos bromas. Ella nunca…

Tony dijo precipitadamente:

—Claro que no. Lo siento. No quería…

Una vez apaciguada su cólera, Deborah reflexionó y frunció el ceño.

—Lo raro es que alguien me dijo el otro día que había visto a mi madre en Leahampton. Yo le repliqué que era imposible, pues estaba en Cornwall, pero ahora me pregunto si…

Tony, que estaba a punto de aplicar la llama de una cerilla a su cigarrillo, se detuvo de pronto y la cerilla se apagó.

—¿Leahampton? —preguntó secamente.

—Sí. Precisamente el sitio donde menos podías figurarte que iría mi madre. Allí no hay nada que hacer, y todos son coroneles retirados y viejas solteronas.

—No parece ser un sitio muy apropiado, desde luego —convino Tony.

Encendió el cigarrillo y preguntó como al azar:

—¿Qué hizo tu madre en la última guerra?

Deborah contestó mecánicamente:

—Fue enfermera y condujo el coche de un general. Lo que normalmente puede hacer una mujer.

—Pensé que, tal vez, hubiera estado, como tú… en el Servicio Secreto.

—Mi madre no hubiera tenido nunca suficiente seso para hacer esta clase de trabajo. Creo, sin embargo, que ella y mi padre hicieron algo relacionado con una investigación. Documentos secretos y espías de campanillas; cosas así. Pero ya sabes, los pobres

lo exageran todo lo que pueden y lo presentan como si hubiera sido de una importancia tremenda. Por nuestra parte, no les animamos mucho para que hablen de ello, porque ya sabes cómo son los padres. Te cuentan la misma historia una y otra vez.

—Sí, claro, claro —convino Tommy cordialmente—. Estoy completamente de acuerdo contigo.

Al día siguiente, cuando Deborah volvió a la pensión donde vivía, notó alguna cosa rara en el aspecto de su habitación.

Le costó varios minutos averiguar la causa de ello. Luego apretó el botón del timbre y preguntó con indignación a su patrona qué había ocurrido con la gran fotografía que siempre estaba encima de la cómoda.

La señora Rowley demostró su pesadumbre, mezclada con cierto resentimiento.

No podía explicarse aquello. No había tocado la fotografía para nada. Tal vez Gladys…

Pero también Gladys negó toda participación en la desaparición de la fotografía. Y añadió con tono de convencimiento, que posiblemente hubiera sido el empleado del gas.

Mas Deborah no estaba dispuesta a creer que a un empleado de la compañía del gas le hubiera gustado y se hubiera llevado el retrato de una señora ya entrada en años.

Era mucho más probable, según opinaba Deborah, que Gladys hubiera roto el marco de la fotografía y hubiera hecho desaparecer en el cubo de la basura todas las pruebas de su crimen.

La joven no organizó ningún revuelo sobre aquella cuestión. Vería la forma de que su madre le mandara otra fotografía.

Y pensó con creciente disgusto:

«¿Qué es lo que estará haciendo? Debe decírmelo. Desde luego, es una solemne tontería sugerir, como ha hecho Tony, que se haya ido con alguien; pero de todas formas, es muy extraño…».

Capítulo XI

1

Le tocó entonces a Tuppence hablar con el pescador, al final del embarcadero viejo. Esperaba, contra toda lógica, que el señor Grant tuviera alguna buena noticia que darle. Pero sus esperanzas pronto se vieron frustradas, pues Grant le aseguró formalmente que no tenía noticia alguna de Tommy.

Esforzándose para que su voz pareciera tranquila, como si el asunto no le concerniera, Tuppence observó:

—No hay razón para suponer que la haya pasado algo.

—Ninguna en absoluto. Pero supongamos que sí la hay.

—¿Qué?

—Decía que… suponiendo que la haya, ¿qué hará usted?

—¡Oh! Ya entiendo… pues yo… continuaré, desde luego.

—Eso es. «Ya habrá tiempo de llorar después de la batalla». Y ahora estamos en lo más reñido de ella. Tenemos poco tiempo. Uno de los informes que nos proporcionó usted ha resultado ser cierto. Lo que oyó respecto al «cuarto». Se trata del día cuatro del mes próximo. Es la fecha fijada para el ataque contra nuestro país.

—¿Está seguro?

—Bastante. Nuestros enemigos son muy metódicos y todos sus planes están trazados con gran detalle. Desearía poder decir lo mismo de nosotros. No estamos muy duchos en estas cosas. Sí, el día cuatro es el día «D». Todos esos ataques aéreos no son más que simples reconocimientos. Están comprobando nuestras defensas y nuestras reacciones ante los bombardeos. El día cuatro es cuando se lanzarán a fondo.

—Pero sabiendo eso…

—Sabemos que ya han fijado el día, y conocemos, o por lo menos así lo creemos, aproximadamente dónde será… aunque podamos estar equivocados. Dentro de lo que cabe, estamos preparados. Pero es la vieja historia del sitio de Troya. Sabemos cuáles son las fuerzas con que van a atacar. Pero lo que nos interesa conocer son los efectivos de que disponen aquí. Los hombres que tienen dentro del caballo de madera. Porque son ellos los que pueden darles las llaves de la fortaleza. Una docena de hombres, situados en altos cargos, con mandos en puntos vitales, pueden dar órdenes contradictorias y con ello situar al país en un estado de confusión tal, que el plan de los alemanes sea llevado a cabo sin tropiezo. Por eso tenemos que conseguir esa información sin pérdida de tiempo.

Tuppence exclamó con acento desanimado:

—Pero yo me siento tan inútil… con tan poca experiencia que…

—No tiene por qué preocuparse de ello. Tenemos trabajando en este asunto a gente con mucha experiencia. A todos los mejores de que disponemos. Pero cuando se trata de una traición interior no podemos saber de quién hemos de fiarnos. Usted y Beresford constituyen las fuerzas irregulares. Nadie les conoce y por eso tienen una oportunidad de triunfar, como así lo han conseguido hasta cierto punto.

—¿Podría hacer que alguno de los suyos se ocupara de la señora Perenna? Tiene que haber alguien del que pueda fiarse por completo.

—Ya lo hemos hecho. Pero con la excusa de que la señora Perenna pertenece al I. R. A.[9] Eso, además es cierto; pero no hemos podido conseguir ninguna prueba más. Así es que debe usted continuar, señora Beresford. Adelante y hágalo lo mejor que pueda.

—El día cuatro —dijo Tuppence—. Nos queda poco más de una semana.

—Una semana exactamente.

Tuppence se estrujó las manos.

—¡Tenemos que conseguir algo! Y digo tenemos, porque creo que Tommy averiguó alguna cosa y esa es la razón de que haya desaparecido. Está siguiendo una pista. ¿Y si…?

Frunció el ceño, mientras planeaba un nuevo método de ataque.

2

—Ya ves, Alberto; es una posibilidad.

—Comprendo lo que quiere decir, señora; desde luego. Pero no me gusta mucho la idea, he de reconocerlo.

—Pues yo creo que dará resultado.

—Sí, señora. Aunque se expone usted demasiado, y eso es lo que no me gusta. Estoy seguro de que al señorito tampoco le agradaría.

—Ya lo hemos intentado todo por los métodos normales. Es decir, hemos hecho lo que hemos podido sin descubrirnos. Me parece que ahora, la única probabilidad que tenemos es salir al campo abierto.

—¿Se da cuenta, señora, de que con ello sacrificaría su ventaja?

—Hablas esta tarde como si fueras un locutor de la B. B. C., Albert —replicó Tuppence con perceptible irritación.

Albert quedó algo desconcertado y volvió a adoptar una forma de hablar más normal en él.

—Anoche estuve escuchando una emisión muy interesante, acerca de la vida en una balsa —dijo.

—No tenemos tiempo ahora para hablar de cómo se vive en una balsa —observó Tuppence.

—Lo que me gustaría saber es dónde está el capitán Beresford.

—Y a mí también —convino ella.

—No parece natural que desapareciera sin decir ni una palabra. Ya tenía que haberse puesto en comunicación con usted. Por eso…

—Sigue, Albert.

—Lo que quiero decir es que, si él se ha descubierto, tal vez sea mejor que usted no lo haga.

Hizo una pausa para coordinar sus ideas y luego prosiguió tranquilamente:

—Me refiero a que los otros se han enterado de quién es, pero no saben nada de usted. Y por ello no debe descubrirse todavía.

—Desearía poder hacerme el ánimo —suspiró Tuppence.

—¿De qué forma piensa usted abordar este asunto, señora?

Tuppence murmuró pensativamente:

—Creo que debo perder una carta escrita por mí, organizando un buen revuelo acerca de ello y demostrando un gran trastorno. Luego la encontrarán en el vestíbulo y Beatrice la pondrá, posiblemente, sobre la mesa. Y entonces, la persona que me interesa le dará una ojeada.

—¿Y qué pondrá en la carta?

—Pues, en términos generales, que he tenido éxito al descubrir a «la persona en cuestión» y que mañana informaré con más amplitud. Después, como comprenderás, «N» o «M» tendrán que descubrirse cuando intenten eliminarme.

—Sí y además, posiblemente lo consigan.

—No ocurrirá tal cosa si estoy prevenida. Me figuro que me atraerán con engaños a cualquier sitio alejado y solitario. Y ahí es precisamente donde entras tú; porque ellos no saben ni que existes.

—Tengo que seguirlos y cogerlos con las manos en la masa, ¿no es eso?

Tuppence asintió.

—Ese es mi propósito. Tengo que pensarlo todo con mucho cuidado, y ya te veré mañana.

3

Salía Tuppence de una librería del pueblo en que alquilaban novelas, llevando bajo el brazo lo que le había sido recomendado como «un libro muy interesante», cuando se sobresaltó al oír una voz que decía:

—Señora Beresford.

Dio la vuelta rápidamente y vio a un joven alto y moreno que le sonreía agradablemente, aunque con un ligero aire de embarazo.

—Ejem… —carraspeó el muchacho—. Temo que no se acordará de mí.

Tuppence estaba acostumbrada a este procedimiento. Hubiera predicho con absoluta exactitud las palabras que seguirían.

—Yo… ejem… estuve un día en su casa, con Deborah.

¡Los amigos de Deborah! Demasiados y, según opinaba

Tuppence, todos singularmente iguales. Algunos morenos, como aquel joven; otros rubios y algunas veces pelirrojos; pero todos fundidos en el mismo molde. Agradables, de buenas maneras y con el pelo demasiado largo, bajo el punto de vista de Tuppence. Aunque cuando ella resaltaba tal punto, Deborah solía contestarle: «Pero mamá; no vivas todavía a la moda de mil novecientos dieciséis. No aguanto el pelo corto».

Era un fastidio el haberse tropezado con un amigo de Deborah y que este la hubiera reconocido, precisamente entonces. Sin embargo, esperaba poder sacudírselo de encima pronto.

—Soy Anthony Mardson —explicó el joven.

—Claro que sí —admitió Tuppence.

Y le estrechó la mano.

Tony Mardson prosiguió:

—No sabe cuánto me alegro de haberla encontrado, señora Beresford. Estoy trabajando con Deborah y resulta que ha ocurrido una cosa algo delicada.

—¿Sí? —dijo Tuppence—. ¿Y qué ha sido ello?

—Bueno; pues verá. Deborah se ha enterado de que no está usted en Cornwall, como ella creía. Y eso la pone a usted en una situación bastante embarazosa, ¿verdad?

—¡Qué fastidio! —exclamó Tuppence con inquietud—. ¿Cómo se enteró?

Tony se lo explicó y luego prosiguió con alguna timidez:

—Deborah, desde luego, no sabe lo que está usted haciendo.

Hizo una discreta pausa y a continuación dijo:

—Creo que es muy conveniente que ella no se entere. Mi trabajo, en realidad, es semejante al de usted. Paso por ser un principiante en el Departamento de Claves; pero lo cierto es que tengo instrucciones de demostrar una ligera simpatía hacia los nazis. Admiración hacia su sistema, insinuaciones de que no estarla mal una alianza con Hitler y cosas por el estilo. Todo ello para ver cómo respiran los otros. Ya sabe usted que hay mucha porquería en los departamentos ministeriales y necesitamos saber quién está detrás de todo ello.

«Porquería por todos lados», pensó Tuppence.

—Pero tan pronto como Deb me contó lo de usted —continuó el

joven— pensé que lo mejor era venir inmediatamente y prevenirla, al objeto de que pudiera usted preparar una historia convincente. He de confesarle que estoy enterado de lo que está usted haciendo aquí, lo cual es de vital importancia. Sería desastroso que trasluciera por ahí su verdadera personalidad. Creo que, tal vez, le será posible hacer ver que ha ido a reunirse con su marido en Escocia o donde esté. Debe decir que le han permitido trabajar con él.

—Eso debo hacer, desde luego —convino Tuppence con aire abstraído.

Tony Mardson preguntó con ansiedad:

—No creerá usted que me estoy metiendo donde no me llaman, ¿verdad?

—No, no. Le estoy muy agradecida.

El joven prosiguió incongruentemente:

—Yo… bueno… aprecio mucho a Deborah.

Tuppence le dirigió una rápida y divertida mirada.

Qué lejos parecía aquel mundo de jóvenes atentos, en el que Deb, a pesar de sus brusquedades, no parecía poder quitárselos de encima. Aquel joven, pensó, era un ejemplar muy atractivo.

Desechó lo que ella llamaba «pensamientos del tiempo de la paz» y se concentró en la actual situación.

Al cabo de unos instantes observó lentamente:

—Mi marido no está en Escocia.

—¿De veras?

—No. Está aquí, conmigo. Mejor dicho, estaba. Ahora… ha desaparecido.

—Eso sí que está mal… o tal vez no. ¿Había averiguado algo?

Tuppence asintió.

—Eso creo. Por ello me figuro que su desaparición no es una mala señal. Tarde o temprano se pondrá en comunicación conmigo…, según tenemos convenido.

—Supongo que sabrá usted bien lo que debe hacer. Pero ha de tener cuidado.

Tuppence inclinó la cabeza asintiendo.

—Sé a qué se refiere. A las hermosas heroínas de los libros siempre se les engaña con facilidad. Pero Tommy y yo tenemos

nuestros métodos y nuestro lema —sonrió—. «Un penique sin adornos y dos peniques pintados».

—¿Qué?

El joven la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Debo aclararle a usted, que mi apodo familiar es «Tuppence».

—¡Oh! Ya comprendo —la frente del muchacho se despejó—. Es ingenioso…, ¿verdad?

—Así lo espero.

—No quisiera entrometerme… pero ¿puedo ayudarla en algún modo?

—Sí —respondió Tuppence pensativamente—. Creo que quizá pueda hacerlo.

Capítulo XII

1

Tras un largo período de inconsciencia, Tommy empezó a darse cuenta de una ígnea esfera que navegaba por el espacio. Y en el centro de ella había un núcleo de dolor. El universo se estremeció y la esfera se movió más lentamente, hasta que de pronto descubrió que el núcleo era su propia y dolorosa cabeza.

Poco a poco fue dándose cuenta de otras cosas; de sus piernas frías y entumecidas, del hambre que sentía y de la imposibilidad de mover los labios.

La bola de fuego se movía cada vez más despacio. Era ahora la cabeza de Tommy Beresford y descansaba sobre tierra firme. Muy firme. En realidad, sobre algo que se parecía extraordinariamente a piedra.

Sí; estaba tendido sobre un duro suelo de piedra. Le dolía todo el cuerpo; no se podía mover y se sentía extremadamente hambriento, helado e incómodo.

Seguramente, aunque las camas de la señora Perenna nunca se distinguieran por su blandura, aquello no podía ser…

¡Claro que sí!… ¡Haydock! ¡La emisora de radio! ¡El criado alemán! Cuando entró por la cancela de «Sans Souci» alguien, detrás de él, le había abatido de un golpe. Y esa era la razón de su dolorida cabeza.

¡Y pensar que había creído poder escapar con todo lo que sabía! Por lo visto, Haydock no era tan tonto como supuso.

¿Haydock? Haydock había entrado en «El descanso del contrabandista» y había cerrado la puerta. ¿Cómo se las había

arreglado para bajar la colina y esperarlo en la entrada de «Sans Souci»?

No podía haberlo hecho, pues Tommy lo hubiera visto.

¿El criado, entonces? ¿Lo había enviado para que le esperara? Pero Tommy recordó que mientras cruzaba el vestíbulo había visto a Appledore en la cocina, cuya puerta estaba entreabierta. ¿Acaso se imaginó que vio al criado allí? Tal vez esto fuera la explicación.

De todas formas, nada importaba ahora. Lo que debía hacer era enterarse de dónde se encontraba.

Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, se fijaron en un rectángulo de luz tenue. Una ventana o una pequeña reja. El aire era frío y olía a moho. Dedujo que le habían encerrado en un sótano. Estaba atado de pies y manos, y en la boca le habían introducido una mordaza que aseguraron con un pañuelo.

«Parece como si ya estuviera listo», pensó Tommy.

Trató cuidadosamente de mover el cuerpo y las piernas, pero no tuvo éxito.

En aquel momento se oyó un ligero crujido y se abrió una puerta situada a sus espaldas. Entró un hombre con una vela en la mano. Puso la vela en el suelo y Tommy reconoció entonces a Appledore. El criado volvió a salir y al cabo de un momento regresó con una bandeja sobre la que llevaba un jarro de agua, un vaso y un poco de pan y queso.

Se inclinó y comprobó el estado de las ligaduras que sujetaban las piernas de Tommy. Luego hizo lo mismo con la mordaza.

—Voy a quitársela —dijo con voz tranquila y monótona—. Para que pueda comer y beber. Sin embargo, si hace el menor ruido, se la volveré a poner inmediatamente.

Tommy trató de asentir con la cabeza y como esto le resultó absolutamente imposible, abrió y cerró los ojos repetidas veces.

Appledore tomó aquello como un asentimiento y con gran cuidado desató el pañuelo.

Una vez tuvo la boca libre, Tommy empleó un buen rato ejercitando la mandíbula. El criado le acercó el vaso de agua a los labios y al principio tragó con dificultad, pero luego ya lo hizo más fácilmente. El agua le hizo sentirse mucho mejor.

—Así está bien —murmuró Tommy con voz torpe—. Y ahora

dame de comer, Fritz… ¿o acaso te llamas Franz?

El otro replicó sosegadamente:

—Aquí me llamo Appledore.

Levantó el pan y el queso y Tommy empezó a comer con ansiedad.

Una vez terminada la comida y después de beber otro poco de agua, preguntó:

—¿Y qué viene ahora en el programa?

Por toda respuesta, Appledore volvió a coger la mordaza.

Tommy se apresuró a solicitar:

—Quiero ver al teniente de navío Haydock.

El criado sacudió la cabeza. Con gran destreza volvió a colocar la mordaza y luego salió del sótano.

Tommy quedó meditando en la oscuridad. Se despertó de un turbado sueño al oír el ruido de la puerta que se abría de nuevo. Esta vez Haydock acompañaba al criado. Le quitaron la mordaza y las ligaduras de los brazos, de modo que pudo sentarse y estirarlos.

Haydock llevaba en la mano una automática.

Y Tommy, sin mucha confianza en su interior, empezó a desempeñar su papel.

—Oiga, Haydock —dijo con indignación—. ¿Qué quiere decir todo esto? Primero me atacaron y luego me han secuestrado.

El marino hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No gaste el aliento —dijo—. No vale la pena.

—¿Acaso porque pertenece usted al Servicio Secreto se cree que…?

El otro volvió a sacudir la cabeza.

—No, no, Meadowes. Usted no se creyó esa historia. No hay necesidad de que siga pretendiéndolo.

Pero Tommy no mostró señales de desconcierto. Se dijo a sí mismo que el otro no podía estar seguro de ello. Si continuara desempeñando su papel…

—¿Quién diablos se cree usted qué es? —preguntó—. Por grandes que sean sus atribuciones, no tiene ningún derecho a comportarse así. Soy perfectamente capaz de callarme cuando se trata de un secreto tan vital para nosotros.

El marino replicó fríamente:

—Lo hace usted muy bien, pero debo decirle que me es completamente indiferente que sea usted del Servicio Secreto inglés, o simplemente un estúpido aficionado.

—¡Habráse visto semejante desfachatez…!

—Ya está bien, Meadowes.

—Le digo…

Haydock adelantó su cara con gesto feroz.

—¡Cállese! ¡Maldita sea! De haber ocurrido esto antes, hubiera sido necesario enterarse de quién era usted y quién le mandó aquí. Pero ahora ya no importa. No queda tiempo para ello. Y usted no ha tenido ocasión de informar a nadie sobre lo que descubrió.

—La policía empezará a buscarme tan pronto como se den cuenta de mi desaparición.

Haydock enseñó los dientes en un súbito destello.

—La policía ha estado aquí esta noche pasada. Buenos chicos; ambos son amigos míos. Me preguntaron acerca del señor Meadowes. Estaban muy preocupados por su desaparición. Quisieron saber qué aspecto tenía usted anteanoche y qué es lo que dijo. No podían sospechar, ni remotamente, que el hombre de que hablaban estaba literalmente bajo sus pies. Se dará cuenta de que no hay duda de que salió usted de esta casa vivo y sin haber sufrido ningún daño. Nunca pensarán en buscarle aquí.

—No puede retenerme para siempre —dijo Tommy con vehemencia.

Haydock replicó, asumiendo de nuevo sus mejores maneras británicas:

—No será necesario, mi querido amigo. Sólo hasta mañana por la noche. Espero un barco que atracará en mi ensenada y hemos pensado que le convendría hacer un pequeño viaje por motivos de salud. Aunque, ciertamente, no creo que esté usted vivo, ni que esté siquiera a bordo cuando ese barco llegue a su destino.

—Me extraña que no me dejaran tieso en el acto.

—Hace demasiado calor, amigo mío. Nuestras comunicaciones marítimas estaban interrumpidas de momento y si lo hubiéramos hecho como usted dice… bueno, un cuerpo muerto dentro de casa es capaz de denunciarse por sí mismo.

—Comprendo —dijo Tommy.

Lo comprendía perfectamente. El asunto estaba claro. Le dejarían vivir hasta que llegara el barco. Luego le matarían o le narcotizarían, llevando su cuerpo hasta alta mar. Y cuando le encontraran nadie hallaría relación alguna entre él y «El descanso del contrabandista».

—Sólo he venido —continuó hablando Haydock con el tono más natural del mundo— para preguntarle si… ejem… podemos hacer algo por usted… después…

—Gracias… no voy a pedirle que lleve un mechón de mi pelo a la mujer que me espera en Saint John's Wood, ni nada que se le parezca. Me echará de menos cuando llegue el día de la paga, pero estoy seguro de que pronto encontrará otro amigo en cualquier lado.

Era preciso que, a toda costa, creara la impresión de que actuaba solo. Con tal de que ninguna sospecha recayera sobre Tuppence, todavía podía ganarse la partida, aunque él no estuviese presente para ver el final.

—Como guste —dijo Haydock—. Si quiere mandar un mensaje a su… amiga… nos ocuparemos de que llegue a tu poder.

Por lo visto, Haydock estaba interesado en conseguir una información más completa sobre el desconocido señor Meadowes. Pues bien, Tommy estaba dispuesto a que siguiera sin enterarse.

—No hay nada que hacer —dijo.

—Perfectamente.

Y con aspecto indiferente por completo, Haydock le hizo una seña a Appledore, quien volvió a colocar en su sitio las ligaduras y la mordaza. Después, los dos hombres salieron del sótano, cerrando la puerta tras de sí.

Al quedar solo con sus pensamientos, Tommy se sintió embargado por todas las emociones, menos por la alegría. No sólo se enfrentaba con la perspectiva de una muerte cercana, sino que carecía de medios para dejar una pista sobre lo que había descubierto.

No podía confiar en su cuerpo, y su cerebro parecía estar particularmente inactivo. Se preguntó si podía haberse aprovechado del ofrecimiento hecho por Haydock respecto a un mensaje. Tal vez, si su cerebro hubiera funcionado mejor… Pero no pudo pensar

entonces en nada provechoso.

Todavía quedaba Tuppence, desde luego. Pero ¿qué podía hacer ella? Tal como Haydock había dicho, la desaparición de Tommy no podía relacionarse con él. Tommy habla salido sano y salvo de «El descanso del contrabandista». Eso lo probarían dos testigos ajenos por completo a la cuestión. Si Tuppence sospechaba de alguien, no sería de Haydock. Y seguramente no sospecharía de nadie, pues tal vez creyera que estaba siguiendo una pista.

¡Maldita sea! Si hubiera estado más sobre aviso…

Había un poco de luz en el sótano, a donde llegaba por la pequeña reja situada casi junto al lecho, en un rincón. Si tuviera la boca libre, podría gritar y quizás alguien le oyera, aunque era muy improbable.

Durante la siguiente media hora estuvo muy ocupado forzando las cuerdas que le ataban y tratando de sacudirse la mordaza. Pero todo fue en vano. El que llevó a cabo aquella tarea sabía lo que se hacía.

Juzgó que debían ser las últimas horas de la tarde. Supuso que Haydock se había marchado, pues no se oía ruido alguno.

Y el muy hipócrita estaría seguramente jugando al golf y especulando en el club sobre lo que le podía haber pasado a Meadowes.

Tommy se retorció de rabia. ¡Aquellos modales tan ingleses! ¿Estaban todos ciegos para no darse cuenta de aquel cuadrado cráneo prusiano? Hasta él mismo no se había fijado. Era extraordinario lo que un actor de primera categoría podía conseguir.

Y allí estaba él. Un fracasado. Fracasado ignominiosamente. Atado como un capón, sin que nadie se imaginara dónde estaba.

Si Tuppence tuviera doble vista… podía sospechar. Algunas veces demostró poseer una misteriosa perspicacia… ¿Qué era aquello?

Aguzó el oído, escuchando un sonido lejano. Era tan sólo un hombre que canturreaba.

Y le era imposible hacer ningún ruido que atrajera la atención.

El canturreo se aproximó. Era un sonido desafinado por completo. Pero la tonadilla, aunque destrozada, todavía podía

reconocerse. Había estado de moda durante la última guerra, y ahora se cantaba otra vez.

«Si tú fueras la única chica del mundo, y yo el único chico».

¡Cuántas veces la había tarareado en 1917!

Pero ¿qué hacía aquel tipo? ¿No podía cantar con un poco más de afinación?

De pronto el cuerpo de Tommy se puso tenso y rígido. Todos aquellos errores del que canturreaba le eran extrañamente familiares. Estaba seguro de que sólo una persona se equivocaba siempre en aquel pasaje y de aquella forma.

«¡Es Albert!», pensó Tommy.

Albert rondando por los alrededores de «El descanso del contrabandista». Albert al alcance de la mano; y mientras tanto, allí estaba él, atado, incapaz de mover pie ni mano y sin poder hacer ruido alguno…

¡Un momento! ¿No podía hacer ningún ruido?

Sí podía hacerlo. Uno tan sólo, y aunque no tan fácil de hacer con la boca cerrada como con la boca abierta, podía intentarlo.

Tommy empezó a roncar desesperadamente. Mantuvo los ojos cerrados, dispuesto a fingir un profundo sueño si entraba Appledore. Y roncó, roncó…

Un ronquido corto, otro corto y otro corto… pausa… Un ronquido largo, otro largo y otro largo… pausa… Un ronquido corto, otro corto y otro corto…

2

Cuando le dejó Tuppence, Albert quedó profundamente agitado.

Con el transcurso de los años se había convertido en una persona de lentos procesos mentales; pero aquellos procesos eran tenaces.

El estado de los asuntos en general le parecía equivocado. La misma guerra, en sí, era errónea.

«Esos alemanes —pensaba lúgubremente Albert, casi sin sentimientos rencorosos— vitorean a Hitler, hacen el paso de la oca, atropellan a todo el mundo, bombardean, ametrallan y, en fin, se

hacen aborrecer de todos. Tienen que pararles los pies, de eso no hay duda, aunque hasta ahora no parece que nadie haya sido capaz de hacerlo».

Y luego estaba la señora Beresford, una buena señora como había pocas, que se hallaba metida en un lío y que andaba buscando todavía más. ¿Cómo iba a disuadirla de ello? No parecía posible que lo lograra. Nada menos que se las estaba viendo con los de la Quinta Columna, que debían ser una pandilla bastante desagradable. ¡Y algunos de ellos eran ingleses, además! ¡Era deshonra, ni más ni menos!

Y el señorito, el único que podía contener algo el carácter impetuoso de la señora, había desaparecido.

A Albert no le gustaba el asunto en absoluto. Le daba en la nariz que «aquellos alemanes» tenían la culpa de todo.

Sí; las cosas no tenían buen aspecto. Parecía como si el señorito se hubiera encontrado con alguno de ellos.

Albert no estaba acostumbrado al ejercicio de razonar profundamente. Como la mayoría de los ingleses, era capaz de sentir una cosa con gran intensidad, y luego darle vueltas al asunto hasta que lo aclaraba de una forma u otra. Y como decidió que debía encontrar al señorito, Albert, a la manera de un perro fiel, se dispuso a buscarlo.

No siguió ningún plan determinado, pero procedió al igual que hubiera hecho si hubiera tenido necesidad de buscar el bolso de su mujer o sus gafas, cuando alguno de estos esenciales artículos se extraviaba. Es decir, fue al sitio donde por última vez se vio el objeto, y empezó desde allí sus pesquisas.

En este caso, lo último que se sabía de Tommy era que había cenado con el teniente de navío Haydock en «El descanso del contrabandista» y que al volver a «Sans Souci» se le había visto entrar por la cancela.

Por lo tanto, Albert subió por la carretera y se detuvo delante de «Sans Souci», donde empleó cinco minutos contemplando dicha cancela, como si esperara encontrar algo. Y como nada de carácter brillante se le ocurriera, dio un suspiro y siguió subiendo lentamente la cuesta hacia «El descanso del contrabandista».

Albert también había estado en el cine aquella semana y quedó

profundamente impresionado por el argumento de *La doncella errante*. ¡Qué romántico! No podía menos que asombrarse por la similitud con su propio apuro. Al igual que el héroe de la pantalla, Larry Cooper, él era como el leal Blondel buscando a su cautivo señor. Como Blondel, había luchado al lado de su amo en otros tiempos. Ahora su señor había sido traicionado y sólo quedaba Blondel para buscarlo y devolverlo a los amantes brazos de la reina Berengaria.

Albert lanzó un profundo suspiro al recordar los melifluos acordes de «Ricardo, mi rey», que el leal trovador había cantado con tanto sentimiento bajo tantos torreones.

Era una lástima que a él le costara tanto aprender una tonada.

Le llevaba mucho tiempo el llegar a sabérsela.

Frunció los labios y lanzó un tentativo silbido.

Últimamente se habían puesto de moda otra vez las canciones de la otra guerra.

«Si tú fueras la única chica del mundo y yo el único chico».

Albert se detuvo para contemplar la pulcra cancela pintada de blanco de «El descanso del contrabandista». Allí era adonde el señorito había ido a cenar.

Siguió subiendo la cuesta, hasta que llegó al final. No vio nada más que hierba y unas cuantas ovejas.

La cancela de «El descanso del contrabandista» se abrió en aquel momento y salió un coche. Al volante iba un hombre corpulento, vestido con pantalones de golf. A su lado llevaba la bolsa de los palos. El coche enfiló la cuesta y desapareció.

«Ese debe ser el teniente de navío Haydock», dedujo Albert.

Deambuló hacia abajo otra vez y contempló detenidamente la casa. Era un sitio muy bonito, con un jardín muy bien cuidado y una vista espléndida.

Miró benignamente todo aquello y canturreó:

«Te diría tantas cosas maravillosas».

De una puerta lateral de la casa salió un hombre con un azadón en la mano y desapareció por una pequeña cancela.

Albert, que criaba berros y lechugas en el jardincillo de la parte posterior de su casa, se sintió inmediatamente interesado.

Se acercó y entró por la cancela. Sí; era un sitio muy bonito y

cuidado.

Dio la vuelta lentamente a la casa. Algo más abajo, en un trozo de terreno llano, al que se llegaba por unos cuantos peldaños, había unos cuadros de hortalizas. El hombre que salió de la casa estaba trabajando allí.

Albert lo estuvo contemplando durante unos momentos y luego volvió a mirar la casa.

Un sitio muy bonito, pensó por tercera vez. Justo lo que desearía tener un oficial retirado de la Marina. Allí era donde el señorito había cenado la otra noche.

Lentamente, Albert siguió dando la vuelta a la casa. La miraba igual que hizo con la cancela de «Sans Souci», como si esperara que le dijera algo.

Y mientras caminaba siguió canturreando. Era un Blondel del siglo XX en busca de su señor.

—«Habría tantas cosas maravillosas que hacer» —canturreó Albert—. «Te diría tantas cosas maravillosas». «Habría tantas cosas maravillosas que hacer…».

Ya se había equivocado. Eso lo había cantado antes.

¡Hola! Era curioso. De modo que el teniente de navío criaba cerdos, ¿verdad? Un largo gruñido llegó a sus oídos. ¡Qué extraño! Parecía como si los cerdos estuvieran bajo tierra. ¡Vaya un sitio tan raro para tener a los cerdos!

No podían ser cochinos. No; era alguien que estaba durmiendo una siestecita. Y parecía que se había ido a dormirla al sótano…

El día invitaba a ello, pero el sitio era un tanto extravagante. Canturreando como un moscardón, Albert se acercó.

De allí era de donde salían los ronquidos… de aquella pequeña reja. Un ronquido, otro y otro. Un ronquido largo, otro y otro. Un ronquido corto, otro y otro. ¡Qué manera tan rara de roncar! Le recordaba algo…

—¡Arrea! —exclamó Albert—. Eso es… S. O. S. Punto, punto, punto, raya, raya, punto, punto, punto.

Dio una rápida mirada a su alrededor.

Luego se arrodilló y golpeó un mensaje en la reja del sótano.

Capítulo XIII

1

Aunque Tuppence se acostó disfrutando de un estado de ánimo bastante optimista, sufrió una profunda reacción durante las horas del amanecer, cuando la moral humana está más baja.

No obstante, al bajar a desayunar se animó un poco ante la vista de una carta que tenía sobre su plato, dirigida a ella con una caligrafía penosamente torcida a la izquierda. No se trataba de ninguna carta de Douglas, Raymond o Cyril, sino de correspondencia enmascarada que recibía puntualmente y aquella mañana consistía en una postal de vivos colores en cuyo dorso habían garrapateado: «Siento no poder haber escrito antes. Todo va bien, Maudie».

Tuppence puso la postal a un lado y abrió la carta.

Querida Patricia:
Temo que tía Gracie esté hoy mucho peor. Los médicos no dicen, en realidad, que se hayan perdido las esperanzas, pero por mi parte no creo que podamos albergar muchas. Si quieres verla antes de que todo acabe, creo que lo mejor sería que vinieras en seguida. Si tomas el tren de las 10.20 hasta Yarrow, una amiga mía te estará esperando con el coche.
Me alegraré de verte pronto, a pesar de un motivo tan triste como este. Tuya siempre,

PENÉLOPE PLAYNE.

Tuppence pudo a duras penas dominar su júbilo.

¡El buen «penique sin adornos»![10]

Con alguna dificultad asumió una expresión fúnebre y suspiró profundamente mientras dejaba la carta encima de la mesa.

Comunicó el contenido de la misiva a las dos atentas oyentes que en aquel momento estaban presentes, es decir, a la señora O'Rourke y a la señorita Minton, y se extendió en la descripción de la personalidad de tía Gracie, su espíritu indomable, su indiferencia hacia los bombardeos y ante cualquier peligro, así como su derrota por la enfermedad. La señorita Minton demostró alguna curiosidad respecto a la naturaleza exacta de la dolencia que aquejaba a tía Gracie y la comparó con los alifafes de una prima suya, llamada Selina. Tuppence, dudando ligeramente entre la hidropesía y la diabetes, se encontró algo confundida, pero aseguró formalmente que también se había producido una complicaciones en los riñones. La señora O'Rourke demostró un ávido interés queriendo saber si Tuppence se beneficiaría económicamente por la muerte de la anciana señora, y se enteró, respecto a ello, que Cyril había sido siempre el sobrino favorito de ella, además de ser su ahijado.

Después del desayuno, Tuppence telefoneó al sastre para decirle que aquella tarde no podría ir a probarse una falda y chaqueta que se estaba haciendo. Luego buscó a la señora Perenna y le explicó con breves palabras que estaría ausente uno o dos días.

La patrona de la pensión le expresó, por su parte, en la forma acostumbrada en estas ocasiones, cuánto sentía que se marchara por tal motivo. Aquella mañana tenía un aspecto agotado y la expresión de su cara demostraba inquietud y fatiga.

—Todavía no se sabe nada del señor Meadowes —dijo—. Es verdaderamente extraño, ¿no le parece?

—Estoy segura de que sufrió un accidente —suspiró la señora Blenkensop—. Siempre lo he dicho.

—Pero si fuera así, ya nos habríamos enterado.

—Bueno; pues entonces, ¿qué opina usted?

La señora Perenna sacudió la cabeza.

—No sé qué decirle. No me cabe duda de que no se ha marchado por su propia voluntad. Ya habría enviado algún recado.

—Siempre me pareció una suposición injustificada —opinó

calurosamente la señora Blenkensop—. Ese terrible mayor Bletchley lo empezó todo. Si no se trató de un accidente, tuvo que ser pérdida de memoria. Eso ocurre más a menudo de lo que se cree, especialmente en tiempos de excepción como estos.

La otra mujer asintió. Frunció los labios, con expresión de duda, y dirigió una rápida y suspicaz mirada a Tuppence.

—Pero ya sabe usted, señora Blenkensop —dijo—, que no conocemos muchas cosas del señor Meadowes, ¿verdad?

—¿Qué quiere decir? —preguntó vivamente Tuppence.

—Por favor, no me juzgue con severidad. Yo no lo creo… ni nunca lo creí.

—¿Qué es lo que no cree?

—Todo eso que dicen.

—¿Qué dicen? Yo no he oído nada.

—¿No…? Bueno; tal vez la gente no quiera decírselo a usted. No sé a ciencia cierta cómo empezó, pero me parece que fue el señor Cayley quien lo mencionó por primera vez. Ya sabe usted que es un hombre bastante desconfiado.

Tuppence se contuvo y trató de tener paciencia.

—Cuéntemelo, por favor —dijo.

—Pues se trata tan sólo de una insinuación acerca de que el señor Meadowes es un agente enemigo; uno de esos temibles componentes de la Quinta Columna.

Tuppence puso toda la indignación de que era capaz una señora Blenkensop al exclamar:

—¡Nunca oí una idea más absurda!

—Desde luego. No creo que haya nada de cierto en ella. Aunque se ha visto al señor Meadowes hablando muchas veces con ese joven alemán y creo que le hizo gran cantidad de preguntas acerca de los procedimientos químicos que emplean en la factoría. Así es que la gente piensa que tal vez los dos trabajarían juntos.

—No creerá que exista alguna duda respecto a Carl, ¿verdad, señora Perenna?

Vio cómo un ligero espasmo torcía la cara de la mujer.

—Desearía poder creer que no es verdad lo que dicen.

Los ojos de la señora Perenna relumbraron.

—Le han destrozado el corazón a la pobre criatura. ¿Por qué

tuvo que ocurrir así? ¿Por qué no pudo enamorarse de cualquier otro?

Tuppence sacudió la cabeza,

—Las cosas no suelen ocurrir así.

—Tiene razón —la otra habló con voz profunda y amarga—. Las cosas han de pasar de modo que la destrocen a una… Tiene que haber penas, amarguras, polvo y cenizas. Me pone enferma la crueldad y la injusticia de este mundo. Me gustaría aplastarlo, romperlo… para poder empezar de nuevo; más apegados a la tierra y sin esas reglas, leyes y tiranías de nación sobre nación. Me gustaría…

Una tos la interrumpió. Una tos profunda y engolada. La señora O'Rourke estaba en el umbral de la puerta. Su corpulenta figura obstaculizaba todo paso.

—¿Les he interrumpido? —preguntó.

Como si hubiera pasado una esponja sobre una pizarra, de la cara de la señora Perenna desapareció todo rastro de su súbita explosión de resentimiento, dejando sólo en sus facciones la ligera preocupación que domina a la patrona de una pensión, cuyos huéspedes le están causando quebraderos de cabeza.

—No, señora O'Rourke —dijo—. Sólo estábamos hablando de lo que le podrá haber ocurrido al señor Meadowes. Es raro que la policía no pueda encontrar ni trazas de él.

—¡Ah! La policía —observó la señora O'Rourke con desprecio—. ¿Qué se puede esperar de ella? ¡Nada de bueno! Sólo sirven para poner multas a los conductores de automóviles y fastidiar a los pobres desgraciados que se olvidaron de sacar el certificado justificativo de vacunación del perro.

—¿Qué cree usted que ocurrió, señora O'Rourke? —preguntó Tuppence.

—¿Ha oído usted lo que dicen por ahí?

—¿Eso de que es un agente alemán…?

—Sí —replicó Tuppence fríamente.

—Pues debe ser verdad —siguió la señora O'Rourke pensativamente— porque había algo en ese hombre que me tuvo intrigada desde que llegó aquí. Ha de saber usted que lo estuve vigilando —dirigió una sonrisa a Tuppence, y como todas las

sonrisas de la señora O'Rourke, aquella tenía una vaga expresión terrorífica, como la de un ogro—. No tenía el aspecto del que se retira de los negocios para no hacer nada. Opino que vino aquí con un propósito.

—Y cuando la policía cayó sobre su pista, se apresuró a desaparecer, ¿verdad? —preguntó Tuppence con ánimo de desorientar.

—Pudo ser —respondió la otra—. ¿Qué cree usted, señora Perenna?

—No sé —replicó la aludida—. Ha sido una cosa muy enojosa. Y además, ha dado lugar a muchas habladurías.

—¡Bueno! Pero las habladurías no la perjudicarán a usted. Ahora los tiene a todos en la terraza, tan contentos, haciendo cábalas y suposiciones. Convendrán al final en que ese hombre, tan pacífico e inofensivo, iba a ponernos a cada uno una bomba bajo la cama.

—Todavía no nos ha dicho usted lo que opina —recordó Tuppence.

La señora O'Rourke volvió a sonreír, con la misma expresión feroz.

—Yo creo que está a salvo en cualquier parte… completamente a salvo…

Tuppence pensó:

«Podría decir eso, si lo supiera…, pero él no está donde ella cree».

Subió a su habitación para arreglarse. Betty Sprot salió corriendo del dormitorio de los Cayley. Sonreía con expresión traviesa y juguetona.

—¿Qué has estado haciendo, preciosa? —preguntó Tuppence.

Betty replicó:

—«Oca, oca, ganso».

Tuppence cantó:

—¿Adónde irás? ¡Arriba! —elevó a la chiquilla por encima de su cabeza—. ¡Abajo! —y la dejó caer hasta el suelo.

En aquel momento apareció la señora Sprot y se llevó a Betty con objeto de prepararla para salir a dar un paseo.

—¿Escondite? —preguntó Betty esperanzada—. ¿Escondite?

—No puedes jugar ahora al escondite —advirtió su madre.

Tuppence entró en su cuarto y se puso el sombrero. Era una lata tener que llevar sombrero, pues Tuppence Beresford nunca lo usó, aunque Patricia Blenkensop debía hacerlo para estar en carácter.

Se dio cuenta de que alguien había alterado la posición de los sombreros que guardaba en el armario. ¿Habían registrado la habitación? Bueno, que lo hicieran. No encontrarían nada que inculpara a la inocente señora Blenkensop.

Dejó artísticamente sobre el tocador la carta de Penélope Playne. Luego bajó la escalera y salió de la casa.

Eran las diez cuando pasó por la cancela. Tenía mucho tiempo por delante. Miró hacia el cielo y al hacerlo pisó en un charco oscuro que había junto al poste de la cancela. Pero no se dio cuenta de ello y siguió adelante.

Su corazón latía furiosamente. Éxito… éxito… debían tener éxito…

2

Yarrow era una pequeña estación rural, ya que el pueblo estaba situado a bastante distancia del ferrocarril.

Un coche esperaba en la parte exterior de la estación. Lo conducía un joven de buena presencia, que se llevó la mano a la visera de la gorra cuando vio a Tuppence, aunque el gesto no parecía natural.

Tuppence golpeó con el pie uno de los neumáticos de la derecha y comentó con acento de duda:

—¿No cree que tienen muy poco aire?

—No vamos muy lejos, señora.

Ella asintió y subió al coche.

Emprendieron el camino, no hacia el pueblo, sino hacia la parte del mar. Después de trepar una colina entraron por un camino secundario que bajaba una empinada pendiente. De la sombra de un grupo de árboles salió a recibirles un joven.

El coche se detuvo y Tuppence se apeó, yendo a saludar a Tony Mardson.

—Beresford se encuentra bien —dijo él rápidamente—. Ayer

pudimos localizarle. Los otros le hicieron prisionero y por muy buenas razones seguirá así durante otras doce horas. Se espera que una pequeña embarcación atraque en determinado sitio y necesitamos apoderarnos de ella. Por eso no hemos hecho nada todavía para liberar a Beresford. No queremos señalar el juego hasta el último instante.

El joven la miró con ansiedad.

—Lo comprende usted, ¿verdad?

—¡Claro que sí!

Tuppence estaba mirando una revuelta masa de tela, medio oculta por los árboles.

—Se encuentra perfectamente —continuó el joven con apasionamiento.

—¡Claro que Tommy estará bien! —dijo Tuppence impaciente—. Ni hace falta que me hable como si fuera una niña de dos años. Ambos estamos dispuestos a correr unos pocos riesgos. ¿Qué es aquello que se ve allí?

—Bueno —Tony pareció dudar—. Esa es precisamente la cuestión. Me han ordenado que le haga una propuesta. Pero… francamente, no me gusta hacerlo. Como comprenderá…

Tuppence le dirigió una fría mirada.

—¿Por qué no le gusta hacerlo?

—Pues… porque es usted la madre de Deborah. Y… ¿qué dirá ella si…?

—¿Si la cosa sale mal? —preguntó Tuppence—. Personalmente, si yo estuviera en su lugar, no se lo diría a ella. Tenía mucha razón quien dijo que el dar explicaciones es una equivocación.

Luego le sonrió amablemente.

—Vamos, muchacho. Sé perfectamente lo que siente en estos momentos. Está muy bien que usted, Deborah y toda la gente joven se hallen dispuestos a correr algún riesgo, pero los de edad madura no deben hacerlo. Pero todo eso son tonterías, porque si alguien ha de ser liquidado, resulta preferible que lo sean los viejos, ya que han tenido ocasión de sacarle a la vida más partido. De todas formas, deje de mirarme como a un objeto sagrado, como a la madre de Deborah y dígame simplemente cuál es ese trabajo tan peligroso y desagradable que debo llevar a cabo.

—Sepa usted —dijo el joven con entusiasmo— que la tengo considerada como una mujer heroica; simplemente magnífica.

—Déjese de cumplidos —replicó Tuppence—. Ya siento bastante admiración por mí misma, para que venga ahora otro a ayudarme. ¿Cuál es, exactamente, la gran idea que tienen en proyecto?

Tony indicó con un gesto de su rostro el montón de tela.

—Eso es lo que queda de un paracaídas —dijo.

—¡Ah! —exclamó Tuppence, brillándole los ojos.

—Afortunadamente, los voluntarios de estos alrededores son unos chicos muy listos. Se dieron cuenta del aterrizaje y la capturaron.

—¿«La» capturaron?

—Eso es. Era una mujer vestida de enfermera.

—Siento que no fuera una monja —observó Tuppence—. Ya sabe usted las historias que han circulado por ahí acerca de monjas que al pagar el billete del autobús enseñaron un brazo musculoso y peludo.

—Bueno; la cuestión es que no se trata de una monja, ni de un hombre disfrazado. Era una mujer de mediana estatura, algo entrada en años, de pelo oscuro y figura más bien delgada.

—En resumen —dijo Tuppence—, una mujer muy parecida a mí.

—Lo acertó usted exactamente —convino Tony.

—¿Y qué?

Mardson explicó con lentitud:

—Lo que sigue es cosa de usted.

Tuppence sonrió.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo—. ¿Dónde debo ir y qué es lo que debo hacer?

—Le aseguro, señora Beresford, que da gusto tratar con usted. Tiene unos nervios magníficamente templados y bien dispuestos.

—¿Dónde debo ir y qué es lo que debo hacer? —repitió Tuppence con impaciencia.

—Por desgracia, las instrucciones son muy breves. En uno de los bolsillos de la mujer se encontró un trozo de papel con estas palabras escritas en alemán: «Vaya a pie hasta Leatherbarrow, que está al este de la cruz de piedra. Número 14 de Saint Asalph's Road. Doctor Binion».

Tuppence levantó la mirada. En la cima de la colina había una cruz de piedra.

—Esa es —observó Tony—. Los postes indicadores de carreteras se quitaron hace tiempo, desde luego. Pero Leatherbarrow es un pueblo grande y caminando hacia el este, desde la cruz de piedra, no hay dificultad en llegar hasta allí.

—¿Está muy lejos?

—Cinco millas, por lo menos.

Tuppence hizo una ligera mueca.

—Un ejercicio muy saludable antes del almuerzo —comentó—. Espero que el doctor Binion me invite a comer cuando llegue a su casa.

—¿Sabe usted alemán, señora Beresford?

—Sólo las cuatro palabras que se utilizan en los hoteles. Deberé insistir en hablar inglés, diciendo que mis instrucciones así lo especifican.

—Es un riesgo tremendo —dijo Mardson.

—Tonterías. ¿Quién se va a imaginar que se ha hecho una sustitución? ¿Acaso todo el mundo sabe, en unas millas a la redonda, que se ha capturado un paracaidista?

—Los voluntarios que intervinieron en la captura de esa mujer están retenidos por el jefe de policía. No quiere que vayan por ahí contando a sus amistades lo listos que han sido.

—¿Puede haberlo visto alguien más… o haber oído algo sobre lo ocurrido?

Tony sonrió.

—Señora Beresford; cada día dicen por ahí que ha sido visto uno, dos, tres, cuatro y hasta cien paracaidistas.

—Eso es cierto —convino Tuppence—. Bueno; usted dirá que he de hacer.

—Tenemos aquí todo el equipo y un agente femenino de la policía, especializada en el arte del maquillaje. Venga conmigo.

En el centro del grupo de árboles había un cobertizo medio derruido y ante su puerta esperaba una mujer de mediana edad y aspecto eficiente.

Dio una ojeada a Tuppence e hizo un gesto de aprobación.

Una vez dentro del cobertizo, Tuppence tomó asiento sobre una

caja de embalaje, puesta al revés, y se sometió a una serie de expertas manipulaciones. Al cabo de un rato, la maquilladora se apartó un poco, asintió con aspecto satisfecho y observó:

—Ya está. Creo que ha quedado usted muy bien, ¿no le parece, señor?

—Ha quedado magníficamente —dijo Tony.

Tuppence alargó la mano y cogió el espejo que sostenía la otra mujer. Se miró la cara con ansiedad y a duras penas pudo reprimir un grito de sorpresa.

Las cejas habían sido dispuestas de una forma completamente diferente, lo cual alteraba toda la expresión de su cara. Pequeños trozos de cinta adhesiva, disimulados por mechones de pelo que caían sobre las orejas, estiraban la piel de la cara, con lo que cambiaba su perfil. Una pequeña cantidad de masilla transformó también la línea de la nariz, dando a Tuppence un inesperado perfil aguileño. Y el maquillaje, aplicado científicamente, añadió varios años a su edad por medio de unas profundas rayas que caían desde las comisuras de los labios. La cara en general tenía un aspecto complacido y algo necio.

—Está magníficamente hecho —dijo Tuppence con admiración.

Cautelosamente se tocó la nariz.

—Vaya con cuidado —advirtió la otra mujer.

Sacó dos trozos delgados de goma y preguntó:

—¿Cree usted que podrá soportar esto en la boca, entre los dientes y las mejillas?

—Supongo que tendré que soportarlo —respondió Tuppence tristemente.

Colocó en su sitio las dos piezas de goma y movió tentativamente las mandíbulas.

—No resulta incómodo en realidad —tuvo Tuppence que admitir.

Tony salió entonces discretamente del cobertizo y Tuppence se quitó la ropa que llevaba puesta y se enfundó luego el uniforme de enfermera. No le sentaba mal del todo, aunque le apretaba un poco sobre los hombros. El gorro de color azul oscuro puso el punto final a su nueva personalidad. Rechazó, no obstante, los recios zapatos de puntera cuadrada.

—Si tengo que caminar cinco millas —dijo con decisión— lo haré con mis propios zapatos.

Los demás convinieron en que era una cosa razonable, dado que, además, los zapatos que llevaba Tuppence eran también recios y de color oscuro, con lo que no desentonaban con el uniforme.

Miró con interés el contenido del bolso azul que le entregaron. Polvos para la cara; nada de lápiz para los labios; dos libras, catorce chelines y seis peniques en moneda inglesa; un pañuelo y una tarjeta de identidad a nombre de Freda Elton, 4 Manchester Road, Sheffield.

Tuppence puso dentro del bolso sus propios polvos y la barra para los labios. Luego se levantó, dispuesta para empezar.

Tony Mardson volvió la cabeza y dijo ásperamente:

—No sabe cómo me desprecio por dejarla hacer esto.

—Comprendo muy bien lo que siente.

—Pero, ya ve usted; es absolutamente preciso que sepamos cuándo y cómo empezará el ataque.

Tuppence le dio unos golpecitos en el brazo.

—No se preocupe, muchacho. Aunque no lo crea, me estoy divirtiendo.

Tony volvió a decir:

—¡Creo que es usted maravillosa!

3

Algo cansada, Tuppence se detuvo ante la puerta del número 14 de Saint Asalph's Road y comprobó que el doctor Binion era dentista y no médico.

Por el rabillo del ojo vio a Tony Mardson. Estaba sentado al volante de un coche de aspecto elegante, estacionado ante una casa de la misma calle, pero un poco más abajo.

Se convino en que Tuppence iría andando, tal como rezaban las instrucciones, ya que de haber sido llevada hasta allí en coche, alguien podía haberse fijado en tal cosa.

Es cierto que dos aparatos enemigos habían pasado por allí, volando bajo antes de alejarse, y que tal vez hubieran notado la

solitaria figura de la enfermera caminando por el campo.

Tony y la maquilladora partieron en opuesta dirección y dieron un gran rodeo antes de llegar a Leatherbarrow y tomar posiciones en Saint Asalph's Road.

Ya estaba todo dispuesto.

—Se abre la puerta del circo —murmuró Tuppence— y entra un cristiano *en route* hacia los leones. Bueno; no habrá nadie que diga que no estoy viendo la vida en todos sus aspectos.

Cruzó la calle y llamó al timbre, preguntándose al mismo tiempo hasta qué punto le gustaba a Deborah aquel joven. Abrió la puerta una mujer de edad, de cara impasible y rústica. Una cara que no era inglesa.

—¿El doctor Binion? —preguntó Tuppence.

La mujer la miró lentamente de arriba abajo.

—Supongo que será usted la enfermera Elton.

—Sí.

—Entonces, pase a la clínica.

Se apartó y cerró la puerta detrás de Tuppence, quien se encontró en un estrecho vestíbulo pavimentado con linóleo.

La criada le precedió por la escalera y abrió una puerta del primer piso.

—Haga el favor de esperar. El doctor llegará dentro de un momento.

Salió y cerró la puerta.

Era una ordinaria clínica de dentista, con el equipo bastante viejo y usado.

Tuppence contempló el sillón y sonrió pensando que, por una vez, no lo veía con el horror de costumbre. Sentía el mismo miedo que inspira una visita al dentista; pero ahora por causas diferentes por completo.

Al cabo de un rato se abriría la puerta y entraría el doctor Binion. ¿Quién sería? ¿Un desconocido? ¿O alguien a quien hubiera visto antes? Si fuera la persona a la que ella casi esperaba encontrar…

Se abrió la puerta.

El hombre que entró no era la persona a quien Tuppence había imaginado ver. Era alguien que ella nunca consideró como un

posible complicado.

Era el teniente de navío Haydock.

Capítulo XIV

1

Un alud de locos pensamientos acerca de la parte que hubiera desempeñado el teniente de navío Haydock en la desaparición de Tommy, rodó por la mente de Tuppence; pero esta los apartó de sí con resolución. Era aquel un momento en que debía conservar toda su lucidez.

¿La reconocería el marino? Tal cuestión era interesante en extremo.

Se había propuesto de antemano no demostrar sorpresa por nada de lo que viera, y basándose en ello se sintió razonablemente segura de que no había exteriorizado signo alguno de reconocimiento que perjudicara su situación.

Se levantó y permaneció de pie, en actitud respetuosa, como correspondía a una simple mujer alemana en presencia del señor de la creación.

—De modo que ya llegó —dijo el marino.

Habló en inglés y sus maneras eran las que utilizaba de costumbre.

—Sí —dijo Tuppence, y añadió como si presentara sus credenciales—: Enfermera Elton.

Haydock sonrió, con el aspecto de quien acaba de oír un buen chiste.

—¡Enfermera Elton! Excelente.

La miró con aprobación.

—Su aspecto es impecable —comentó.

Tuppence inclinó la cabeza y no respondió. Deseaba que él

tuviera la iniciativa.

—Supongo que sabrá lo que tiene que hacer —prosiguió Haydock—. Siéntese, por favor.

Tuppence obedeció.

—Ha de darme usted instrucciones detalladas —dijo.

—Muy apropiado —observó él, con voz en la que se notaba una ligera nota irónica—. ¿Sabe usted qué día? —preguntó.

—El cuarto.

Haydock se sobresaltó. Profundas arrugas cubrieron su frente.

—De modo que ya lo sabe, ¿verdad? —murmuró.

Se produjo una pausa que aprovechó Tuppence para preguntar:

—Por favor, ¿quiere decirme qué es lo que debo hacer?

—Cada cosa a su tiempo —respondió el otro.

Volvió a callar durante unos instantes y después indicó:

—Sin duda, habrá oído usted hablar de «Sans Souci», ¿no es eso?

—No —dijo Tuppence.

—¿De veras?

—No —repitió ella con firmeza.

Y pensó:

«Vamos a ver qué tal te las compones con esto».

En la cara del marino se reflejó una extraña sonrisa.

—¿De manera que no ha oído hablar de «Sans Souci»? —dijo—. Eso me sorprende muchísimo, porque tenía entendido que vivía usted allí desde hace un mes…

El silencio que siguió estaba cargado de amenazas.

—¿Qué me dice de eso, señora Blenkensop? —preguntó él.

—No sé a qué se refiere, doctor Binion. Acabo de aterrizar esta misma mañana.

Haydock volvió a sonreír. Fue una sonrisa verdaderamente desagradable.

—Unas pocas yardas de tela enredada en unos arbustos, crean una ilusión perfecta. Y yo no soy el doctor Binion. El doctor Binion, que oficialmente es mi dentista, amablemente me cede su clínica de cuando en cuando.

—¿De veras? —dijo Tuppence.

—De veras, señora Blenkensop. ¿O tal vez prefiere que utilice su verdadero nombre de Beresford?

Se produjo un nuevo silencio amenazador. Tuppence exhaló un profundo suspiro.

Haydock movió afirmativamente la cabeza.

—Se le ha descubierto el juego. «Tú sólita has venido a visitarme», como dijo la araña a la mosca.

Se oyó un ligero chasquido y en la mano de Haydock relumbró un objeto de acero azulado.

Su voz cobró un acento áspero cuando anunció:

—Y creo innecesario advertirle que no grite ni trate de alarmar al vecindario. Estaría usted muerta antes de que lanzara el primer grito, y aunque lo lograra, no llamaría la atención. Los pacientes de esta clínica, como usted sabe, gritan muy a menudo.

Tuppence observó sosegadamente:

—Al parecer, ha pensado usted en todo. ¿Y no se le ocurrió también, que mis amigos pueden saber dónde estoy?

—¡Ah! Todavía confía en el muchacho de ojos azules… o mejor dicho, de ojos castaños. En el joven Anthony Mardson, ¿eh? Lo siento, señora Beresford, pero el joven Anthony Mardson resulta que es uno de los más adictos defensores de nuestras ideas en este país. Como acabo de decir, unas pocas yardas de tela producen un efecto maravilloso. Se tragó usted con toda facilidad el cuento acerca de la paracaidista.

—No acabo de comprender el objeto de todo este galimatías.

—¿De veras? No queremos que sus amigos descubran con demasiada facilidad dónde se encuentra usted. Caso de que le sigan la pista, esta les conducirá a Yarrow, donde un hombre la esperaba a usted en un coche. El hecho de que una enfermera, cuyas facciones son completamente distintas a las suyas, llegara a Leatherbarrow, entre la una y las dos de la tarde, difícilmente podrá ser relacionado con su desaparición.

—Muy bonito —comentó Tuppence.

—Deseo expresarle mi admiración por su presencia de ánimo —dijo Haydock—. La admiro muchísimo. Siento tener que obligarla a ello, pero es imprescindible que sepamos exactamente qué es lo que descubrió usted en «Sans Souci».

Tuppence no contestó.

—Le recomiendo que hable —dijo Haydock suavemente—.

Existen ciertas posibilidades… en el sillón y en los instrumentos de un dentista.

Tuppence se limitó a dirigirle una desdeñosa mirada.

El marino se recostó en su asiento y observó calmosamente:

—Sí…, estoy dispuesto a admitir que posee usted una entereza nada común, como ocurre a veces con personas de su tipo y naturaleza. Pero ¿qué me dice de la otra mitad del cuadro?

—¿A qué se refiere?

—Estoy hablando de Thomas Beresford, su esposo; que últimamente vivió en «Sans Souci» con el nombre de Meadowes y que en estos momentos se encuentra muy bien atado, en el sótano de mi casa.

Tuppence replicó con sequedad:

—No lo creo.

—¿Por lo de la carta de «peniques sin adornos»? ¿No se da cuenta de que fue un trabajito muy ingenioso del joven Anthony? Cayó usted lindamente en sus manos cuando le explicó la clave.

La voz de Tuppence tembló:

—Entonces, Tommy…, Tommy…

—Tommy está donde estuvo hasta ahora…, es decir, en mi poder —dijo el teniente de navío Haydock—. Todo depende de usted. Si contesta satisfactoriamente a mis preguntas, tal vez pueda hacerse algo por él. Y si no las contesta… bueno; todavía es tiempo de seguir el plan primitivo. Le daremos un golpe en la cabeza, le llevaremos hasta alta mar y le echaremos por la borda.

Tuppence guardó silencio durante unos momentos y luego el teniente Haydock preguntó:

—Quiero saber quién la empleó en esto; cuáles son sus medios de comunicación con esa persona; de qué le informó usted hasta ahora y qué es, exactamente, lo que usted sabe.

Tuppence se encogió de hombros.

—Le puedo contar tantas mentiras como quiera —señaló.

—No; porque comprobaremos cuanto nos diga.

Adelantó un poco la silla y sus maneras cambiaron, hasta parecer suplicantes.

—Mi apreciada señora. Comprendo perfectamente qué es lo que siente usted respecto a todo esto, pero créame cuando le digo que

admiro inmensamente a usted y a su marido. Tienen ustedes entereza y valor. Gente como ustedes es lo que necesitamos en este nuevo Estado; el Estado que se fundará en Inglaterra cuando sea derrotado el actual Gobierno de imbéciles que la rige. Queremos convertir en amigos a algunos de nuestros enemigos; aquellos que valgan la pena. Si he de dar la orden que acabará con la vida de su marido, lo haré, porque es mi deber; pero sentiré muchísimo el tener que hacerlo. Es una buena persona; sosegado, modesto y hábil. Permítame hacerle presente lo que tan poca gente en este país parece haber comprendido. Nuestro jefe no quiere conquistar Inglaterra en el sentido que todos ustedes creen. Se propone forjar una nueva Inglaterra fuerte por su propio poder; gobernarla, no por alemanes, sino por ingleses. Y por el mejor tipo de ingleses; ingleses con inteligencia, preparación y valor. «Un mundo nuevo y valeroso», como dijo Shakespeare.

Se inclinó hacia delante.

—Queremos eliminar la confusión y la ineficiencia. El soborno y la corrupción. Las ambiciones conseguidas con recomendaciones y los que hacen dinero mediante ello. Y en ese nuevo Estado, queremos gente que sean como usted y su marido; valientes y fértiles en recursos. Enemigos que fueron y amigos que serán. Se sorprendería si supiera cuántos hay en este país, y en otros, que simpatizan y creen en nuestros objetivos. Entre todos nosotros crearemos una nueva Europa; una Europa de paz y progreso. Trate de verlo de esa forma, porque le aseguro que es precisamente de esa manera.

Su voz era apremiante y magnética. Inclinado hacia delante, como estaba, parecía la personificación de un íntegro marino inglés.

Tuppence le miró y rebuscó en su pensamiento una frase que viniera a cuento. Sólo pudo encontrar una que era a la vez pueril y vulgar.

—«Oca, oca, ganso» —dijo.

2

El efecto de aquellas palabras fue tan sorprendente que Tuppence

quedó desconcertada por completo.

Haydock se levantó de un salto. Su cara tomó un tinte violáceo por efecto de la furia que sentía, y en un segundo desapareció toda semejanza que tuviera antes con un simpático marinero inglés. Ante ella tenía la cara que Tommy ya vio en una ocasión anterior… la de un prusiano encolerizado.

Empezó a jurar en alemán y luego, volviendo al inglés, dijo:

—¡Maldita imbécil! ¿No se da cuenta de que al contestar de esa forma se ha vendido por completo? Ahora ya no hay esperanza para usted… ni para su marido.

Y levantando la voz, llamó:

—¡Anna!

La mujer que recibió a Tuppence entró en la habitación y Haydock le entregó la pistola.

—Vigílela y dispare si es necesario.

Y salió de la clínica precipitadamente.

Tuppence miró suplicante a Anna, que estaba de pie ante ella, mostrando una cara impasible.

—¿Dispararía realmente contra mí? —preguntó.

Anna contestó tranquilamente:

—No hace falta que trate de convencerme. En la última guerra mataron a mi hijo, a mi Otto. Yo tenía entonces treinta y ocho años. Ahora tengo sesenta y dos, pero no lo he olvidado.

Tuppence contempló aquella cara ancha e inexpresiva. Le recordó a la polaca, a Vanda Polonska. Era la misma ferocidad aterradora y la misma unidad de propósito. ¡Maternidad… inexorable! De aquella forma, indudablemente, opinaba más de una señora Jones o señora Smith en Inglaterra. No había manera de discutir con las hembras de cualquier especie… con la madre despojada violentamente de su hijo.

Algo rebulló en el fondo de la mente de Tuppence. Un recuerdo persistente; algo que siempre había sabido, pero que nunca pudo llegar a la primera fila de sus pensamientos. Salomón… Salomón tenía algo que ver con ello…

Se abrió la puerta y volvió a entrar el teniente de navío Haydock. Estaba fuera de sí.

—¿Dónde está? —aulló—. ¿Dónde lo ha escondido?

Tuppence le miró fijamente. Estaba grandemente sorprendida, pues lo que dijo el marino no tenía significado alguno para ella.

No había cogido ni escondido nada.

Haydock ordenó a la criada:

—¡Váyase!

La mujer le devolvió la pistola y se apresuró a salir sin más tardanza.

Haydock se dejó caer entonces en una silla y pareció esforzarse en recobrar la calma.

—Sepa usted que no conseguirá sus propósitos —dijo—. La tengo en mi poder y cuento con medios para hacer hablar a la gente. Medios que no son nada agradables. Al final tendrá que confesar la verdad. Vamos, pues, ¿qué ha hecho usted con ello?

Tuppence se dio repentina cuenta de que allí, al fin, había algo que podía darle la oportunidad de negociar. Pero le faltaba saber qué era lo que suponían que tenía en su poder.

Con toda precaución, preguntó:

—¿Cómo sabe usted que yo lo tengo?

—Por lo que ha dicho usted misma, ¡imbécil! No lo lleva encima, y de ello estamos seguros puesto que se cambió de ropas.

—¿Cree que lo mandé por correo a alguien? —preguntó ella.

—No sea tonta. Todo lo que echó usted al correo, desde ayer, ha sido registrado. Por correo no ha mandado usted nada. Lo escondió en «Sans Souci» antes de salir de allí esta mañana. Le doy tres minutos para decirme cuál es el escondrijo.

Puso su reloj sobre la mesa.

—Tres minutos es el tiempo concedido, señora de Thomas Beresford.

El reloj que había sobre la repisa de la chimenea dejó oír su tictac.

Tuppence siguió sentada, completamente inmóvil, con cara pálida e impávida.

No revelaba en ella los rápidos pensamientos que pasaban por su mente.

Y de pronto, como iluminada por un destello de cegadora luz, todo el asunto se le reveló con deslumbrante claridad. Y entonces descubrió, por fin, quién era el centro y eje de toda la organización.

Tuvo un sobresalto cuando Haydock anunció:

—Le quedan diez segundos…

Como si estuviera soñando, vio cómo el marino levantaba la pistola y oyó cómo contaba:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco…

Había llegado a ocho, cuando sonó un disparo. Haydock se desplomó con una expresión de sorpresa en su cara ancha y colorada. Tan atento había estado vigilando a su víctima, que no se dio cuenta de que la puerta situada a sus espaldas se abría sigilosamente.

Tuppence se levantó de un salto. Pasó rápidamente junto a los hombres uniformados que había en el umbral de la puerta y asió del brazo a un caballero vestido de paisano.

—Señor Grant.

—Sí, sí; yo soy. Ya pasó todo… se ha portado usted maravillosamente…

Tuppence apartó con un gesto todas aquellas palabras tranquilizadoras.

—¡Rápido! No hay tiempo que perder. ¿Ha traído un coche?

—Sí —dijo el otro mirándola fijamente.

—¿Un coche rápido? Tenemos que ir en seguida a «Sans Souci». Hemos de llegar a tiempo; antes de que telefoneen aquí y no les conteste nadie.

Dos minutos después habían subido al coche y este se abría paso por las calles de Leatherbarrow. Luego salieron a la carretera y la aguja indicadora de la velocidad subió vertiginosamente.

El señor Grant no hizo ninguna pregunta. Se limitó a estarse quieto, mientras Tuppence miraba el indicador de velocidad con una agonía de temor. El conductor, al que se le dieron las órdenes del caso, llevaba el coche a toda la velocidad que este podía desarrollar.

Tuppence sólo habló una vez.

—¿Y Tommy? —preguntó.

—Está perfectamente. Lo libertamos hace media hora.

Ella asintió.

Ya estaban cerca de Leahampton. A poco pasaron como una exhalación por las calles del pueblo y subieron la cuesta hasta «Sans

Souci».

Tuppence saltó del coche y llevando a su lado al señor Grant, corrió por el camino que desde la cancela llevaba a la casa. La puerta del vestíbulo estaba abierta como de costumbre. Tuppence corrió escalera arriba.

Sólo dio una ojeada a su habitación cuando pasó ante ella, pero le bastó para ver el desorden que presentaba, con todos los cajones abiertos y la ropa de la cama hecha un revoltijo, en el suelo. Hizo un gesto de comprensión y siguió adelante por el pasillo, hasta la habitación que ocupaban el señor y la señora Cayley.

El dormitorio estaba vacío. Olía ligeramente a medicinas y en él se notaba un ambiente de paz y tranquilidad.

Tuppence se dirigió hacia la cama y tiró de las ropas.

Cuando estuvieron todas en el suelo, pasó la mano bajo el colchón y al cabo de unos momentos se volvió triunfalmente hacia el señor Grant, llevando en la mano un estropeado cuento infantil.

—Aquí lo tiene. Ahí está todo…

—¿Pero qué…?

Dieron la vuelta. La señora Sprot los contemplaba fijamente desde la puerta.

—Y ahora —dijo Tuppence—, permítame que le presente a «M». Sí, la señora Sprot. Debí haberlo sabido mucho antes.

Fue la señora Cayley, que llegó poco después, la que proporcionó el adecuado contratiempo a la situación.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó con tono desmayado al ver la desmantelada cama de su esposo—. ¿Qué dirá el señor Cayley?

Capítulo XV

—Debí haberlo sabido mucho antes —repitió Tuppence.

Estaba entonces reanimando sus destrozados nervios con una generosa ración de coñac añejo y miraba a Tommy, al señor Grant y a Albert. Este último estaba sentado frente a un cuartillo de cerveza y mostraba los dientes en una sonrisa de oreja a oreja.

—Cuéntanos todo, Tuppence —rogó Tommy.

—Tú primero —dijo ella.

—No tengo mucho que contar —explicó Tommy—. Un mero accidente me llevó al descubrimiento de la emisora de radio. Pensé que lograría escapar, pero Haydock fue más listo de lo que supuse.

Tuppence asintió y dijo:

—Telefoneó en seguida a la señora Sprot. Y ella salió corriendo al camino para esperarte con un martillo en la mano. Sólo estuvo ausente unos tres minutos de la mesa de bridge. Me di cuenta de que parecía algo sofocada, pero no llegué a sospechar de ella.

—Y después de eso —continuó Tommy— el mérito corresponde a Albert por completo. Vino por allí, husmeando como un perro fiel. Ronqué estrepitosamente en morse y él se dio cuenta de ello. Luego fue a buscar al señor Grant, al que contó lo que pasaba, y los dos volvieron allá otra vez, bien entrada la noche. Hubo más ronquidos y el resultado fue que convine permanecer prisionero al objeto de poder capturar el barco cuando llegara.

El señor Grant añadió por su parte:

—Cuando Haydock salió esta mañana, nuestros hombres ocuparon «El descanso del contrabandista». Y este anochecer hemos cogido el barco.

—Ahora, Tuppence, te toca a ti —invitó Tommy.

—Pues bien; para empezar diré que he sido una perfecta tonta

desde el principio. Sospeché de todos los de aquí, menos de la señora Sprot. En cierta ocasión tuve un terrible presentimiento, como si alguien me amenazara y yo estuviera en peligro; eso fue después de haber oído aquel mensaje telefónico acerca del día cuatro. Entonces había tres personas en la casa y mi sentimiento de recelo lo dirigí hacia la señora Perenna y la señora O'Rourke. Pero estaba equivocada por completo. Era la insípida señora Sprot la que en realidad encerraba peligro.

«Proseguí embrollando las cosas, como sabe Tommy, hasta que desapareció. Entonces, mientras estaba yo confeccionando un plan en el que debía ayudarme Albert, se presentó ante mí, de improviso, Anthony Mardson. Parecía que no tenía nada de particular, pues era de la clase de jóvenes que Deborah acostumbra llevar a remolque. Pero dos cosas me hicieron pensar un poco. La primera fue que, cuanto más hablaba con él, más segura estaba yo de que nunca estuvo en casa acompañando a mi hija, y la segunda era que, aunque parecía conocer todo lo relativo a mi trabajo en Leahampton, daba por sentado que Tommy estaba en Escocia. Aquello no tenía sentido. Si él sabía algo, debía referirse a Tommy, puesto que mi situación en el asunto no era oficial. Eso me chocó, como una cosa muy rara.

»El señor Grant me había dicho que los de la Quinta Columna estaban en todas partes; hasta en las más inverosímiles. ¿Por qué no podía trabajar uno de ellos en el mismo empleo que Deborah? No estaba convencida, pero sospechaba lo bastante como para tenderle una trampa. Le dije que Tommy y yo teníamos convenida una clave para comunicarnos. Lo que utilizábamos, en realidad, era una especial clase de tarjetas de "Un penique sin adornos y dos peniques pintados". Y como yo esperaba, se tragó todo aquello sin pestañear. Esta mañana recibí una carta que lo ponía en evidencia sin lugar a dudas.

»Yo tenía hechos todos los preparativos de antemano. Lo único que debía hacer para poner en movimiento mi plan, era telefonear a un sastre y decirle que no podría ir a probarme el traje que me estaba haciendo. Eso era la confirmación de que el pez había picado en el anzuelo.

—¡Vaya! —dijo Albert—. ¡Menudo sobresalto que me dio! Vine

hasta aquí con la camioneta de un panadero y vertimos cierto líquido, justamente al lado de la cancela. Era anís… o al menos olía como tal.

—Y entonces… —Tuppence reanudó el relato— salí de la casa y pisé aquel charco. A la camioneta del panadero le fue fácil seguirme hasta la estación y, una vez allí, alguien se puso detrás de mí, compré el billete y me oyó pedir uno para Yarrow. Era después de esto cuando las cosas podían ponerse difíciles.

—Los perros siguieron muy bien el rastro —intervino el señor Grant—. Lo volvieron a coger en la estación de Yarrow y en la huella que hizo el neumático que golpeó usted con el pie. Dicho rastro nos llevó hasta el bosquecillo y luego hasta la cruz de piedra, desde donde lo seguimos a través del campo. El enemigo no tenía idea de que pudiéramos seguirla tan fácilmente, después de haber visto cómo se iba y de haberse marchado ellos en opuesta dirección.

—De todas formas —dijo Albert—, buena ansiedad me pasé, pues sabíamos que estaba usted en aquella casa, pero no podíamos figurarnos qué le iba a ocurrir. Entramos por una de las ventanas traseras y atrapamos a la vieja cuando bajó. Se puede decir que llegamos con el tiempo justo.

—Sabía que vendrían —observó Tuppence—. Lo que debía hacer era alargar las cosas todo lo que pudiera. Si no hubiera visto cómo se abría la puerta, hubiera intentado utilizar otro truco. Pero lo emocionante de verdad fue la manera con que, de repente, vi claramente todo el asunto y cuan tonta había sido yo hasta entonces.

—¿Cómo te diste cuenta de ello? —preguntó Tommy.

—«Oca, oca, ganso» —se apresuró a decir Tuppence—. Cuando le dije eso a Haydock, se puso lívido. Y no precisamente porque fuera una frase disparatada y sin sentido. Vi en seguida que para él lo tenía. Y luego estaba la expresión de la cara de esa mujer, de Anna. Era como la de la polaca. Y entonces, como es natural, me acordé de Salomón y lo comprendí todo.

Tommy dio un suspiro de desesperación.

—Tuppence —dijo—, si vuelves a repetir eso otra vez, te pego un tiro yo mismo. ¿Qué es lo que comprendiste? ¿Y qué diablos tiene que ver Salomón con todo ello?

—¿Recuerdas aquellas dos mujeres que se presentaron ante Salomón con un niño, asegurando cada una de ellas que era suyo? Y entonces Salomón dijo: «Muy bien; que lo corten en dos». Y la falsa madre dijo: «De acuerdo», pero la madre verdadera replicó: «No; dejen que se lo lleve la otra», ya que no estaba dispuesta a que mataran a su hijo. Pues bien, aquella tarde en que la señora Sprot mató a la polaca, todos vimos que fue un milagro el que no matara también a la niña. Desde luego, entonces tenía que haberse puesto todo de manifiesto. De haber sido hija suya, no hubiera podido arriesgarse a disparar como lo hizo. Ello quería significar que Betty no era hija suya, y por ello disparó contra la otra mujer.

—¿Por qué?

—Porque la otra era la verdadera madre de Betty —la voz de Tuppence tembló un poco—. Pobrecita…, pobre y perseguida mujer. Llegó aquí como una refugiada, sin dinero, y con mucho agradecimiento aceptó la oferta de la señora Sprot para adoptar por algún tiempo a la niña.

—¿Y para qué necesitaba la señora Sprot adoptarla?

—Enmascaramiento; nada más que enmascaramiento psicológico de los mejores. No puede concebirse a un espía de primera categoría que lleve consigo a un hijo suyo mientras trabaja. Esa fue la principal razón de que nunca tomara yo en consideración a la señora Sprot. Nada más que por la niña. Pero la verdadera madre de Betty no podía vivir sin su hija. Averiguó la dirección de la señora Sprot y vino aquí. Rondó por los alrededores, esperando una ocasión propicia, y por fin la encontró y se llevó a la niña.

»La señora Sprot, como es natural, se puso frenética. Costara lo que costara, no quería que la policía interviniera. Y con ese objeto escribió ella misma la nota que dijo luego haber encontrado en el suelo de su habitación, procurando después que interviniera el teniente de navío Haydock para ayudarla. Luego, cuando localizamos a la fugitiva, no podía dejar nada al azar, y la mató. A pesar de lo que dijo la señora Sprot respecto a no conocer nada sobre armas de fuego, es una tiradora de primera clase. Sí; mató a aquella infeliz mujer, y por eso no le tengo ninguna lástima. Es mala de pies a cabeza.

Tuppence hizo una pausa.

—Otra de las cosas que pudo darme un indicio fue el parecido entre Vanda Polonska y Betty. Era a esta última a quien me recordaba la mujer cada vez que la vi. Y luego estuvo aquel absurdo juego de la niña de los cordones de mis zapatos. Cuánto más probable era que hubiera visto hacer aquello a su pretendida madre, que no a Carl von Deinim. Pero tan pronto como la señora Sprot vio lo que hacía la niña, esparció gran cantidad de pruebas acusadoras por el cuarto de Carl, con el fin de que las encontráramos, y añadió la pincelada maestra de dejar entre ellas un cordón de zapato impregnado de tinta invisible.

—Me alegro de que Carl no tuviera nada que ver con ello —dijo Tommy—. Me gustaba mucho ese excelente muchacho.

—No le habrán fusilado, ¿verdad? —preguntó Tuppence con ansiedad, al darse cuenta de que su marido había hablado en pretérito.

El señor Grant sacudió la cabeza.

—Se encuentra perfectamente —dijo—. Y a propósito, les tengo preparada una buena sorpresa en ese sentido.

La cara de Tuppence se iluminó cuando dijo:

—¡Me alegro muchísimo… y más que nada por Sheila! Desde luego, fuimos unos solemnes idiotas al sospechar de la señora Perenna.

—Está complicada en algunas actividades del I. R. A. Pero nada más que eso —replicó el señor Grant.

—Sospeché un poco de la señora O'Rourke… y algunas veces de los Cayley.

—Y yo sospeché de Bletchley —añadió Tommy.

—Y entretanto —apuntó Tuppence— era esa insulsa mujer, a la que todos creíamos… madre de Betty.

—No tan insulsa —dijo Grant— sino una mujer muy peligrosa y una actriz consumada. Siento tener que añadir que es inglesa.

—Entonces —observó Tuppence— no siento lástima ni admiración por ella… Ni siquiera trabaja para su patria.

Y miró con viva curiosidad al señor Grant.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —preguntó.

—Estaba todo en esa colección duplicada de cuentos infantiles.

—Los que Betty calificaba de «sucios» —exclamó Tuppence.

—Y lo eran en realidad —dijo el señor Grant secamente—. «Juanito el trompetero» contenía una relación muy detallada de nuestros dispositivos navales. «Juanito, el de la cabeza en el aire» encerraba iguales detalles respecto a nuestras fuerzas aéreas. Y las cuestiones militares estaban apropiadamente incluidas en «Hubo una vez un hombrecillo que tenía una escopetita».

—¿Y «Oca, oca, ganso»? —preguntó Tuppence.

—Una vez tratado con un reactivo adecuado, ese libro contiene, escrita en tinta invisible, una lista completa de todos los personajes importantes comprometidos en la ayuda a la invasión de Inglaterra. Entre ellos hay dos jefes de policía, un vice mariscal del aire, dos generales, el jefe de una factoría de armamento, comandantes de los voluntarios locales para la defensa y varios militares y marinos de menos importancia, así como miembros de nuestro Servicio Secreto.

Tommy y Tuppence se le quedaron mirando fijamente.

—¡Increíble! —exclamó el primero.

Grant sacudió la cabeza.

—No conoce usted la fuerza de la propaganda germana. Va dirigida hacia algo que tiene todo hombre, es decir, a cierto deseo o anhelo de poder que todo ser humano encierra. Esa gente estaba dispuesta a traicionar a su patria; pero no por dinero, sino por una especie de orgullo megalomaníaco de lo que ellos mismos iban a conseguir para su país. En todos los sitios ha ocurrido lo mismo. Es el culto de Lucifer… Lucifer, el Hijo de la Mañana. ¡Orgullo y deseo de gloria personal!

Y añadió:

—Como verán ustedes, con tales individuos dando órdenes contradictorias y embrollando las operaciones, la invasión proyectada tenía muchas probabilidades de ser un éxito.

—¿Y ahora? —preguntó Tuppence.

El señor Grant sonrió.

—Ahora —dijo—, ¡que vengan!, ¡les estamos esperando!

Capítulo XVI

—Oye, mamá —dijo Deborah—. ¿Sabes que estuve por creer las más terribles cosas de ti?

—¿De veras? —preguntó Tuppence—. ¿Cuándo?

Miró con ojos muy afectuosos los oscuros cabellos de su hija.

—Cuando te fuiste sin decir nada a Escocia, para reunirte con papá, mientras yo creía que estabas con tía Gracie. Casi pensé que tenías algún asuntillo con alguien.

—¡Pero, Deborah! ¿Eso pensaste?

—No llegué a considerarlo en serio, desde luego. A tus años no pueden pasar esas cosas. Y, además, ya sé que tú y «Cabeza de Zanahoria» os queréis mucho. En realidad, fue un idiota, llamado Anthony Mardson, quien me puso esa idea en la cabeza. Tienes que saber, mamá, pues creo que puedo decírtelo, que luego se ha descubierto que pertenecía a la Quinta Columna. Siempre me pareció que hablaba de una forma bastante rara, diciendo cosas relativas a que todo seguiría igual, o tal vez mejor, si Hitler ganaba la guerra.

—¿Y a ti… ejem… te gustaba mucho ese chico?

—¿Tony? Claro que no. Era un pelmazo. Ahora tengo que bailar esta pieza.

Se alejó en los brazos de un joven de cabellos rubios al que sonreía dulcemente. Tuppence siguió las evoluciones de la pareja durante unos momentos y luego dirigió la mirada hacia donde un joven alto, vestido con el uniforme de las fuerzas aéreas, bailaba con una muchacha rubia y esbelta.

—Creo, Tommy —dijo Tuppence—, que nuestros hijos son unos chicos excelentes.

—Ahí viene Sheila —anunció Tommy.

Se levantó al acercarse la joven a la mesa donde estaban sentados.

Llevaba un traje de noche de color esmeralda, que realzaba su belleza morena. Pero aquella noche su aspecto era sombrío y saludó a los anfitriones con bastante aspereza.

—He venido, tal como les prometí —dijo—. Aunque no puedo imaginar qué es lo que necesitan de mí.

—Porque nos gusta usted —dijo Tommy sonriendo.

—¿De veras? —dijo Sheila—. Pues no sé por qué. Me porté detestablemente con ustedes dos.

Hizo una pausa y luego murmuró:

—Pero les estoy muy agradecida.

—Hemos de encontrarle una buena pareja para que baile con usted —dijo Tuppence.

—No quiero bailar. Aborrezco el baile. Sólo vine a verles.

—Le gustará la pareja que le hemos buscado —insistió Tuppence sonriendo.

—Yo… —empezó Sheila. Y se detuvo al ver que Carl von Deinim venía hacia ellos, atravesando la pista de baile apresuradamente.

Sheila le miró, como deslumbrada, y sólo pudo murmurar:

—Tú…

—Yo mismo —dijo Carl.

Aquella noche, el aspecto de Carl von Deinim era ligeramente diferente. Sheila le miraba con fijeza, un poco perpleja. Sus mejillas habían tomado un vívido color rojo.

Con voz débil, como si le faltara el aliento, la joven observó:

—Sabía que te encontrabas bien… pero creía que todavía estabas internado.

Carl sacudió la cabeza.

—No hay motivo para ello.

Y prosiguió:

—Tienes que perdonarme por haberte engañado, Sheila. Yo no soy Carl von Deinim. Empleé ese nombre por razones que no son del caso.

El joven miró a Tuppence con expresión interrogativa, y ella le animó:

—Vamos, siga. Cuénteselo.

—Carl von Deinim era amigo mío. Le conocí aquí en Inglaterra hace algunos años. Y renové dicha amistad en Alemania poco antes de que estallara la guerra. Me encontraba allí entonces, trabajando para este país.

—¿Para el Servicio Secreto? —preguntó Sheila.

—Sí. Y mientras estuve allí, empezaron a ocurrir cosas extrañas. En una o dos ocasiones pude escapar por muy poco. Mis planes eran conocidos, cuando nadie tenía que estar enterado de ellos. Me di cuenta de que algo no marchaba bien y que la «podredumbre», por expresarlo adecuadamente, había penetrado hasta el propio Servicio en que yo trabajaba. Había sido traicionado por mis propios compañeros. Carl y yo nos parecíamos un poco físicamente, pues mi abuela fue alemana y de ahí que me eligieran para trabajar en Alemania. Carl no era nazi. Sólo le interesaba su trabajo; un trabajo que yo mismo había practicado, la investigación química. Carl decidió, poco antes de que estallara la guerra, escapar a Inglaterra. Sus hermanos estaban prisioneros en un campo de concentración y Carl creía que se encontraría con grandes dificultades para poder salir del país; pero de una forma casi milagrosa, todas aquellas dificultades quedaron allanadas. Y ese hecho, cuando me lo mencionó, hizo que entrara yo en sospechas. ¿Por qué las autoridades alemanas facilitaban a Carl la salida de Alemania, cuando sus hermanos y otros familiares estaban presos en campos de concentración, y él mismo era sospechoso a causa de sus simpatías anti nazis? Parecía como si, por alguna razón, les conviniera que Carl estuviera en Inglaterra. Mi propia posición se volvió entonces más precaria. Carl vivía en la misma casa donde yo tenía mi alojamiento y un día le encontré, con gran sentimiento por mi parte, muerto en su cama. Había sucumbido a una gran depresión nerviosa, y se suicidó, dejando una carta que leí y me guardé.

»Decidí entonces efectuar una sustitución. Necesitaba salir de Alemania, y además quería saber las causas por las cuales los alemanes favorecían la salida de Carl. Vestí su cuerpo con mis ropas y lo tendí en mi cama. Tenía la cara desfigurada por el tiro que se disparó en la frente y yo sabía que la patrona de la pensión no tenía muy buena vista.

»Con los papeles de Carl von Deinim vine a Inglaterra y fui a la dirección que le habían recomendado. Esa dirección era la de “Sans Souci”.

»Mientras estuve allí, desempeñé el papel de Carl von Deinim y nunca dejé de estar atento a lo que pasaba. Encontré que estaba todo dispuesto para que yo entrara a trabajar en la factoría de productos químicos que hay allí. Al principio creí que el proyecto de los alemanes era obligarme a que trabajara para ellos. Pero más tarde me di cuenta de que el papel asignado a mi pobre amigo era el de cabeza de turco, para el caso de que algo saliera mal.

«Cuando me detuvieron, basándose en falsas pruebas, no dije nada. No quería revelar mi verdadera identidad hasta que no hubiera más remedio, pues necesitaba ver lo que ocurriría.

»Hace unos pocos días me reconoció uno de mis compañeros y se descubrió la verdad.

Sheila exclamó con tono de reproche:

—Debiste decírmelo.

—Si opinas así…, lo siento —contestó él suavemente.

La miró a los ojos y ella, a su vez, le devolvió la mirada, con aspecto irritado y orgulloso… hasta que la irritación se fundió.

—Supongo que debías hacer lo que hiciste… —dijo con aplomo Sheila.

—Querida…

El joven se contuvo.

—Vamos a bailar…

Tuppence suspiró.

—¿Qué te pasa? —preguntó Tommy.

—Espero que Sheila seguirá queriéndole, aunque ahora no sea un alemán desterrado y perseguido vilmente.

—Pues a mí me parece que sí lo quiere.

—Sí, pero los irlandeses son muy tercos. Y Sheila es una rebelde por naturaleza.

—¿Y por qué registraría ese chico tu cuarto? Aquello fue lo que nos sacó de las casillas.

Tommy rio de buena gana.

—Es de suponer que el muchacho opinaría que la señora Blenkensop no era una persona muy convincente. Y de hecho

nosotros sospechábamos de él, mientras él sospechaba de nosotros.

—¡Hola, pareja! —dijo Derek Beresford cuando pasó bailando junto a la mesa en que estaban sentados sus padres—. ¿Por qué no bailáis?

Sonrió, animándoles a ello.

—Qué buenos son con nosotros —dijo Tuppence.

Al cabo de un rato, los mellizos y sus parejas volvieron a la mesa y se sentaron.

Derek dijo a su padre:

—Me alegro de que hayas encontrado algo que hacer. Aunque supongo que no será muy interesante.

—Pura rutina —dijo Tommy.

—Pero de todas formas, bueno es hacer algo. Eso es lo que importa.

—Y yo también me alegro de que a mamá le hayan permitido que vaya a trabajar contigo —dijo Deborah—. Ahora parece mucho más feliz. ¿No te resultará muy aburrido, verdad, mamá?

—Nada en absoluto —contestó Tuppence.

—Estupendo —dijo Deborah; y añadió—: Cuando acabe la guerra podré contarte algo acerca de mi trabajo. Es una cosa verdaderamente interesante, pero confidencial en alto grado.

—¡Qué emocionante! —comentó su madre.

—¡Sí que lo es! Aunque, desde luego, no tanto como volar…

Miró con envidia a Derek.

—Le van a proponer para… —empezó a decir.

Pero su hermano intervino rápidamente:

—Cállate, Deb.

—Vamos, Derek —dijo Tommy—. ¿Qué es lo que te traes entre manos?

—¡Oh! Nada de particular. Una especie de demostración que estamos haciendo. No sé siquiera cómo pensaron en mí —murmuró el joven aviador, poniéndose colorado.

Parecía estar tan confuso como si le hubieran acusado del más mortal de los pecados.

Se levantó y la joven rubia le siguió.

—No debemos perder ni un baile —dijo Derek—. Es mi última noche de permiso.

—Vamos, Charles —dijo Deborah.

Los dos hermanos y sus acompañantes se alejaron.

Tuppence rogó fervorosamente para sus adentros:

—¡Que no les pase nada, Dios mío…, que no les pase nada…!

Levantó la mirada y se encontró con la de Tommy.

—Y respecto a esa niña… ¿lo hacemos? —dijo él.

—¿Betty? Tommy, no sabes cuánto me alegro de que hayas estado pensando en ello. Yo creí que sólo se trataba de mis instintos maternales. ¿Lo quieres, de veras?

—¿Que la adoptemos? ¿Y por qué no? La pobrecita ya ha pasado bastantes calamidades y, además, nos resultará divertido tener un pequeño en casa.

—¡Oh, Tommy!

Alargó la mano y estrechó la de él. Ambos se miraron a los ojos.

—Siempre queremos las mismas cosas —dijo Tuppence con acento de felicidad.

Deborah, al pasar junto a Derek mientras bailaban, observó:

—Fíjate en esos dos. ¡Se están cogiendo de la mano! Son encantadores, ¿verdad? Debemos hacer todo lo que podamos para compensarles del aburrimiento que se ven obligados a pasar en esta guerra…

Notas

[1] Nombre que familiarmente se aplica en Inglaterra a las monedas de dos peniques. En este caso se trata del apodo de la señora Beresford. (Véase la novela de esta misma autora: El misterioso señor Brown). (n. del T.). < <

[2] Se refiere a la asociación de ideas entre *song* (canción en inglés) y Susie. (n. del T.). < <

[3] En inglés, los días del mes se expresan en números ordinales. (n. del T.). < <

[4] Juego de palabras intraducible. Forth y fourth (cuarto), se pronuncian igual en inglés. (n. del T.). < <

[5] Dicho similar al español: «Ni carne ni pescado». (n. del T.). < <

[6] Pasaje bíblico del Libro de los Jueces, capítulo IV, versículo 21. (n. del T.). < <

[7] En el juego de golf, montoncillo donde se coloca la pelota que hay que lanzar. (n del T.). < <

[8] Muchachos que en el juego de golf llevan los bastones o mazas. (n. del T.). < <

[9] Ejército Republicano irlandés. Actualmente es un movimiento de resistencia que pretende la incorporación del Ulster a la República de Irlanda. (n. del T.). < <

[10] Juego de palabras intraducible. «Penny» (penique, en inglés) en este caso es el diminutivo de Penélope, y «*plain*» (sin adornos) es la transcripción fonética del apellido Playne. (n. del T.). < <